

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

LECTURAS ESCOGIDAS



LECTURAS
ESCOGIDAS

EDITORIAL
RAMON SOPENA, S. A.

PROVEÏZA, 95 BARCELONA

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

Lecturas Escogidas

en prosa y verso

SELECCIONADAS

POR

ANGEL LACALLE

CATEDRÁTICO DE LENGUA Y LITERATURA
ESPAÑOLA



EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.

Provenza, 95.—BARCELONA

1933

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Published in Spain

300000

PRÓLOGO

La EDITORIAL SOPENA, que desde hace bastantes años está llevando a cabo una interesantísima labor cultural, tuvo la atención de encargarme la selección de unos cuantos trozos de autores clásicos (incluso del siglo XIX y dando cabida a varios escritores americanos) para un libro de lecturas destinado a niños.

La empresa, sin dificultades aparentes, las tiene, y grandes, cuando se lleva a efecto. El problema es el siguiente: ¿debe intentarse una selección demasiado infantil? Es decir, ¿debe conseguirse un libro en que sólo se dé cabida a lo anecdótico, a lo ameno, a lo que más pueda distraer al joven lector, pero que pasado el tiempo, no ha de interesarle lo más mínimo? Por el contrario, ¿debe el seleccionador olvidarse del fin a que el libro se destina y sin ningún remordimiento reproducir los trozos que mejor reflejen su gusto y su orientación?

Hemos sacrificado, en aras del mejor deseo, autores y páginas; hemos utilizado, en cambio, otros para los que nuestra devoción es un poco fría. Pensando sólo en que resultase un libro ni demasiado infantil, ni demasiado superior. Trozos que ahora se lean con gusto y más adelante con deleite.

Un apólogo del Calila e Dimna, otro de Don Juan Manuel, unos fragmentos de la Vida del Lazarillo de Tormes, cuentos de los siglos XVI y XVII, fábulas, refranes; en fin, una gran cantidad de elementos descriptivos que, en resumen, es lo que más interesa al niño. Y, junto con ello, algunas páginas más profundas, más densas, para que se vaya acostumbrando a saborear un estilo rico, va-

riado y un arte plenamente logrado (Fray Luis de Granada, Quevedo, Santa Teresa, Cervantes). Y, entremezclados, romances, sonetos, canciones, mayas, cantos de cuna; es decir, composiciones poéticas, de los más diversos metros, desde los más sencillos (averos de forma, sobrios, casi esquemas, como alguna oda magnífica de Fray Luis de León), hasta las sonoridades de versos espléndidos, en música, en extensión, en color, de Rubén Darío.

Faltarán algo, mucho quizá; pero el libro tiene una extensión, que por cierto ha habido que ampliar, y una finalidad moralizadora también.

En la selección hemos seguido un orden cronológico. Antes del texto, va una brevíssima nota sobre el autor. Nota rápida, todo lo completa que ha sido posible dentro de esa forzada brevedad. Y un grabado reproduciendo o un retrato del autor o un grabado de época. Cuando esto no ha sido posible (como en los romances, Lazarillo, etc.), una ilustración que se relacione con el tema. Por ejemplo, en los romances una viñeta de pliego suelto, y en el Lazarillo un dibujo de un códice del siglo XV.

El texto va en ortografía moderna. Algunas páginas (el Calila, Don Juan Manuel, etcétera) han sido puestas en lenguaje actual.

Si no hemos conseguido nuestro propósito, sea para nosotros toda la culpa. No para la EDITORIAL SOPENA, que no ha escatimado nada para que el libro resultase digno de su tradición.

ÁNGEL LACALLE.

EL HOMBRE DEBE INSTRUIRSE

—¡Ah, pecador de mí! respondió Don Quijote. Y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir! Porque has de saber ¡oh Sancho! que no saber un hombre leer, o ser zurdo, arguye una de dos cosas: o que fué hijo de padres demasiado humildes y bajos, o él tan travieso y malo que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo; y así querría que aprendieses a firmar siquiera.

MIGUEL DE CERVANTES.—*Don Quijote.*

LECTURAS ESCOGIDAS

Calila e Dimna

DE LOS RATONES QUE COMÍAN HIERRO

CALILA E DIMNA

(1251)

Colección de fábulas indias traducidas al castellano siendo infante Don Alfonso el Sabio, probablemente hacia 1251. El título *Calila e Dimna* lo ha dado el primer cuento, el más largo e interesante de la colección, en que se refieren las aventuras de dos lobos hermanos: Calila y Dimna.

Casi todas las fábulas están puestas en boca de animales; pero algunas tienen protagonistas racionales y pueden considerarse como verdaderos cuentos.

Dicen que en una tierra había un mercader que no era muy rico. Quiso ir en su camino. Tenía cien quintales de hierro y dejolos encomendados a un hombre que conocía. Después de algún tiempo, volvió y pidió al hombre los cien quintales de hierro que le había dejado en guarda. Y aquel hombre, que había vendido el hierro y habíase gastado los maravedís, le dijo: «Yo lo puse en un rincón de mi casa y se lo comieron los ratones.» Dijo el mercader: «Ya oí yo

decir muchas veces que la cosa que más roían los ratones era el hierro, y no me asombro de ello; y Dios te hizo merced que de ellos escapaste y no te comieron.» Y el otro pagóse de esto que le había dicho, y el mercader fué a su posada. Allí aguardó a un hijo que tenía aquel hombre a quien había dado el hierro a guardar; y hurtóselo cuando no le vió nadie, escondiéndolo muy bien. Y el hombre que andaba buscando a su hijo, preguntó al mercader por él. El mercader le dijo: «Vi un azor que se abajó y llevaba un niño en las uñas; bien pienso que fuese tu hijo.» Y el hombre dió grandes voces diciendo: «¿Viste nunca tal cosa, que los azores cacen a los niños?» «No tengo por gran maravilla—contestó el mercader—que en la tierra que los ratones comen cien quintales de hierro, que los azores cacen los niños.» Y entonces dijo el hombre: «Yo comí tu hierro.» Dijo el mercader: «Yo comí tu hijo.» Y dijo el hombre: «Pues dame mi hijo y te daré tu hierro.» Y dióle su hijo y dióle el otro su hierro.

Don Juan Manuel

(1282 - 1349)

Nació en Escalona. Nieto de San Fernando e hijo del Infante Don Manuel, bien pronto se distinguió en hechos de armas, aunque su política no fué leal ni sincera en ningún momento. De sus obras (el *Libro de la caza*, el *Libro del escudero*, etc.), la mejor es el *Libro del Conde Lucanor*. Compuesta hacia el año 1335, es, sin duda ninguna, la obra maestra de la prosa castellana del siglo XIV. Se desarrolla en forma de conversación entre un príncipe, el conde Lucanor, y su consejero Patronio. Lucanor era señor de vasallos y de estados grandes. Las dudas que en su espíritu surgían por asuntos de gobierno o del mundo, resolvíalas su consejero con ejemplos, de los que trae, a su fin, reflexiones provechosas.

Los mejores cuentos de dicho libro nos parecen: «De lo que aconteció a un raposo con un cuervo que tenía un pedazo de queso en el pico», «De lo que aconteció a un Deán de Santiago con Don Illán», «El buen hombre y su hijo», «El Rey soberbio», «El paño maravilloso», etc.

La originalidad del *Conde Lucanor* está en el estilo, y lo que más encanta en éste es la ingenuidad.

EL PAÑO MARAVILLOSO

Tres burladores vinieron a un rey y le dijeron que eran muy buenos maestros en el arte de hacer paños y que sobre todo hacían uno que sólo lo veía el hijo de padre honrado, no así el hijo cuyo padre no lo fuese.

Al rey le agradó mucho esto, porque por aquel paño podría saber cuáles hombres de su reino eran hijos de padres honrados y cuáles no, y porque vió que de esta manera podría aumentar su patrimonio, puesto que los moros no heredan nada de sus padres si éstos no son honrados. Para esto mandó que les diesen un palacio en el que hiciesen aquel paño.

Ellos le dijeron que, para que viese que no querían engañarle, les mandase encerrar en aquel palacio hasta que el paño estuviese terminado. Esto agradó mucho al rey. Y cuando hubieron tomado para hacer el paño mucho oro, plata, seda y muy gran haber, entraron en el palacio y los encerraron.

Y ellos armaron sus talleres y daban a entender que todo el día tejían en el paño. Al cabo de algún tiempo, fué uno de ellos a decir al rey que habían comenzado el paño y que resultaba la cosa más hermosa del mundo y

le dijo qué figuras y bordados comenzaban a hacer y que si quería lo fuese a ver y que no entrase con él hombre alguno. Esto agradó mucho al rey.

Y el rey, queriendo probar aquello antes en otro, envió a su camarero para que lo viese. Y cuando el camarero vió a los maestros y lo que hablaban no se atrevió a decir que no lo veía. Y cuando volvió al rey dijo que había visto el paño. Y el rey envió después a otro y le dijo lo mismo. Y cuando todos los que envió le dijeron que habían visto el paño, fué el rey a verlo.

Cuando entró en palacio vió a los maestros que estaban tejiendo y decían: «Esto es tal labor, y esto tal historia, y esto es tal figura y esto es tal color.» Y coincidían todos en lo que decían y, sin embargo, no tejían nada. Y cuando vió que ellos no tejían y decían de qué manera era el paño y que él no veía lo que habían visto otros, túvose por muerto, porque creyó que no era hijo de padre honrado y receló que si lo confesaba perdería el reino. Y por eso comenzó a alabar mucho el paño y atendió mucho a lo que decían aquellos maestros de qué manera estaba hecho el paño.

Y cuando estuvo en su casa, empezó a decir maravillas de lo bueno y lo maravilloso que era aquel paño, diciendo las cosas y figuras que había visto. Pero él tenía muy malas sospechas de sí.

Al cabo de dos o tres días, mandó a su alguacil para que viese el paño. El rey le contó antes las maravillas y extrañezas que él había visto. Y fué el alguacil allá.

Y cuando entró vió a los maestros que tejían y decían las figuras y cosas que había en el paño. Y como pensara que el rey lo había visto y que si él no lo veía era por no ser hijo de padre honrado y que al saberse perdería toda su honra, comenzó a alabar el paño tanto o más que el propio rey.

Y cuando volvió a donde estaba el rey y le dijo que había visto el paño y que era la más noble y apuesta cosa del mundo, túvose el rey aún por más desgraciado, pues el alguacil había visto el paño y él no: no cabía duda respecto de su origen.

Otro día envió a su ministro y acontecióle

lo que al rey y a los otros. De esta manera y por este recelo fueron engañados el rey y cuantos vivían en su tierra, porque ninguno se atrevía a decir que no veía el paño.

Y así pasaron las cosas hasta que llegó el día de una gran fiesta. Y todos dijeron al rey que para aquella fiesta se vistiese con aquellos paños.

Los maestros trajéronlos envueltos en muy buenas sábanas y dieron a entender que desenvolvían el paño y preguntaron al rey que qué quería que hiciesen con aquello. Y el rey dijo cuáles vestiduras quería. Y ellos fingían que cortaban y medían el talle que había de llevar las vestiduras y después que las coserían.

Y cuando llegó el día de la fiesta, vinieron los maestros e hicieron entender al rey que le vestían y acomodaban los paños. Y así lo hicieron hasta que el rey consideró que estaba vestido, porque no se atrevía a decir que no veía el paño. Y una vez que estuvo tan bien vestido como habéis oído, montó a caballo para andar por la villa, lo que le vino bien porque era verano.

Y cuando las gentes le vieron venir así y sabían que el que no veía aquel paño no era hijo de padre honrado, creía cada uno que los otros lo veían y él no, y que si lo decía quedaría deshonorado. Y por esto quedó guardado el secreto, sin que ninguno se atreviera a descubrirlo, hasta que un negro que guardaba el caballo del rey y que no tenía nada que perder llegó al rey y le dijo :

—Señor, a mí no me importa que me tengáis por hijo de padre honrado, y por ello os digo : que yo soy ciego o vos vais desnudo.

Y el rey comenzó a maltratarle, diciendo que no veía sus paños porque no era hijo de padre honrado.

Y cuando dijo aquello el negro, otro que lo oyó lo repitió y así lo fueron diciendo los demás, hasta que el rey y todos perdieron el miedo a conocer la verdad y comprendieron el engaño que los burladores habían hecho. Y cuando los fueron a buscar, no los encontraron, porque se habían marchado ya, llevándose todo lo que el rey les había dado.

(De *El conde Lucanor*.)

Romances

(SIGLO XV)

Los romances son poemas cortos, bien líricos, bien épicos, que derivan de cantares de gesta. Se han clasificado, por el asunto, en romances históricos, fronterizos, novelescos, líricos, etc. Desde su aparición, no han dejado de cultivarse en todas las épocas y por casi todos los poetas. El Romancero y el Teatro son los sólidos pedestales de nuestra literatura. Los romances históricos son los más numerosos : los hay sobre el rey Don Rodrigo, sobre el Cid, sobre Fernán González, etc.



**Estoria del noble caualle
roel conde ferman gonza
lez con la muerte delos sie
te infantes de lara.**

ROMANCE DE ABENÁMAR

Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
¡ el día que tú naciste
grandes señales había !
Estaba la mar en calma,
la luna estaba crecida :
¡ moro que en tal signo nace,
no debía decir mentira !
Allí respondiera el moro,
bien oiréis lo que decía :
—Yo te lo diré, señor,
aunque me cueste la vida,



Viñeta de un romance.

porque soy hijo de un moro
 y una cristiana cautiva ;
 siendo yo niño y muchacho
 mi madre me lo decía :
 que mentira no dijese,
 que era grande villanía :
 por tanto pregunta, rey,
 que la verdad te diría.
 —Yo te agradezco, Abenámar,
 aquesa tu cortesía :
 ¿Qué castillos son aquellos?
 ¡Altos son y relucían!
 —El Alhambra era, señor,
 y la otra la mezquita ;
 los otros los Alijares,
 labrados a maravilla.
 El moro que los labraba
 cien doblas ganaba al día,
 y el día que no los labra
 otras tantas que perdía.
 El otro es Generalife,
 huerta que par no tenía,
 el otro Torres Bermejas,
 castillo de gran valía—.
 Allí habló el rey don Juan,
 bien oiréis lo que decía :
 —Si tú quisieses, Granada,
 contigo me casaría ;

daréte en arras y dote
 a Córdoba y a Sevilla,
 —Casada soy, rey don Juan,
 casada soy, que no viuda :
 el moro que a mí me tiene,
 muy grande bien me quería.

ROMANCE DEL REY MORO QUE PER- DIÓ ALHAMA

Paseábase el rey moro
 por la ciudad de Granada
 desde la puerta de Elvira
 hasta la de Vivarambla.
 ¡Ay de mi Alhama!
 Cartas le fueron venidas
 que Alhama era ganada :
 las cartas echó en el fuego
 y al mensajero matara.
 ¡Ay de mi Alhama!
 Descabalgó de una mula
 y en un caballo cabalgó ;
 por el Zacatín arriba
 subido se había al Alhambra.
 ¡Ay de mi Alhama!
 Como en el Alhambra estuvo,
 al mismo punto mandaba

que se toquen sus trompetas,
sus añafles de plata.

¡ Ay de mi Alhama !

Y que las caxas de guerra,
aprieta toquen al arma,
porque lo oigan los moros,
los de la Vega y Granada.

¡ Ay de mi Alhama !

Los moros que el son oyeron
que al sangriento Marte llama,
uno a uno y dos a dos
juntado se ha gran batalla.

¡ Ay de mi Alhama !

Allí habló un moro viejo,
de esta manera hablara :
—¿ Para qué nos llamas, rey,
para qué es esta llamada ?

¡ Ay de mi Alhama !

—Habéis de saber, amigos,
una nueva desdichada :
¡ que cristianos de braveza
ya nos han ganado Alhama !

¡ Ay de mi Alhama !

Allí habló un alfaquí
de barba crecida y cana
—¡ Bien se te emplea, buen rey,
buen rey, bien se te empleara !

¡ Ay de mi Alhama !

Mataste los Bencerrajes,
que eran la flor de Granada ;
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada.

¡ Ay de mi Alhama !

Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada ;
que te pierdas tú y el reino,
y aquí se pierda Granada.

¡ Ay de mi Alhama !

Luis de Pinedo

(SIGLO XVI)

Se desconocen las fechas de nacimiento y muerte. Escribió *Liber facetiarum et similitudum*, que únicamente tiene en latín el título y es una colección de chistes y anécdotas de personajes de la corte de los Reyes Católicos y del emperador Carlos V.

CUENTOS

Un caballero que yo conocí en Salamanca metióse fraile de San Francisco, y como sus

criados llorasen viéndole tomar el hábito, vuelto a ellos les dijo :

—No lloréis por mí, ¡ cuerpo de tal ! Llorad sobre vosotros, bellacos, que por no sufriros me meto fraile.

Un caballero mandó derramar un cesto de huevos a una vieja. Quebráronlos ; quejábese la vieja, llorando, que le pagasen los huevos.

Respondió el caballero :

—No llores, madre, que yo os pagaré los huevos. Decidme, ¿ cuántos son ?

Respondió :

—Señor, no sé más sino que contando de dos en dos, sobraba uno ; si de tres en tres, sobraba uno ; si de cuatro en cuatro, sobraba uno ; idem de cinco en cinco ; idem de seis en seis ; si de siete en siete, venían justos. Respóndese que han de ser los huevos trescientos uno.

Uno pidió de beber a un paje, diciendo :

—Paje, vino.

Respondióle el paje (motejándole de converso) :

—Sí, vino, sino que vos no le conocisteis.

A un pequeño que dijo que veía poco :

—Eso será cuando os miráis en el espejo.

Salióse un día Garci Sánchez de Badajoz desnudo de casa por la calle, y un hermano suyo fué corriendo tras él llamándole loco y que tenía poco seso. Respondió él :

—¿ Pues cómo ? ¡ Hete sufrido tantos años yo a ti por necio, y es mucho que me sufras tú a mí una hora de loco !

En Toledo, en la casa de los orates, estaba un loco dando muy grandes voces con unos que habían entrado a ver la casa, diciendo :

—Yo soy el ángel San Gabriel, que vine

con la embajada a Nuestra Señora y dije : Ave María, etc.

Respondió otro loco que estaba allí junto a él y dijo :

—Juro a tal que miente ; yo soy Dios Padre, y nunca tal cosa le mandé.

algo, y respondíle : ¿Qué quiere vuestra reverencia que «haiga» hurtado?

Respondió :

—Algún cesto de uvas o de membrillo.

—Por Dios, si dice de peras, que me lo saca divinamente.

Juan de Arguijo

(SIGLO XVI)

Sevillano. Hombre espléndido, gustaba de reunir en su casa poetas, músicos y decidores, a los cuales protegió con continuos dones. Es famoso por sus sonetos, que trabajó con el esmero de un orfebre : *El tiempo, La tempestad y la calma, A Troya*, etc. Es también autor de una colección de cuentos.

CUENTOS

Gil de Goes, un portugués cojo y antiguo cortesano, estaba en una iglesia pisando con el pie a una dama, la cual le dijo :

—Señor Gil de Goes, ¿no tiene más de un pie y ocúpalo en eso?

Visitaba a don Luis de Góngora, en Córdoba, un caballero muy guardoso, y quejándose que tenía muy gastada su salud, respondió don Luis :

—Será porque no la tiene vuesa merced en la bolsa.

Cansado un fraile de que su superior le reprendiese faltas menudas, teniéndolas él muy grandes, le dijo que no le obligase a irse donde jamás lo viese. Preguntó el prior, muy enojado :

—¿Adónde os habéis de ir?

Respondió el fraile :

—Al coro.

Levantóse de confesar un aldeano, y díjole a otro amigo suyo :

—Por Dios, compadre, que de milagro no me saca el cura de la boca lo que nos pasó la otra noche. Preguntóme si había hurtado

Decía un amo a su criado :

—Sois un grandísimo bellaco, ladrón.

Y respondió :

—Bendito sea Dios, que no me podría vuestra merced achacar otra cosa.

Preguntado un médico qué opinaba de un enfermo, respondió :

—Tengo por cierto que se muere.

Dijo un truhán :

—Créanle, que lo sabe como quien le mata.

—Mirad, hijos—decía un caballero discreto a un hijo suyo—, decid antes mentiras que parezcan verdades que verdades que parezcan mentiras.

Entrando una persona discreta en una casa principal de Sevilla, cuyos dueños eran por extremo bestiales en discurso y trato, dijo :

—Gentil casa fuera ésta si no tuviera en alto la caballeriza.

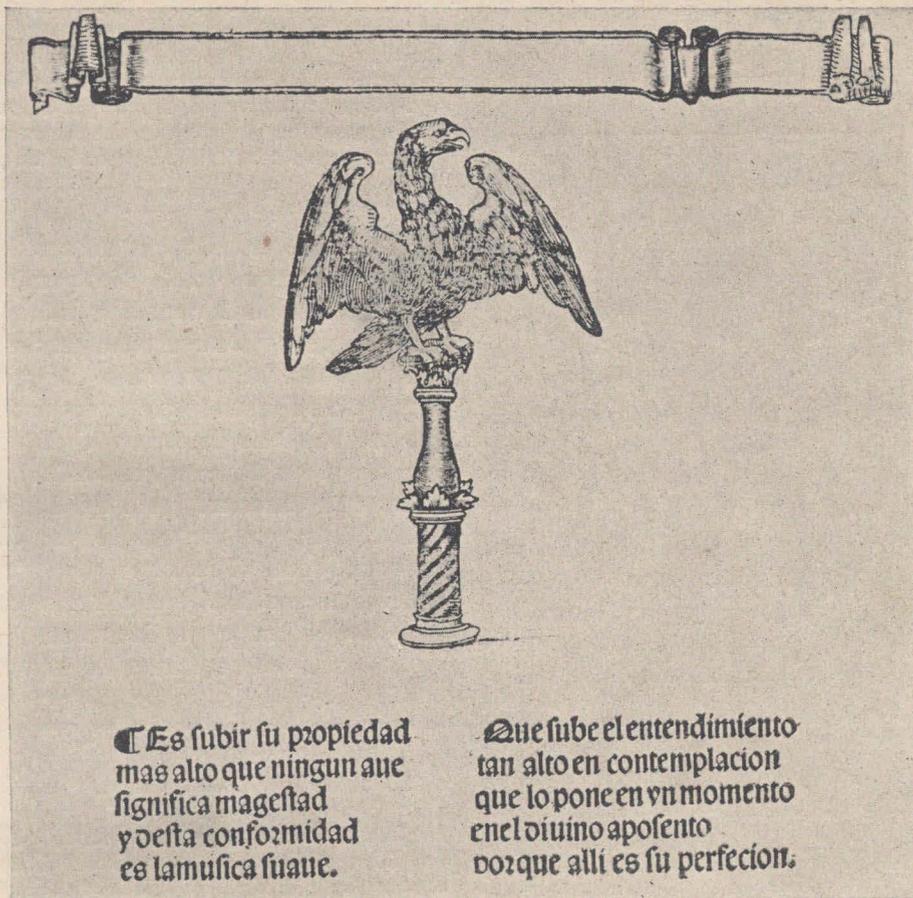
Un labrador fué a una ciudad a solicitar un pleito de su lugar. Díjole el letrado :

—¿No había en vuestro lugar un hombre de más lustre que vos?

Respondió :

—Mejores que yo los hay ; pero dijeron que para vos harto era yo.

Un hombre que se preciaba de leído, tenía anotado, de su mano, en el margen de un libro impreso que trataba de las flores y frutas de las Indias : «Esta flor es del color del bacalao, un poco más alegre.»



Es subir su propiedad
mas alto que ningun que
significa magestad
y desta conformidad
es lamusica suaue.

Que sube el entendimiento
tan alto en contemplacion
que lo pone en vn momento
en el diuino aposento
por que alli es su perfeccion.

Gonzalo Correas

REFRANES

Hombre de pocas palabras, y ésas sabias.
Ojos que no ven, corazón que no siente.
Oveja que bala, bocado pierde.
La desgracia no viene nunca sola.
La flor de romero, niña Isabel, hoy es flor
azul y mañana será miel.
La gata cuando ha comido se lava.
La buena cara es carta de recomendación.
La masa y el niño en verano tienen frío.
La mujer en casa y el hombre en la plaza.
Las verdades amargan.
Lo que sobra harta.
Ni hermosa que espante, ni fea que mate.
Ninguno se alabe de lo que no hace.
Nad'e tan pobre muere, que más no naciere.
No hay pan sin afán.
No son todos ruiñeños los que cantan en-
tre las flores.

No por mucho madrugar amanece más temprano.

No todos podemos lo que queremos.

Nuestro gozo en un pozo.

Sal, sol, y dame en este ojo; sal, sol, y dame en este otro.

Si no lloviese en febrero, ni buen prado ni buen centeno.

Sol de marzo hiere como mazo.

Sueño sosegado no teme nublado.

No hay miel sin hiel.

Gato escaldado del agua fría huye.

Buey viejo, surco derecho.

Campanitas de la mar, din dan, din dan.

Campanillas de Toledo, oigoos y no os veo.

Casa de dos puertas mala es de guardar.

Cuando el arroyo suena agua lleva.

Mal ladra el perro cuando ladra de miedo.

Haz bien y no mires a quien.

Una mano con otra se lava y con las dos la cara.

Garcilaso de la Vega

(1501-1536)



Nacido en Toledo. Militó a las órdenes del emperador Carlos V, y murió en el asalto de una fortaleza. Escribió tres églogas—la mejor *Salicio y Nemoroso*—algunas canciones, entre ellas la conocida *A la flor del Gnido*, y sonetos. El lenguaje castellano adquiere en sus versos una flexibilidad y una musicalidad encantadoras.

SONETO

¡ Oh dulces prendas, por mi mal halladas !
(dulces y alegres cuando Dios quería),
juntas estáis en la memoria mía,
y con ellas en mi muerte conjuradas.

¡ Quién me dijera cuando las pasadas
horas que en tanto bien por vos me vía,
que me habiades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas !

Pues en una hora junto me llevastes
todo el bien que por término me distes.
Llévame junto al mal que me dejastes ;

Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

Fray Luis de Granada

(1504-1588)



Nació en la ciudad de su nombre. Perteneció a la Orden de los Dominicos. Las cuatro obras fundamentales de Fray Luis son: *Guía de Pecadores*, *Libro de la oración y meditación*, *Introducción al símbolo de la fe* y *Memorial de la vida cristiana*. Acaso el único defecto que pueda señalarse en las obras de Granada es su exceso de retoricismo, si bien hay que tener en cuenta que Fray Luis de Granada fué, sobre todo, un orador.

EL CIELO ESTRELLADO

Pues la hermosura del cielo ¿quién la explicará? ¡ Cuán agradable es en medio del verano, en una noche serena, ver la luna llena y tan clara que encubre con su claridad la de todas las estrellas ! ¡ Cuánto más huelgan los que caminan de noche por el estío con esta lumbrera que con la del sol, aunque sea mayor ! Mas estando ella ausente, ¿qué cosa más hermosa, y que más descubra la omnipotencia y hermosura del Criador, que el cielo estrellado con tanta variedad y muchedumbre de hermosísimas estrellas, unas muy grandes y resplandecientes, y otras pequeñas, y otras de mediana grandeza, las cuales nadie puede contar sino sólo aquel que las crió? Mas la costumbre de ver esto

tantas veces, nos quita la admiración de tan grande hermosura, y el motivo que de ella nos da para alabar aquel soberano pintor, que así supo hermopear aquella tan grande bóveda del cielo.

Si un niño naciese en una cárcel y creciese en ella hasta edad de veinticinco años sin ver más de lo que estaba dentro de aquellas paredes, y fuese hombre de entendimiento, la primera vez que salido de aquella obscuridad viese el cielo estrellado en una noche serena, ciertamente no podría éste dejar de espantarse de tan grande ornamento y hermosura, y de tan gran número de estrellas que vería a cualquier parte que volviese los ojos, o hacia oriente u occidente, o a la banda del norte o del mediodía, ni podría

dejar de decir: ¿Quién pudo esmaltar tan grandes cielos con tantas piedras preciosas, y con tantos diamantes tan resplandecientes? ¿Quién pudo criar tan gran número de lumbreras y lámparas para dar luz al mundo? ¿Quién pudo pintar una tan hermosa pradería con tantas diferencias de flores, sino algún hermosísimo y potentísimo hacedor? Maravillado de esta obra un filósofo gentil dijo: *Mira al cielo, y comienza a filosofar*, que es decir: por la grande variedad y hermosura que ahí verás, conoce y contempla la sabiduría y omnipotencia del autor de esta obra. Y no menos sabía filosofar en esta materia el profeta cuando decía: *Veré, Señor, tus cielos que son obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú formaste.*



Santa Teresa de Jesús

(1515-1582)

De Ávila. Llamada en el siglo Teresa de Cepeda y Ahumada. Su vida es una verdadera andanza, siempre dedicada a fundar conventos. Vida de acción, de lucha y de triunfo. Santa Teresa es uno de nuestros mejores escritores místicos. Nadie ha descendido a mayores profundidades ni ha visto más en la extensión de los misterios del alma. Escribía como hablaba, naturalmente, sencillamente; su lenguaje es el de los hidalgos, los comerciantes, los magnates y los caballeros de provincia. De sus obras merecen recordarse *Las Moradas*, *Camino de perfección*, y *El libro de su vida*, notable por las anécdotas que nos ofrece.

INFANCIA DE SANTA TERESA

Éramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron a sus padres (por bondad de Dios) en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase a ofender a Dios parece tenía alguna razón; porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar de ellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.

Tenía uno casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí; nos juntábamos entrambos a leer vidas de Santos; como veía los martirios que por Dios los Santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo.

Juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad si viéramos algún medio,

sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo.

Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos que pena y gloria eran para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábanos de decir muchas veces *para siempre, siempre, siempre*. En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido, me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad.

De que vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa.

Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos; como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido, porque conocidamente he hallado a esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado a ella, y en fin, me ha tornado a sí.



Fray Luis de León

(1528-1591)

De Belmonte (Cuenca). Perteneció a la Orden de San Agustín. Más adelante fué catedrático de Salamanca. Por una exposición de sus doctrinas

acerca de la Vulgata fué apresado y estuvo en la cárcel durante cuatro años. Entre los escritos en prosa merecen citarse los nombres de *Cristo* y *La perfecta casada*. Como poeta, ocupa puesto de primer orden en la historia de la poesía española. Sus composiciones son muy conocidas. *A la vida del campo*, donde alaba el retiro del campo; *A Felipe Ruiz*, *A Salinas*, oda dedicada a la música de su amigo, *A la Ascensión*, son las más notables.

LA BUENA MUJER, GLORIA Y BEN- DICIÓN DE SU MARIDO

En las puertas de la ciudad eran antiguamente las plazas, y en las plazas estaban los Tribunales y asientos de los jueces y los que se juntaban para consultar sobre el buen gobierno y regimiento del poblò. Pues dice que en las plazas y lugares públicos, y adondequiera que se hiciere junta de hombres principales, el hombre cuya mujer fuere cual es la mujer que aquí se dice, será por ella conocido y señalado ypreciado entre todos. Y dice esto Salomón, o en Salomón el Espíritu Santo, no sólo para mostrar cuánto vale la virtud de la buena, pues da honra a sí y ennoblece a su marido, sino para enseñarle en esta virtud de la perfecta casada, de que vamos hablando, que es lo sumo della, y la raya hasta donde ha de llegar, que es el ser

corona y luz y bendición y alteza de su marido ; pues es así que todos conocen y cantan y reverencian, y tienen por dichoso y bienaventurado al que le ha cabido esta buena suerte ; lo uno por haberlo cabido, porque no hay joya ni posesión tan preciada y envidiada como la buena mujer ; y lo otro por haber merecido que le cupiese ; porque, así como este bien es preciso y raro, y don propiamente dado de Dios, así no le alcanzan de Dios sino los que, temiéndole y sirviéndole, se lo merecen con señalada virtud. Así lo testifica el mismo Dios en el *Eclesiástico* : «Suerte buena es la mujer buena, y es parte de buen premio de los que sirven a Dios, y será dada al hombre por sus buenas obras.» De suerte que el que tiene buena mujer es estimado por dichoso en tenerla, y por virtuoso en haberla merecido tener. De donde se entiende que el carecer deste bien, en muchos es por su culpa dellos. Porque a la verdad, el hombre vicioso y distraído y de aviesa y revesada condición, que juega su hacienda, y es un león en su casa, y sigue a rienda suelta la deshonestidad, no espere ni siquiera tener buena mujer ; porque ni la merece, ni Dios la quiere a ella tan mal que la quiera juntar a compañía tan mala, y porque él mismo, con su mal ejemplo y vida desvariada, la estraga y corrompe.

(*La Perfecta Casada*, cap. xxv.)

P. Juan de Mariana

(1535-1624)

De Talavera. Jesuíta. Desempeñó una cátedra en el Concilio de Trento. De sus obras, la más importante es su *Historia de España*. No intentó que fuese un libro científico ; lo que pretendió fué poner en estilo lo que otros habían juntado. El P. Mariana no era minucioso en sus procedimientos. Confunde la verdad con la fábula, la tradición con la historia. Más que historiador es un historiógrafo, es decir, hace más de su historia una obra literaria que una obra verdaderamente histórica. Su estilo es de gran elevación y su manera es grave y sobria.

DISCURSO DE DON PELAYO A LOS GODOS

Conviene usar de presteza y de valor, para los que tenemos la justicia de nuestra parte : sobrepujemos a los contrarios con el esfuerzo. Cada cual de las ciudades tienen una pequeña guarnición de moros, los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean emplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno que merezca el nombre de cristiano que no se venga luego a nuestro campo. Sólo entretengamos a los enemigos un poco, y con corazones atrevidos, avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engrandeceremos en los ánimos de nuestros hermanos ; acudamos con esfuerzo y corazón, que ésta es buena ocasión de pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religión, por los hijos, mujeres, parientes y aliados que están puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecerlos con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros.

Lo que hace es aplicar algún remedio a la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaros que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalo nos enflaquecieron e hicieron caer en tantos males ; las adversidades y trabajos aviven y nos despierten. Diréis que esnos cosa pesada acometer los peligros de la guerra ; ¡ cuánto más pesado es que los hijos y mujeres, hechos esclavos, sirvan a la crueldad de los enemigos ! ¡ Oh, grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seáis despojados de vuestras vidas y haciendas ! El amor de vuestras cosas particulares y el deseo del sosiego por ventura os entretiene ; os engañáis si pensáis que los particulares se pueden conservar, destruída y asolada la república. ¿ Ponéis la confianza en la fortaleza y aspereza de esta comarca ? A los cobardes y ociosos, ninguna cosa puede asegurar ; y cuando los enemigos no nos acometiesen, ¿ cómo podrá esta tierra estéril y

menguada en todo sustentar tanta gente como se ha recogido a estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar; pero os debéis acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de la guerra, por donde podéis entender que no vencen los muchos, sino los esforzados. A Dios, al cual tenemos irritado antes de ahora, y al presente creemos está aplacado, fácil cosa es y aun muy usada deshacer gruesos ejércitos con las armas de pocos. Por lo que a mí toca, estoy determinado con vuestra ayuda de aco-

meter esta empresa y peligro, y en tanto que yo viviere mostrarme enemigo no más a estos bárbaros que a cualquiera de los nuestros que rehusare tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinare de vencer o morir como bueno, antes de sufrir vida tan miserable, tan extrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender a los cobardes que no son los enemigos los que más deben de temer.

(Historia de España.)



Miguel de Cervantes

(1547-1616)

De Alcalá de Henares. Estuvo en Italia, donde tomó parte en la batalla de Lepanto; fué cogido cautivo y llevado a Argel. En España le sucedieron algunos incidentes desagradables que le tuvieron en prisión. Escribió doce novelas ejemplares, siendo las más notables *Rinconete y Cortadillo*, *El celoso extremeño*, *El coloquio de los perros* y *El licenciado Vidriera*; pero la obra que le ha dado fama ha sido *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, publicada en 1605. También escribió ocho comedias y ocho entremeses. De sus comedias son las mejores *Pedro de Urdemalas*, *El rufián dichoso* y

La Numancia. Los entremeses de Cervantes son aguafuertes, cuadros de vida picaresca del mundo del hampa; los mejores, *La elección de los Alcaldes de Daganzo*, *El viejo celoso* y *La guarda cuidadosa*.

DE LO QUE SUCEDIÓ A DON QUIJOTE CUANDO SALIÓ DE LA VENTA

La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole a la memoria los consejos de su huésped, cerca de las preveniciones tan necesarias que había de llevar consigo, especialmente la de los dineros y camisas, determinó volver a su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escuderial de la caballería. Con este pensamiento, guió a Rocinante hacia su aldea; el cual así, conociendo la que-rencia, con tanta gana comenzó a caminar, que parecía que no ponía los pies en el suelo.

No había andado mucho, cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oído, cuando dijo: «Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo a mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces sin duda son de

algún menesteroso o menesterosa que ha menester mi favor y ayuda.» Y volviendo las riendas, encaminó a Rocinante hacia donde le pareció que las voces salían. Y a pocos pasos que entró en el bosque, vió atada una yegua a una encina, y atado en otra a un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprensión y consejo, porque decía: «La lengua queda y los ojos listos.»

Y el muchacho respondía: «No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato.»

Y viendo don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: «Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede. Subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza (que también tenía una lanza arrimada a la encina adonde estaba arrendada la yegua); que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.»

El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: «Señor caballero, este muchacho, que estoy castigando, es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado, que cada día me falta una; y porque castigo su descuido o bellquería, dice que lo hago de miserable, por no pagarle la soldada que le debo; y en Dios y en mi ánima, que miente.

—¿Miente, delante de mí, ruin villano?—dijo don Quijote—. Por el sol que nos alumbraba, que estoy por pasaros de parte a parte con esta lanza. Pagadle luego sin más réplicas; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto. Desatadlo luego.»

El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra, desató a su criado, al cual preguntó don Quijote que cuánto le debía su amo.

Él dijo que nueve meses, a siete reales cada mes.

Hizo la cuenta don Quijote y halló que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello.

Respondió el medroso villano que, por el paso en que estaba y juramento que había hecho (y aun no había jurado nada), que no eran tantos; porque se le habían de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo.

—Bien está todo eso—replicó don Quijote—; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagasteis, vos le habéis roto el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado; así que, por esta parte, no os debe nada.

—El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dinero; véngase Andrés conmigo a mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

—¿Irme yo con él—dijo el muchacho— más? ¡Mal año! No, señor, ni por pienso; porque en viéndome solo, me desollará como a un San Bartolomé.

—No hará tal—replicó don Quijote—; basta que yo se lo mande, para que me tenga respeto; y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y asegurará la paga.

—Mire vuestra merced, señor, lo que dice—dijo el muchacho—; que este mi amo no es caballero, ni ha recibido Orden de caballería alguna; que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar.

—Importa poco eso—replicó don Quijote—; que Haldudos puede haber caballeros; cuanto más, que cada uno es hijo de sus obras.

—Así es verdad—dijo Andrés—; pero este mi amo, ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

—No niego, hermano Andrés—respondió el labrador—; y hacedme placer de veniros conmigo; que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pa-

garos, como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados.

—Del sahumero os hago gracia—dijo don Quijote—; dádselos en reales, que con esto me contento; y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado; si no, por el mismo juramento os juro de volver a buscaros y a castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras, obligado a cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el deshacedor de agravios y sinrazones; y a Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada.

Y en diciendo esto, picó a su Rocinante, y en breve espacio se apartó de ellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que había traspuesto el bosque y que ya no parecía, volvióse a su criado Andrés y díjole: «Venid acá, hijo mío; que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado.»

—Eso juro yo—dijo Andrés—; y ¡cómo que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva; que, según es de valeroso y de buen juez, vive Roque, que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo!

—También lo juro yo—dijo el labrador—; pero, por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga.

Y asiéndole del brazo, le tornó a atar a la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto.

—Llamad, señor Andrés, ahora—decía el labrador—al deshacedor de agravios; veréis como no deshace aquéste; aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temáis.

Pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese a buscar a su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia.

Andrés se partió algo mohino, jurando de ir a buscar al valeroso don Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con las setenas; pero, con todo esto, él se partió llorando, y su amo se quedó riendo.

Y de esta manera deshizo el agravio el valeroso don Quijote; el cual, contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio a sus caballerías, con gran satisfacción de sí mismo iba caminando hacia su aldea, diciendo a media voz: «Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra, ¡oh, sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso! pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido a toda tu voluntad e talante a un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será don Quijote de la Mancha; el cual, como todo el mundo sabe, ayer recibió la orden de caballería, y hoy ha deshecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano a aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasión vapulaba a aquel delicado infante.»

(Don Quijote, parte I, cap. 4.)



Diego Saavedra Fajardo

(1584-1648)

De Murcia. Escritor político, compuso, aparte de *La corona gótica*, historia de los godos de España, dos obras de gran trascendencia: *Empresas*

políticas, serie de disertaciones sobre la formación de un príncipe a la vez político y cristiano, que es un libro de divulgación, escrito en tono ameno, y la *República literaria*, sueño o ficción alegórica de una ciudad donde se hallan personajes representativos en las Ciencias y en las Artes. En toda la obra del escritor el lenguaje es castizo y correcto.

EL HOMBRE, VICIADO POR LA MALICIA

Es el hombre el más inconstante de los seres, a sí y a ellos dañoso. Con la edad, la fortuna, el interés y la pasión se va mudando; no cambia más semblantes el mar que su condición. Con especie de bien yerra, y con amor propio persevera. Hace reputación la venganza y la crueldad. Sabe disimular y tener ocultos largo tiempo sus afectos. Con

palabras, la risa y las lágrimas encubre lo que tiene en el corazón. Con la religión disfraza sus designios, con el juramento los acredita y con la mentira los oculta; obedece al temor y a la esperanza; los favores le hacen ingrato, el mando soberbio, la fuerza útil y la ley rendido. Escribe en cera los beneficios, las injurias recibidas en mármol, y las que hace en bronce. El amor le gobierna, no por caridad, sino por alguna especie de bien; la ira le manda; en la necesidad es humilde y obediente, y fuera de ella arrogante y desprecia-dor. Lo que en sí alaba o afecta le falta; se juzga fino en la amistad y no la sabe guardar. Desprecia lo propio y ambiciona lo ajeno; cuanto más alcanza, más desea; en fin, ama en los demás el rigor de la justicia y en sí le aborrece.

(*Empresas políticas.*)



Vicente Espinel

(1551-1624)

Nació en Ronda. Poeta, músico y traductor de Horacio, es sobre todo conocido por su novela picaresca y de aventuras *La vida del escudero Marcos de Obregón*. La narración es interesante, unas veces soldado, otras estudiante, cautivo o libre, Marcos de Obregón recorre varias posiciones sociales y en su ancianidad regresa a su patria.

EPISODIO

Vime en un gran peligro, porque si quería bajar con el pie derecho había de rodar por la sierra abajo hasta llegar a un arroyo salado, donde cuando bien librara, llegara la cabeza llena de chinchones. Roguéle al macho con mucha humildad que me hiciese merced de estarse quieto mientras bajaba al revés; pero al tiempo que le mandé que volviese por la sendilla que había subido, él iba tan cansado que se echó, y en echándose, como el cerro estaba tan empinado, rodó hasta el arroyo salado; yo volví por la sendilla, hasta llegar al arroyo, y fuí a mi desdichado macho, y lo mejor que pude ayudéle a levantar, que estaba tan molido que fué menester animarlo con sopa en vino, y llevándolo de diestro lo más poco a poco que pude, fuí considerando que todo aquello me sucedía por no haber tenido respeto a la fiesta, caminando y haciendo el viaje que se pudiera hacer otro día; que al fin, como las fiestas son para dar gracias a Dios y no para hacer jornadas, no puede haber quietud para hablar con Dios de espacio. Que trabajando en los días que la Iglesia tiene dedicados para Dios, no sola-

mente no aumenta el provecho, pero por mil caminos viene el daño, como me sucedió esta noche, que yendo con mi macho a mano izquierda por una ladera arriba, yendo yo a la parte de abajo por animarlo, deslizó, y cogióme debajo, aunque no fué mucho el daño, porque pude fácilmente subir hasta que descubrí en lo alto del cerro un cortijo, donde me llegué con toda la humildad del mundo; y aunque di muchos golpes, no me respondían, porque había mucha gente que se había juntado allí aquella noche, por ser día de fiesta. Al fin, di tantos golpes, que me respondió un mozo, y diciéndole con la necesidad que venía, respondiome que me fuese en hora buena; y tornando a llamar, acudió el aperador del cortijo, que en todas sus acciones pareció ser muy hombre de bien, y abriéndome la puerta, acudió a mi necesidad y al cansancio de mi macho, y díjome:

—«Perdone vuesa merced, que por estando voces sobre una serilla de higos que estos mozos me habían hurtado, no pude responder tan presto». —«Pues si no es más de por eso, dije yo, no le dé pena; que yo le diré quién se la hurtó». —«Ángel será vuesa merced, respondió él, y no hombre, si me dice eso.» —«Déjeme reposar, dije yo, y se lo diré.»

Descansé un rato, y mi macho cenó lo mejor que pudo: yo cené un muy gentil gazpacho, que cosa más sabrosa no he visto en mi vida; que tanto tienen las comidas de bueno, cuanto el estómago tiene de hambre y de necesidad; fuera de que el aceite de aquella tierra, y el vino y vinagre es de lo mejor que hay en toda la Europa.

Habiendo cenado, y estando todos los mozos alrededor, le dije al aperador: «Este dornajo en que habemos cenado ha de descubrir el hurto de los higos.» Dijo uno entre dientes: «Aun sería el diablo la venida del estudiante.» Pedíle al buen hombre un poco de aceite y almagre, y sin que los mozos lo viesan unté el suelo del dornajo con una mezcla que hice del aceite y almagre, y pedíle un cencerro de las vacas, y poniéndolo debajo del dornajo, dije con voz que lo oyeron todos, habiendo puesto el dornajo más adentro, donde estaba el pajar: «Pasen todos uno a uno,

y den una palmada en el suelo del dornajo, y en pasando el que hurtó los higos, sonará el cencerro». Fueron todos uno a uno, y dió cada uno su palmada en el almagre, y no sonó el cencerro, que es lo que todos esperaban.

Llamélos a todos, y díjeles que abriesen las palmas de las manos, las cuales tenían todos enalmagradas, sino era el uno de ellos; y así les dije a todos: «Este gentilhombre hurtó los higos, que porque el cencerro no sonase, no osó poner la mano en el dornajo.» Él se puso colorado como un escaramujo, y los demás estuvieron toda la noche reventando de risa y dándole matraca, y el aperador muy agradecido de haber hallado sus higos, y yo muy contento del buen acogimiento; y por el buen hospedaje dejéle dos cuchillos



RELACION Tercera de la vida del Escudero Marcos de Obregon.



YO QUE DE CAUTIVO, esclavo, y maltratado, tan presto me vi con dineros, y bien puesto de vestidos, descauí ya ardentísimamente llegar, adonde mis amigos me viesen libre, y supiesen los trabajos, y fauores, de que la fortuna auia usado conmigo. Y así, en auiendo visto la grandeza de aquella Republica, y tomado el descanso, que tan grande cansancio pedía, cogí mi caualgadura, y Víctorino, ó moço de mulas, y auíendome para Milan, subí por aquellas montañas de Genoua, tan asperas, y encumbradas como las de Ronda. Y en auien-
do

damasquinos, con que por poco le corta las orejas al ladrón de los higos.

(Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregon, relación I, descanso XVI.)



Vida del Lazarillo de Tormes

ANÓNIMO

(1554)

Se desconoce su autor; es la primera novela picaresca española, es decir, novelas en que el protagonista es un pícaro ingenioso cuyo ideal consiste en vivir a sus anchas sin trabajar.

El *Lazarillo* es una autobiografía de Lázaro, que narra sus desventuras, primero como mozo de ciego, después como criado de un clérigo y luego de un escudero, de un fraile de la Merced, de un bulero, de un alguacil, alcanzando, finalmente, el oficio real de pregonero de Toledo. El *Lazarillo* es obra original en su concepción.

TRATADO PRIMERO

(Fragmentos.)

Salimos de Salamanca y, llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal y, allí puesto, me dijo:

«Lázaro, llega al oído de este toro y oirás gran ruido dentro de él.»

Yo simplemente llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

«Necio, aprende; que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.»

Y rió mucho la burla.

Parecióme que en aquel instante desper-

té de la simpleza en que como niño dormido estaba. Dije entre mí:

«Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer.»

Comenzamos nuestro camino y en muy pocos días me mostró jerigonza. Y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía:

«Yo oro ni plata no te lo puedo dar; mas avisos para vivir, muchos te mostraré.»

Y fué así, que después de Dios, éste me dió la vida y, siendo ciego, me alumbró y adiestró en la carrera de vivir.

Usaba poner cabe de sí un jarrillo de vino cuando comíamos, y yo muy presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocía la falta, y por reservar su vino a salvo nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido; mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino lo dejaba a buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y desde allí en adelante mudó propósito y asentaba su jarro entre las piernas y atapábale con la mano, y así bebía seguro.

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agu-

jero sutil y, delicadamente, con una muy delgada tortilla de cera tapanlo, y al tiempo de comer, fingiendo tener frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor della, luego derretida la cera por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, lo cual yo de tal manera ponía que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada.

Espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

«No diréis, tío, que os lo bebo yo, decía, pues no le quitáis dê la mano.»

Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido.

Y luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándome, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro que de nada desto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo con todo lo que en él hay, me había caído encima.

Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego y, aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose decía:

«¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud.»

Acaeció que llegando a un lugar que llaman Almorox, a tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dió un racimo dellas en limosna. Y como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano. Para echarlo en el fardel tornábase mosto y lo que a él se llegaba.

Acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar, como por contentarme, que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar y dijo:

«Agora quiero usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas y que tengas en él tanta parte como yo. Lo partiremos de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos y de esta suerte no habrá engaño.»

Hecho así el concierto, comenzamos; mas luego, al segundo lance, el traidor mudó de propósito y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería de hacer lo mismo. Como vi que él quebrara la postura, no me contenté con ir a la par con él, mas aún pasaba adelante; dos a dos y tres a tres y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano y, meneando la cabeza, dijo:

«Lázaro, me has engañado. Juraré yo a Dios que has comido las uvas tres a tres.»

«No comí, dije yo; mas, ¿por qué sospecháis eso?»

Respondió el sagacísimo ciego:

«¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que yo comía dos a dos y callabas.»

Reíme entre mí, y aunque muchacho, noté mucho la discreta consideración del ciego.

Estábamos en Escalona, en un mesón, y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la longaniza había pringado y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa y mandó que fuese por él de vino a la

taberna. Púsome el demonio el aparejo delante de los ojos, como suelen decir, hace al ladrón, y fué que había junto al fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso y tal, que por no ser para la olla, debió ser echado allí.

Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me vi con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que había de gozar, no mirando qué me podría suceder pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador. El cual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó a dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos había escapado.

Yo fuí por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza, y cuando vine, hallé al pecador del ciego que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aun no había conocido por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando también llevar parte de la longaniza, hallóse en frío con el frío nabo. Alteróse y dijo:

«¿Qué es eso, Lazarillo?»

«¡Lacerado de mí!, dije yo. ¿Si queréis a mí echar algo? ¿Yo no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí y por burlar haría esto.»

«No, no, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano, no es posible.»

Yo torné a jurar y perjurar que estaba libre de aquel truco y cambio; mas poco me aprovechó, pues a las astucias del maldito ciego nada se le escondía. Levantóse y asíome por la cabeza y llegóse a olerme. Y como debió sentir el huelgo, a uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad y con la gran agonía que llevaba, asíéndome con las manos, abríame la boca más de su derecho y desatentadamente metía la nariz, la cual él tenía luenga y afilada, y a aquella sazón, con el enojo, se había aumentado un palmo. Con el pico de la cual me llegó a la guilla.

Y con esto y con el gran miedo que tenía y con la brevedad del tiempo, la negra lon-

ganiza aun no había hecho asiento en el estómago, y lo más principal, con el destiento de la cumplidísima nariz, medio cuasi ahogándome; todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase y lo suyo fuese vuelto a su dueño; de manera que, antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza a un tiempo salieron de mi boca.

¡Oh gran Dios, quién estuviera aquella hora sepultado!, que muerto ya lo estaba. Fué tal el coraje del perverso ciego, que, si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida. Sacáronme de entre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rasguñado el pescuezo y la garganta. Y esto bien lo merecía, pues por su maldad me venían tantas persecuciones.

Contaba el mal ciego a todos cuantos allí se allegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro como de la del racimo y ahora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta; mas con tanta gracia y donaire recontaba el ciego mis hazañas, que, aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que hacía sin justicia en no reírlas.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dejalle, y como lo traía pensado y lo tenía en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirmélo más. Y fué así, que luego otro día salimos por la villa a pedir limosna y había llovido mucho la noche antes. Y porque el día también llovía, andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo había, donde no nos mojamos; mas como la noche se venía y el llover no cesaba, díjome el ciego:

«Lázaro, esta agua es muy porfiada y cuanto la noche más cierra, más recia. Acójámonos a la posada con tiempo.»

Para ir allá habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande.

Yo le dije :

«Tío, el arroyo va muy ancho ; mas si queréis, yo veo por donde atravesemos más pronto sin mojarnos porque se estrecha allí mucho y saltando pasaremos a pie enjuto.»

Parecióle buen consejo y dijo :

«Discreto eres, por esto te quiero bien. Llévame a ese lugar donde el arroyo se engangosta, que ahora es invierno y sabe mal el agua y más llevar los pies mojados.»

Yo que vi el aparejo a mi deseo, saquéle debajo de los portales y llevélo derecho de un pilar o poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y dígole :

«Tío, éste es el paso más angosto que en el arroyo hay.»

Como llovía recio y el triste se mojaba, y con la prisa que llevábamos de salir del agua que encima de nos caía, y lo más principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento (fué por darme de él venganza), creyóse de mí y dijo :

«Ponme bien derecho y salta tú el arroyo.»

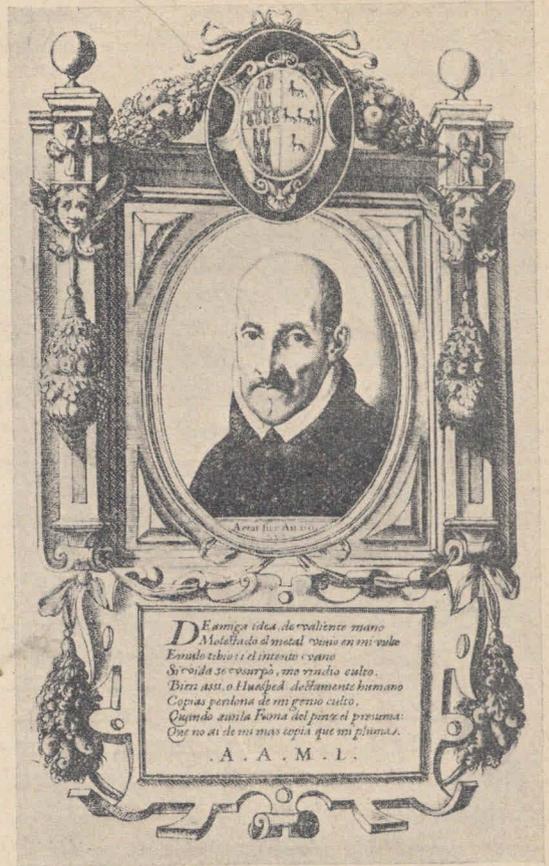
Yo le puse bien derecho enfrente del pilar y doy un salto y póngome detrás del poste, como quien espera tope de toro, y díjele :

«¡ Sus !, saltá todo lo que podáis, porque deis deste cabo del agua.»

Aun apenas lo había acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego y de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atrás, medio muerto y hendida la cabeza.

«¡ Cómo ! ¿ y olistes la longaniza y no el poste ? ¡ Olé ! ¡ Olé ! », le dije yo.

Y dejéle en poder de mucha gente que lo había ido a socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote y, antes que la noche viniese, di conmigo en Torrijos. No supe más lo que Dios hizo de él, ni procuré saberlo.



Luis de Góngora

(1561-1627)

Cordobés. Poeta de extraordinarias facultades. Estudió en Salamanca y fué beneficiado de la catedral de Córdoba. Empezó su labor poética cultivando los metros populares ; sus romances, sus letrillas, son eterno modelo de gracia, fluidez y naturalidad. Tres son las obras culteranas de Góngora. De ellas la más importante es *Las Soledades*, obra que, gracias a los estudios modernos, se va comprendiendo y apreciando en ella la gran riqueza de imágenes, la musicalidad que ha sabido dar al endecasílabo.

LA VIDA DEL MUCHACHO

Hermana María,
mañana que es fiesta
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela.

Pondráste el corpiño
y la saya buena,
cabezón labrado,
toca y albanega ;
y a mí me pondrán
mi camisa nueva,
sayo de palmilla,
medias de estameña.

Y si hace bueno,
traeré la montera,
que me dió la Pascua
mi señora abuela.

Y el estadal rojo,
con lo que le cuelga,
que trajo el vecino
cuando fué a la feria.

Iremos a Misa ;
veremos la iglesia ;
darános un cuarto
mi tía la ollera ;

compraremos de él,
que nadie lo sepa,
chochos y garbanzos
para la merienda.

Y en la tardecita
en nuestra plazuela
jugaré yo al toro,
y tú a las muñecas
con las dos hermanas
Juana y Magdalena,
y las dos primillas
María y la tuerta ;

y si quiere madre
dar las castañetas,
podrás tanto de ello
bailar en la puerta :
y al son del adufe
cantará Andregüela :
*No me aprovecharon,
mi madre, las hierbas.*

Y yo del papel
haré una librea,
teñida con moras
porque bien parezca.

Y una caperuza,
con muchas almenas ;
pondré por penacho
las dos plumas negras
del rabo del gallo,
que allá en la huerta

anaranjemos
las carnestolendas ;
y en la caña larga
pondré una bandera
con dos borlas blancas
en sus trezaderas ;
y en mi caballito
pondré una cabeza
de guadamecí,
dos hilos por riendas ;
y entraré en la calle
haciendo corvetas
yo y otros del barrio,
que son más de treinta,
jugaremos cañas
junto a la plazuela,
porque Bartolilla
salga acá y nos vea :
Bartola, la hija
de la panadera,
la que suele darme
tortas con manteca.

A LA CIUDAD DE CÓRDOBA

SONETO

¡ Oh excelso muro, oh torres coronadas
de honor, de majestad, de gallardía !
¡ Oh gran río, gran rey de Andalucía,
de arenas nobles, ya que no doradas !
¡ Oh fértil llano, o sierras encumbradas
que privilegia el cielo y dora el día !
¡ Oh siempre gloriosa patria mía,
tanto por plumas cuanto por espadas !
Si entre aquellas ruinas y despojos
que enriquece Genil y Darro baña
tu memoria no fué alimento mío,
nunca merezcan mis ausentes ojos
ver tus muros, tus torres y tu río,
tu llano y sierra, ¡ oh patria, o flor de España !



Bartolomé de Argensola

(1562-1631)

Aragonés. Hizo sus estudios en la Universidad de Huesca y Zaragoza, y ordenado sacerdote, fué nombrado rector de Villahermosa. Sus obras poéticas fueron editadas junto con las de su hermano Lupercio, con el título de *Ritmas*. Merecen citarse algunas canciones imitadas de Horacio y el conocido soneto que comienza: «Dime, Padre común, pues eres justo». Es también interesante su labor de historiador, justificado plenamente con su obra *Conquista de las islas Molucas*.

SÁTIRA

Ahora se me acuerda un cuento, donde verás lo que sucede a cada paso, que al propósito de esto corresponde.

Un hombre labrador cavando acaso atento la cultura de su huerto, a media vara halló enterrado un vaso.

Suena la azada, y a los golpes cierto y formado salió el cántaro o jarro, con un betún fortísimo cubierto;

era el atapador también de barro, a modo de pirámide, y tan dura, que la quebrara apenas un guijarro;

y como en esta tierra se murmura que hay en ella escondida plata y oro, pensó que estaba dentro su ventura.

«Dichoso yo, sin duda; que es tesoro, dijo, que en los peligros de la guerra aquí lo sepultó algún rico moro.»

Saca su hallazgo de la rica tierra, prometiéndose ya de comprar cuánta alcanza a ver, con lo que el vaso encierra.

Las manos tiemblan cuando lo levanta, mirando a todas partes con cautela; que ladrón se le antoja cualquier planta.

Ya al fin, nuestro dichoso se recela, y a solas, de testigos retirado, abrir quiere la urna o tinajuela.

Pero aunque le entristece el peso amado (porque, según lo estima y lo que espera, se le antoja liviano demasiado),

lo excusa luego, porque considera que la carga que aplace no es pesada, y que el nuevo placer se la aligera.

Al fin, en lo interior de su posada cierra su puerta y las hendrijas tapa, y aun quisiera a la luz negar la entrada.

Tras esto, extiende pródigo la capa, y forcejando por no hacer ruido, como pudo le rompe y la desatapa.

Trastorna la vasija, persuadido que estaba del más fino oro maciza, entre joyas antiguas embutido;

pero envueltos le arroja con ceniza huesos medio quemados (de varones quizá que alguna historia solemniza).

Atónito entre varias opiniones, llega a tener por cierto que el demonio aquel tesoro transformó en carbones.

Si él pudiera entender a Suetonio, que nos dejó en las Vidas que dispuso, de exequias de aquel siglo testimonio,

cierto de que ya un tiempo hubo aquel uso de sepultar, no hallara causa alguna para quedar burlado ni confuso.

Así nos enriquece la fortuna cuando, ya por rigor, ya por clemencia, sale a nuestros designios oportuna.

Prometiéndonos el gozo y la opulencia de su prosperidad; pero no tarda ni un instante a probar nuestra experiencia que es ceniza el tesoro que nos guarda.



Lope de Vega

(1562-1635)

Madrileño. Vida aventurera. Es el autor dramático español más importante y más fecundo. De sus comedias merecen recordarse: *La Estrella de Sevilla*, *El mejor Alcalde el Rey*, *Fuente Ovejuna*, *Peribáñez*, etc. Acción, destreza, movimiento, intrigas combinadas, acumulación de episodios. Teatro, en fin, lleno de vida y de extensión. Fué también uno de nuestros poetas líricos más importantes. Desde el romance y soneto hasta las más variadas formas de la lírica popular, tienen cabida en su producción asombrosa. En prosa escribió también algunas novelas de gran éxito.

MAYA

En las mañanicas
del mes de mayo
cantan los ruiñeños,
retumba el campo.
En las mañanicas,
como son frescas,
cubren ruiñeños
las alamedas.
Riense las fuentes
tirando perlas
a las florecillas
que están más cerca.

Vístense las plantas
de varias sedas,
que sacar colores
poco les cuesta.
Los campos alegran
tapetes varios,
cantan los ruiñeños
retumba el campo.

LETRAS SACRAS

A la dina dina,
a la dina dana
a la dina dina
Señora divina,
a la dina dana,
Reina soberana.
Quienquiera que sea,
la que hoy ha nacido,
que el suelo ha vestido
de verde librea,
Egipto la vea,
su bella gitana,
a la dina dana
Reina soberana,
a la dina dina
Señora divina.

Alegría, zagales,
valles y montes,
que el zagal de María
ya tiene nombre.
Correr, arroyuelos,
cándida leche,
los corderos retocen,
canten las fuentes
y las aves, alegres
en sus canciones,
que el zagal de María
ya tiene nombre.

[SEGUIDILLA]

No corráis, vientecillos,
con tanta prisa
porque al son de las aguas
duerme la niña.



Tirso de Molina

(1571-1648)

Seudónimo de Fray Gabriel Téllez. Nació en Madrid y profesó en la Orden de la Merced, siendo cronista y definidor de la misma en Castilla. De sus comedias históricas, la más notable es *La prudencia en la mujer*; el más conocido de sus dramas legendarios es *El burlador de Sevilla*, y de sus comedias religiosas *El condenado por desconfiado*, cuyo asunto refleja una polémica teológica y cuyos orígenes hay que buscarlos en narraciones indias. Escribió también comedias de carácter y de intriga, como *El vergonzoso en palacio*, *La villana de Valdecas*, *Don Gil de las calzas verdes* y otras muchas. Tirso de Molina es fecundo y vario; tuvo el sentido de los caracteres y una gracia siempre fina. Tirso escribió además dos libros misceláneos de gran interés: *Los cigarrales de Toledo* y *Deleitar aprovechando*.

EL CONDENADO POR DESCONFIADO

ACTO I. — ESCENA I.

Paulo.

¡ Dichoso albergue mío ;
soledad apacible y deleitosa,
que en el calor y frío
me dais posada en esta selva umbrosa,
donde el huésped se llama
o verde hierba o pálida retama !
Agora, cuando el alba
cubre las esmeraldas de cristales,

haciendo al sol la salva
que de su coche sale por jarales,
con manos de luz pura
quitando sombras de la noche oscura,
salgo de aquesta cueva
que en pirámides altas de estas peñas
naturaleza eleva,
y a las errantes nubes hace señas
para que noche y día,
ya que no hay otra, le hagan compañía.
Salgo a ver este cielo,
alfombra azul de aquellos pies hermosos,
¿quién, ¡ oh celeste velo !,
aquesos tafetanes luminosos
rasgar pudiera un poço
para ver... ? ¡ Ay de mí ! Vuélvome loco.
Mas ya que es imposible,
y sé cierto, Señor, que me estáis viendo
desde ese inaccesible
trono de luz hermoso, a quien sirviendo
están ángeles bellos
más que la luz del sol hermosos ellos,
mil glorias quiero daros
por las mercedes que me estáis haciendo,
sin saber obligaros.
¿ Cuándo yo merecí que del estruendo
me sacarais del mundo,
que es umbral de las puertas del profundo ?
¿ Cuándo, Señor divino,
podrá mi indignidad agradeceros
el volverme al camino
que, si yo no conozco, es fuerza el veros,
y tras esta victoria
darme en aquestas selvas tanta gloria ?
Aquí los pajarillos,
amorosas canciones repitiendo
por juncos y tomillos,
de Vos me acuerdan, y yo estoy diciendo :
si esta gloria da el suelo,
¿ qué gloria será aquella que da el cielo ?
Aquí estos arroyuelos,
jirones de cristal en campo verde,
me quitan mis desvelos
y causa son a que de Vos me acuerde :
¡ tal es el gran contento
que infunde al alma su sonoro acento !
Aquí silvestres flores
el fugitivo viento aromatizan,
y de varios colores
aquesta vega humilde fertilizan.

Su belleza me asombra ;
 calle el tapete y berberisca alfombra,
 pues con estos regalos,
 con aquestos contentos y alegrías,
 ¡ bendito seas mil veces,
 inmenso Dios, que tanto bien me ofreces !
 Aquí pienso servirte,
 ya que el mundo dejé para bien mío ;
 aquí pienso seguirte

sin que jamás humano desvarío,
 por más que abra la puerta
 el mundo a sus engaños, me divierta.
 Quiero, Señor divino,
 pedirlos de rodillas humildemente
 que en aqueste camino
 siempre me conservéis piadosamente.
 Ved que el hombre se hizo
 de barro vil, de barro quebradizo.



Francisco de Quevedo

(1580-1645)

Nació en Madrid y estudió en Alcalá. A consecuencia de un lance de honor se refugió en Sicilia, donde fué consejero del duque de Osuna. Estuvo encarcelado en San Marcos de León y murió en su retiro de la Torre de Juan de Abad. Quevedo es un polígrafo. La gran variedad de asuntos hace que el número de sus obras sea considerable. Escribió en verso y prosa. De las obras en prosa se destacan *Los sueños*, que son la sátira más mordaz contra las costumbres de su época.

PETICIÓN EXTRAÑA

En la corte de un rey de Sicilia vivían dos soldados que pasaban por envidioso el uno y avariento el otro. Queriendo divertirse el príncipe, llamólos a su presencia, y después de haber elogiado sus servicios, manifestóles

su intención de dar a cada uno el premio que desearan, haciéndoles observar, no obstante, que el primer solicitante recibiría el objeto de su deseo, y el segundo el duplo del primero.

Silenciosos y meditabundos quedaron largo rato los dos soldados, no queriendo ninguno de ellos adelantar su solicitud. El avariento decía para sí : « Si empiezo yo, me tocará la mitad menos que a mi compañero » ; asimismo el envidioso discurría en sus adentros : « Jamás consentiré que a este grandísimo avariento le toque más que a mí. »

El príncipe gozaba al contemplar tal indecisión, y después de mucha espera, resolvió terminar aquella escena. Dirigiéndose al envidioso, le ordenó se adelantara y manifestase su deseo. Vaciló éste un momento, diciendo entre sí : « ¿ Qué favor pediré, o de qué estratagemas me valdré para que este avariento no se lleve más que yo?... Si pido un caballo, dos habrá para él ; si una casa, dos conseguirá ; si una renta, doble le tocará... ¿ Qué cosa puedo pedir?... ¡ Canastos ! ya lo sé, ahora caigo en la cuenta : pediré un castigo para que él reciba dos. » Y dirigiéndose en el acto al príncipe, díjole con tono decidido : « Suplico a Su Majestad mande se me arranque un ojo. »

Quando esto oyeron rey y cortesanos, soltaron una ruidosa carcajada ; todos hicieron chacota del envidioso echándole en cara su bárbaro atrevimiento, y él, con su insulsa petición, sólo logró poner de manifiesto la fiera pasión que le dominaba.

*El envidioso llora todo el año
 Más el ajeno bien que el propio daño.*

A UNA NARIZ

Érase un hombre a una nariz pegado,
 érase una nariz superlativa,
 érase una nariz sayón y escriba,
 érase un peje espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,
 érase una alquitara pensativa,
 érase un elefante boca arriba,
 era Ovidio Nasón más narizado.

Érase un espolón de una galera,
 érase una pirámide de Egipto;
 las doce tribus de narices era.

Érase una naricísimo infinito,
 muchísimo nariz, nariz tan fiera,
 que en la cara de Anás fuera delito.

Vi un mercader que poco antes había muerto.

—¿Acá [en el infierno] estáis? — dije yo—. ¿Qué os parece? ¿No valiera más haber tenido poca hacienda y no estar aquí?

Dijo en esto uno de los atormentadores:

—Pensaron que no había más y quisieron con la vara de medir sacar agua de las piedras. Estos son — dijo — los que han ganado como buenos caballeros el infierno por sus pulgares, pues a puras pulgaradas se nos vienen acá. Mas, ¿quién duda que la obscuridad de sus tiendas les prometía estas tinieblas? Gente es ésta—dijo al cabo, muy enojado— que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida; mas Él, que todo lo ve, los trajo de sus rasos a estos nublados, que los atormenten con rayos. Y si quieres acabar de saber cómo éstos son los que sirven allá a la locura de los hombres, juntamente con los plateros y buhoneros, has de advertir que, si Dios hiciera que el mundo amaneciera cuerdo un día, todos estos quedarán pobres, pues entonces se conociera que en el diamante, perlas, oro, y sedas diferentes, pagamos más lo inútil y demasiado y raro que lo necesario y honesto. Y advertid ahora que la cosa que más cara se os vende en el mundo es lo que

menos vale, que es la vanidad que tenéis. Y estos mercaderes son los que alimentan todos vuestros desórdenes y apetitos.

(De *Las Zahurdas de Plutón*.)

LETRILLA SATÍRICA

*Poderoso caballero
 es don Dinero.*

Madre, yo al oro me humillo:
 él es mi amante y amado,
 pues de puro enamorado,
 anda continto amarillo;
 que pues, doblón o sencillo,
 hace todo cuanto quiero,
*poderoso caballero
 es don Dinero.*

Nace en Indias honrado,
 donde el mundo le acompaña;
 vine a morir en España
 y es en Génova enterrado.
 Y pues quien le trae al lado
 es hermoso, aunque sea fiero,
*poderoso caballero
 es don Dinero.*

Son sus padres principales
 y es de nobles descendiente,
 porque en las venas de Oriente
 todas las sangres son reales;
 y pues es quien hace iguales
 al rico y al pordiosero,
*poderoso caballero
 es don Dinero.*

¿A quién no le maravilla
 ver en su gloria sin tasa
 que es lo más ruin de su casa
 doña Blanca de Castilla?
 Mas pues que su fuerza humilla
 al cobarde y al guerrero,
*poderoso caballero
 es don Dinero.*

Es tanta su majestad,
 aunque son sus duelos hartos,
 que aun con estar hechos cuartos,
 no pierde su calidad;
 pero, pues da autoridad
 al gañán y al jornalero,

*poderoso caballero
es don Dinero.*

Más valen en cualquier tierra,
(mirad si es harto sagaz),
sus escudos en la paz
que rodela en la guerra ;
pues al natural destierra,
y hace propio al forastero,
*poderoso caballero
es don Dinero.*

EL PATRAÑUELO

Claudino, sastre, teniendo otro vecino calcetero delante de casa, llamado Filemo, cada mañana que le saludaba, después de buenos días y buenas noches, le decía : « ¡ Dios os guarde de mal hombre y mala mujer, señor compadre ! » Tantas veces se lo dijo, que le respondió : « ¿ Qué me puede hacer a mí mal hombre ni mala mujer, sabiéndome yo guardar ? ¡ Andá de ahí, no me lo digas más, si me queréis tener por amigo ! » Por lo cual Claudino calló, y a cabo de días, ampróle sobre una buena prenda dos ducados sin habellos menester, los cuales le volvió el mismo día.

Después, de allí a dos semanas, volvióle a suplicar que le prestase cinco ducados, y Filemo se los prestó, no queriendo tomalle prenda ninguna, los cuales le volvió pasados tres días ; y de allí a muy poco tiempo le volvió a pedir prestadas diez piezas de oro, y también se las dejó. Pasado un mes, pasados dos, pasados tres, viendo Filemo que no le volvía sus dineros, djóle un día : « Señor vecino, ¿ por qué no se acuerda de volverme aquellos dineros, viendo con cuanta voluntad se los presté ? » A lo cual respondió Claudino : « ¿ Qué dineros o qué acá ? ¡ Ya os lo he vuelto ! ¡ No sé qué os decís, señor compadre ! » Dijo Filemo : « No me lo habéis vuelto, ni tal me podéis vos probar por cierto, pero yo tengo el merescido por nos querernos tomar prenda. Bien la justicia lo averiguará todo. ¡ Andá con Dios ! » Ido, sin perder punto, le envió a citar por tres veces ; y a la primera citación fingió Claudino que le habían robado la ropa de su botica, y su capa juntamente, y por este respecto no salía de casa. Cuando vino la postrera citación, djóle a Filemo : « Señor vecino, ya veis que por no tener capa días ha que no salgo de casa ; si queréis que comparezca delante del juez, prestadme alguna capa de las vuestras sobradas, para que salgamos de este negocio. » El Filemo, contento, prestóselo. Venidos al juicio, habiendo hecho Filemo su demanda, respondió Claudino : « Que si se le había dejado dineros que

ESCRIVE IOAN TIMONEDA
moneda la presente octava a
los Representantes.



*Aqui van registrados con mi pluma
Los passos mas modernos y graciosos,
Aqui quasi vereys en breue suma,
Descuidos simplicissimos, brauosos.
De aqui el representante que presume
Haz er que sus Colloquios sean gastosos,
Puede tomar lo que le conuiniere.
Y el passo que mejor haz er sapiere.*

Juan de Timoneda

(m. 1583)

Editor y librero valenciano que escribió pasos, comedias y colecciones de anécdotas y cuentos, como *El Sobremesa* y *Alivio de Caminantes* y *El Patrañuelo*. Muchos de estos cuentos explican refranes populares. Todos son breves. Más que originalidad, puede señalarse en Timoneda una rara habilidad de resumir sus modelos.

ya se los había vuelto buenos y cortésmente. Pero mire vuestra señoría cuán mal hombre es éste que, si a mano viene, dirá que la capa que yo traigo es suya.» Respondió Filemo: «Sí, que es mía.» Dijo Claudino: «¿Veis si digo yo verdad?». Entonces dijo al juez: «¡Juro, señor, que así es la capa suya como yo le debo los dineros!» Por do dió por libre el juez a Claudino, y Filemo, y los diez ducados, y fuese a su posada, diciendo: «¡ Buenas noches, señor compadre! No os alteréis por verme, sosegaos por amor de Dios. Primero y principalmente veis aquí vuestra capa, y más los diez ducados. Todo esto no lo he tramado sino porque conozcáis, pues, lo que puede hacer un mal hombre y una mala mujer.» Entonces Filemo le abrazó, agradeciéndole desde allí adelante el aviso que le daba.

(Patraña 18.)

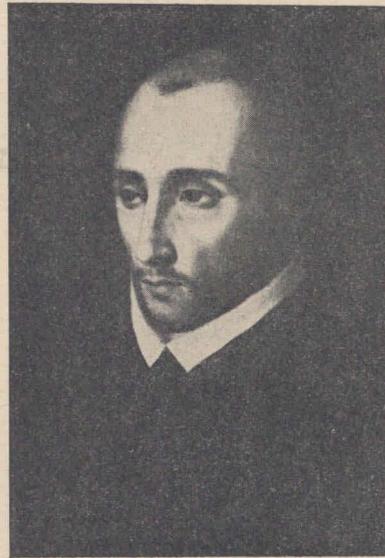
NO HAY QUINTO MALO

Habiendo un capitán recogido compañía de soldados, vino a recoger tantos que, haciendo reseña de todos, despidió muchos, y viniendo a despedir un mancebo sin barbas, díjole: «¿Qué es la causa que me despida vuestra merced?» Viéndole tan bien criado, fuéle forzoso responder, diciendo así: «Mirad, amigo, yo no os despido sino porque no tenéis barba; porque el soldado parece mal sin ella.» Dijo el mancebo: «¿Y qué? ¿Tanta barba es menester que tenga, señor?» Respondió el capitán: «Cuanta se puede tener un peine en ella.» Entonces el mancebo sacó un peine y metióselo por la carne en la barba. Maravillado el capitán de caso tan hazñoso, no solamente lo recibió, mas hízole su sargento.

BANDO ACERTADO

Vino un gentilhombre de la corte a posar en una venta, que la ventera era viuda, la cual tenía una hija de quince años, y, como fuese en invierno, ya después de haber cenado, estándose todos calentándose alrededor del fuego, dijo la ventera: «—¿Qué hay de

nuevo en la corte, señor?» El gentilhombre, por reírse, le respondió: «—Lo que hay de nuevo, señora, es que ha mandado su majestad, por falta que hay de gente para la guerra, que las mujeres ancianas casen con mancebos y las mozas con hombres ancianos.» «—¡ Ay!—dijo la hija—, en verdad, señor, que su majestad no hace lo que debe, ni parece bien ese mandamiento.» Respondió la ventera: «—Calla, rapaza, no digas eso; que lo que su majestad manda está bien mandado y parecerá bien a todo el mundo; y Dios le alargue la vida.»



El Padre Juan Eusebio Nieremberg

(1595-1648)

Madriileño. Perteneció a la Compañía de Jesús. Su obra más popular es *La diferencia entre lo temporal y eterno, crisol de desengaños*, denominación que indica su objeto. Para animar sus relatos expone anécdotas pintorescas, consideraciones piadosas y abundantes símbolos.

EL DESTIERRO ETERNO

La pena de destierro es gravísima. Como tal la miraban los ciudadanos romanos, cuando por algunos enormes delitos los echaban de su ciudad, enviándolos a alguna isla o re-

gión extranjera. Ovidio no se hartaba de llorar de verse desterrado en el Ponto, suspirando continuamente por Roma; y Marco Tulio cuando volvió de su destierro, como si entrara de nuevo en el mundo, lleno de admiración y gozo, decía: *¡Qué hermosura la de Italia! ¡Qué celebridad de pueblos! ¡Qué forma de regiones! ¡Qué campos, qué mieses, qué belleza de ciudad! ¡Oh qué humanidad de ciudadanos, y qué dignidad de república!*

Si esto hacían los hombres por la diferencia que había de una tierra a otra, y de unos hombres á otros, ¿qué sentimiento y pena tendrán los condenados por la diferencia que habrá del cielo al infierno, y de tratar con ángeles a tratar con demonios? ¿Qué dolor será verse privados de los palacios del cielo, de la conversación de los santos, y de aquella dichosísima región de vivos, donde todo es paz, caridad, tranquilidad y gozo, donde todo luce, todo deleita, y por todas partes suena aleluya?

David el estar fuera de su patria entre bárbaras gentes, aunque le iba en ello la vida, lo sentía como la muerte, y se quejaba amargamente por verse lejos del tabernáculo. El pueblo de Judá desterrado en Babilonia, no cesaba de derramar lágrimas, tan desmayados todos y tan sin ánimo, que les parecía imposible poder cantar, por ser acción de alegría, en tierra ajena. ¡Por cierto, que aunque no tuvieran otra pena los condenados, sino verse desterrados entre demonios en parte tan distante del cielo y tan lóbrega como la noche, sin ver el sol ni la luna, por toda la eternidad, sería un tormento insufrible!

Fué refinada crueldad la que usó Alejandro con Calistenes, al cual, después de haberle mandado cortar las orejas, labios y narices, le encerró en una jaula con un perro solamente, que le hiciese compañía. ¡Espectáculo por cierto lamentable ver tratado como a bruto a un varón tan discreto, y sin otra compañía que pudiera consolarle que con la de un perro! Pero los condenados tomaran estar entre perros, y aun entre leones, antes que entre sus mismos padres.

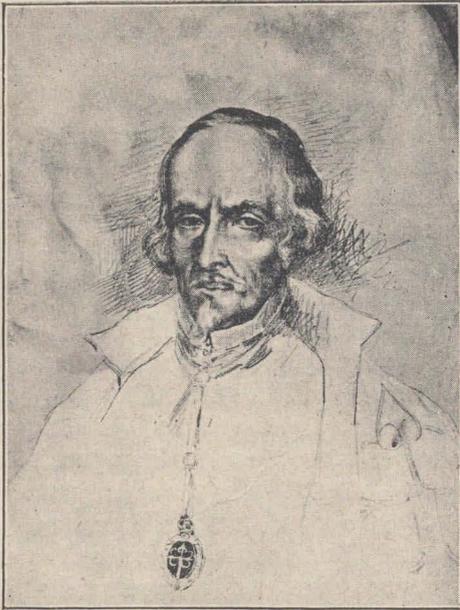
Un peregrino tormento inventaron los tiranos del Japón contra los que confesaban a Cristo, y fué colgarles boca abajo, metido el

cuerpo dentro de una hoya, donde había muchos lagartos, culebras y otras sabandijas venenosas y muy asquerosas; pero tampoco la compañía de estos animales es igual a la de tantos dragones infernales como hay en aquella profunda hoya, donde, no la mitad, sino todo entero estará hundido el miserable pecador.

Pesadísimo será este destierro, porque irá uno a donde nadie le ha de querer bien, pues aun los padres si encuentran allí un hijo le han de aborrecer. ¡Así se ve en este caso, que se refiere a las vidas de los Padres del yermo! Después que se convirtió un hijo de un usurero por un sermón en que se reprendió este vicio, rogó a su padre y a otro hermano suyo que, dejando aquel trato infame, restituyesen lo mal llevado; pero haciendo ellos como suelen, y se dice, orejas de mercader, él se retiró al yermo, y tomó el hábito de monje en compañía de otros siervos de Dios. Murieron su padre y su hermano, sin hacer penitencia de sus pecados. Dolfase el santo monje del mal estado que temía les hubiese cabido, y suplicaba a nuestro Señor se lo revelase.

Estando un día en esta oración, aparecióle un ángel, que tomándole por la mano, le llevó a un alto monte desde donde vió un valle profundo lleno de fuego. Oída primero una espantosa voz, vió luego a su padre que bullía en el fuego, como un garbanzo cuando hierve la olla, y a su hermano nadando entre las llamas, ya arriba, ya abajo. Habló el hijo al padre diciéndole: «Maldito seas, padre, eternamente, que con tu injusta herencia me condenaste.» Y respondió el padre: «Maldito seas tú, hijo, que por dejarte con ella rico, no dudé ganarla por medios injustos.» Desaparecieron ellos, y volvió el monje espantado a su monasterio, donde perseveró en áspera penitencia hasta la muerte. En otros destierros, en regiones apartadas, cuando se encuentran dos parientes se consuelan y aun los enemigos se suelen entonces reconciliar; pero en este destierro del infierno, aun los amigos se aborrecerán y los parientes se tendrán odio.

(Diferencia entre lo temporal y lo eterno.)



P. Calderón de la Barca

(1600-1681)

Madrileño. Sacerdote. Fué capellán de honor de Felipe IV. Escribió unas 120 comedias, de las que sobresalen *La devoción de la cruz*, *La niña de Gómez Arias*, *La vida es sueño* y algunos autos sacramentales, como *La cena de Baltasar*, *El divino Orfeo*, *El gran teatro del mundo*, etc. Al contrario que Lope de Vega—la otra cúspide de nuestra dramática—, el teatro de Calderón es más reflexivo, se mueve en torno a un personaje o a una idea, sin exceso de episodios. En muchos de sus dramas queda su esencia reducida a unas escenas.

APRENDIERA BUEN OFICIO

De una fiesta a su lugar
volvía un tamborilero,
y un fraile también volvía
de la fiesta a su convento.
El tamborilero iba
en un burro caballero,
y el fraile a pie. Preguntóle
el padre:—¿De dónde bueno?
—De tañer—dijo—esta flauta
y este tamboril.—Por eso
—le preguntó—, ¿qué le han dado?
Él respondió:—Poco, cierto:
cincuenta reales, comido
y bebido, que no es menos,
llevado y traído; sin otros

regalillos que aquí tengo.
—¿Eso es poco?—dijo el padre—.
Pues yo de predicar vengo,
y ni aun de comer me han dado,
y como ve, a pie me vuelvo.
El tamborilero entonces
dijo enojado y soberbio:
—Pues tamborilero y padre
predicador ¿es lo mesmo?
Aprendiera buen oficio,
y no se quejara deso,
que no somos todos unos
frailes y tamborileros.

EL CIEGO

Un ciego en Londres había
tal, que no determinaba
los bultos con quien hablaba
en el resplandor del día.
Y una noche que llovía
(como una de las pasadas)
a cántaros y a lanzadas,
por las calles caminando,
se iba mi ciego alumbrando
con unas pajas quemadas.

Uno que le conoció,
dijo:—Si no os alumbráis,
¿para qué esa luz lleváis?
Y el ciego le respondió:
—Si no veo la luz yo,
la ve el que viene, y así
no encuentra conmigo aquí;
con que aquesta luz que ves,
si no es para ver yo, es
para que me vean a mí.

EL CONSUELO

Cuentan de un sabio que un día,
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas hierbas que cogía.
—¿Habrás otro—entre sí decía—
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hojas que él arrojó.



Agustín Moreto

(1618-1669)

Madrileño, aunque vivió en Toledo. El más conocido de sus dramas históricos es el *Ricohombre de Alcalá*, pero sobresalió más en la comedia de caracteres. *El lindo Don Diego* y *El desdén con el desdén* son dos obras maestras. Moreto es un observador sagaz, variado en los caracteres; procura la sencillez en el plan, hace clara y rápida la exposición, enlaza con arte las diversas partes de sus obras y desenvuelve la acción de un modo gradual y lógico. Su versificación es llana, propiamente dramática, sin arrebatos líricos.

EL AHORCADO

Un hombre tenía un talego de doblones, y él cuitado por tenerle más seguro se salió con él al campo, y al pie de un árbol cavó, y le enterró con recato.

Amaneció el día siguiente un taur desesperado porque no tenía un real, ni camino de buscarlo, sacudió las faltriqueras, y en una se encontró un cuarto: parte, y cómpralo de sogas; y desde allí como un rayo se fué al campo a que le quite los pesares el esparto.

Trataba de ahorcarse en fin,
y escogió para esto el árbol
a donde el tesoro estaba;
y estando poniendo el lazo,
se le hundió en el hoyo un pie,
y vió el talego enterrado:
cogióle, besóle y fuése,
dejando pendiente el lazo
de la rama más robusta.

De allí a un poquito muy falso
el tal dueño del talego
vino a besarle las manos,
halló la tierra movida,
y vió que le habían hurtado.

Hallóse la sogas allí,
y por no sentir su daño
mucho tiempo, se ahorcó
con lindo desembarazo.

(*El Hijo de Marco Aurelio*, jorn. 3.^a)



El Padre Feijóo

(1676-1764)

Nacido en la provincia de Orense. Con el título de *Teatro Crítico Universal* publicó en ocho tomos una serie de disertaciones sobre muchas y variadas cuestiones científicas. Intentaba con ello introducir doctrinas nuevas y desterrar de otras errores comu-

nes. Llevó a cabo su empresa sin que le hicieran desfallecer calumnias ni amenazas, propias de la miseria intelectual de la España de entonces. Feijóo es sólido en sus principios y su lenguaje llano y conciso, de un exagerado rigor gramatical.

EL RICO Y EL POBRE

Si se mira la superficie de las cosas, goza el rico más comodidades y padece menos incomodidades que el pobre ; pero si se registra el fondo, sucede muy al revés. Tiene el rico vario, precioso y abundante plato ; pero ¿saboréase en él más que el pobre con el común y tosco? Ni aun tanto ; porque en éste la paciencia con que se asienta a la mesa recompensa con ventajas aquel exceso. ¿Qué les importa a las abejas de Lituania, país duro y desabrido, no tener tan hermosas y odoríferas flores como las abejas de otros países, si de esas mismas ingratas flores sacan la más hermosa y dulce miel que hay en Europa? Yace el rico en colchones de pluma ; ¿pero duerme más o mejor que el pobre sobre un poco de paja? Verás que éste siempre se levanta alegre y gozoso, y aquél muchas veces se queja de que pasó la noche con mucha inquietud. ¡Cuántos pobres reposaron con dulzura en el duro suelo aquella misma noche que el rey Asuero, por no poder dormir, se divirtió con los anales de su reino ! Defiéndese el rico con tapices, afelpados vestidos y gruesas paredes de los rigores del frío ; pero observa que con todo se queja más de la destemplanza de la estación dentro de su palacio que el pastor cubierto de pieles en el monte... Verás a cada paso al poderoso temblando con vivo resentimiento del frío ; siempre que se ve precisado a dejar la chimenea, y al mismo tiempo anda la gente común alegre por la calle. Lo mismo sucede en el estío. Está el rico con desconsolada lasitud, sin atreverse a salir de un cuarto bajo, cuando el común del pueblo, con intrépida desenvoltura, acude a cuanto se le ofrece... Habita el rico en anchuroso y aliñado palacio, y, nunca contento, piensa en extenderle o mejorarle ; pero al pobre ni siquiera le ocurre en todo el año que su habitación es estrecha.

Viste el rico delicada holanda, y el pobre gruesa estopa ; pero dime si hasta ahora oíste quejarse algún pobre de que la aspereza de la estopa le ocasiona al pueblo alguna molestia. Está ocioso el rico, y el pobre trabajando todo el día ; pero no observarás más triste al pobre en el trabajo que al rico en el ocio ; antes, especialmente si trabaja en compañía, pasa festivo, cantando y chanceando, su tarea. Acabada ésta, el descanso no es un oficio insípido, como el del rico, sino un dulce reposo ; y después, con blando y continuado sueño, recompensa el trabajo diurno. El rico, al contrario, como sobre miembros no ejercitados asienta mal el sueño, con inquietud impaciente da mil vueltas en la cama ; de modo que se puede decir que el pobre trabaja de día y el rico de noche.

Si se quiere pesar los placeres de uno y otro estado, verás a los pobres en sus conversaciones festivas, en sus rústicos bailes, ¡qué francamente risueños !, ¡qué sinceramente gozosos ! Al contrario, a los ricos verás en los mismos festejos, no pocas veces, fastidiosos. A lo menos no brilla tan puro el placer de sus semblantes.

(Teatro crítico.)

ANÉCDOTA DEL REY CATÓLICO

Bien sé que un anónimo francés escribió pocos años ha, que habiéndosele dicho al Rey Don Fernando *el Católico*, que Luis Duodécimo de Francia se quejaba de él, que le había engañado dos veces, respondió: *Por Dios me miente el francés, que no le he engañado dos veces, sino diez*. Si ello sucedió así, podríamos creer que nuestro Don Fernando hacía gala de la perfidia. Pero éstos son cuentos de corrillo, de que los cuerdos no hacen caso. Supongo que para que llegase el chiste o chisme desde la boca de Don Fernando a las orejas del francés que lo escribió, sería menester cien conductos distintos ; y de los ciento por lo menos los noventa serían más capaces de fingirlo que el Rey Católico de articularlo.

(Teatro crítico.)



P. Francisco de Isla

(1703-1781)

Es el escritor más celebrado del siglo XVIII. Su obra capital es la historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, dividida en dos partes, en las cuales, con el propósito de combatir los vicios de que adolecía la oratoria sagrada, narra las aventuras de un mal predicador. Isla tradujo el *Gil Blas de Santillana*, de Lesage, novela de costumbres españolas escrita en francés con elementos de la picaresca; sobre todo de *La vida del escudero Marcos de Obregón*, de Espinel.

Ya tenemos a Fray Gerundio en campaña, como toro en plaza, novicio hecho y derecho, como el más pintado, sin que ninguno le echare el pie adelante, ni en la puntual asistencia a los ejercicios de comunidad, porque guardaba mucho su colete, ni en las travesuras que le había pintado el lego, cuando podía hacerlas, sin ser cogido en ellas, porque era mañoso, disimulado y de admirable ligereza en las manos y en los pies. No obstante, como no perdía ocasión de correr un panecillo, de encajarse en la manga una ración, y en un santiamén se echaba a pecho un Jesús, cuando ayudaba al refilitero a componer el refectorio, llegó a sospecharse que no era tan limpio como parecía, y así el refilitero como el sacristán le acusaron al maestro de novicios, que cuando Fray Gerundio asis-

tía al refectorio o ayudaba a las misas, se acababa el vino de éstas a la mitad de la mañana, y a un volver de cabeza se hallaban vacíos uno o dos jesuses, de los que juraría a Dios y a una cruz que ya había llenado; y aunque nunca le había cogido con el hurto en las manos, pero qué por el hilo se sacaba el ovillo, y que en Dios y en su conciencia no podía ser otra la lechuga que chupaba el aceite de aquellas lámparas...

Sucedió que, mientras el bueno del maestro de novicios estaba dando esta reparata a los dos legos acusadores, el angelical Fray Gerundio pasó (no se sabe si por casualidad o por aviso que tuvo) por delante de la despensa, y viendo a la puerta de ella una cesta de huevos, se embocó media docena en el seno, y con la mayor modestia del mundo siguió su camino para el noviciado, y se fué derecho a la celda del maestro a darle cuenta de lo que le había pasado en la oración de aquel día. Entró como acostumbraba, con los ojos clavados en el suelo, la capilla hasta como dos dedos sobre la frente, las manos en las mangas debajo del escapulario, sonroseado adrecentemente, para lo cual le vino de perlas la travesurilla que acaba de hacer, y en todo caso (lo que era mucho del conjuro) amagando a una risita. Luego que el maestro le vió entrar, se le renovó todo el cariño; mandóle sentar junto a sí, comenzó la cuenta de oración, y comenzaron las mentiras, ensartando todas cuantas se le vinieron a la cabeza, pero tan bien concertadas y dichas con tanta gracia y con tanta compostura, que el bonazo del maestro, sin poderse contener, se levantó de la silla, y para alentar más y más a su novicio, le dió un estrechísimo abrazo. En hora menguada se le dió, porque como le apretó tanto en el Señor, se estrellaron en el pecho los huevos que el angelical mancebo traía escondidos en él, y comenzaron a chorrear yemas y claras por el hábito abajo, que parecía haberse vaciado el perol donde se batían los huevos para las tortillas de la comunidad. El maestro quedó atónito y confuso, y le preguntó al novicio: «Pues, ¿qué es esto, hermano Fray Gerundio?» El santo mozo, que era asaz sereno y de imaginación pronta y viva para salir con lucimiento de

los lances repentinos, le respondió sin turbarse : «Padre, yo se lo diré a su reverencia. Como ha dos meses que su reverencia me dió licencia para tomar disciplina en las espaldas, por no poderla ya tomar en otra parte, se me han hecho unas llagas, y llevaba estos huevos para ponerme una estopada ; y no me atreví a decirlo a su reverencia, porque su reverencia me privase del consuelo de esta corta mortificación.» Tragó el anzuelo el bonísimo varón, y pasmado de la estupenda mortificación de su novicio, volvió a darle otro abrazo, aunque menos apretado que el primero, por no lastimarle en las llagas de la espalda y por no mancharse con la chorrera del hábito ; y contentándose con advertirle blandamente que mejor es la obediencia que no los sacrificios, el despidió, dándole orden de que se fuese a mudar otra saya y otro escapulario.

(De *Fray Gerundio de Campazas*, lib. II, cap. 1.)

Félix María Samaniego

(1745-1801)

Riojano. Es autor de *Fábulas morales*, que en un principio sirvieron para instrucción de los seminaristas de Vergara. Merecen recordarse *La zorra y el busto*, *Las ranas pidiendo rey*, *El calvo y la mosca*. Las fábulas de Samaniego superan en animación y dramatismo a las de Iriarte. De las fábulas de este escritor se derivan provechosas enseñanzas morales.

LA ZORRA Y LAS UVAS

Es voz común que a más del mediodía, en ayunas la zorra iba cazando ; halla una parra ; quédase mirando de la alta vid el fruto que pendía.

Causábale mil ansias y congojas no alcanzar a las uvas con la garra, al mostrar a sus dientes la alta parra negros racimos entre verdes hojas.

Miró, saltó y anduvo en probaduras ; pero vió el imposible ya de fijo ; entonces fué cuando la zorra dijo :

—No las quiero comer : no están maduras.

No por eso te muestres impaciente, si se te frustra, Fabio, algún intento ; aplica bien el cuento, y di : *No están maduras*, frescamente.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Cantando la Cigarra pasó el verano entero, sin hacer provisiones allá para el invierno. Los fríos la obligaron a guardar el silencio y a acogerse al abrigo de un estrecho aposento. Vióse desproveída del preciso sustento, sin moscas, sin gusano, sin trigo, sin centeno. Habitaba la Hormiga allí tabique en medio, y con mil expresiones de atención y respeto, la dijo :—Doña Hormiga, pues que en vuestros graneros sobran las provisiones para vuestro alimento, prestad alguna cosa con que viva este invierno esta triste Cigarra que alegre en otro tiempo nunca conoció el daño, nunca supo temerlo. No dudéis en prestarme, que fielmente os prometo pagaros con ganancias, por el nombre que tengo. La codiciosa Hormiga respondió con denuedo, ocultando a la espalda las llaves del granero : —¡ Yo prestar lo que gano con un trabajo inmenso ! Dime, pues, holgazana : ¿Qué has hecho en el buen tiempo? —Yo—dijo la Cigarra—, a todo pasajero cantaba alegremente sin cesar un momento.

—¡Hola! ¿Conque cantabas
cuando yo andaba al remo?
Pues ahora que yo como,
baila, pese a tu cuerpo.

LA ALFORJA

En una alforja al hombro
llevo los vicios;
los ajenos delante;
detrás, los míos.

Esto hacen todos:
así ven los ajenos,
que no los propios.

LAS DOS RANAS

Tenían dos ranas
sus pastos vecinos:
una en un estanque,
otra en un camino.
Cierta día a ésta
aquella le dijo:

—¿Es creíble, amiga,
de tu mucho juicio,
que vivas contenta
entre los peligros,
donte te amenazan
al paso preciso
los pies y las ruedas,
riesgos infinitos?
Deja tal vivienda,
muda de destino,
sigue mi dictamen
y vente conmigo.

En tono de mofa,
haciendo mil mimos,
respondió a su amiga:

—¡Excelente aviso!
¡A mí novedades!
Vaya ¡qué delirio!
Eso sí que fuera
darme el diablo ruido.
¡Yo dejar la casa
que fué domicilio
de padres, abuelos,
y todos los míos,
sin que haya memoria

de haber sucedido
la menor desgracia
desde luengos siglos!
—Allá te compongas,
mas ten entendido,
que tal vez sucede
lo que no se ha visto.
Llegó una carreta
a este tiempo mismo,
y a la triste Rana
tortilla la hizo.

Por hombres de seso
muchos hay tenidos,
que a nuevas razones
cierran los oídos.
Recibir consejos
es un desvarío:
la rancia costumbre
suele ser un libro.

LOS GATOS ESCRUPULOSOS

¡Qué dolor! Por un descuido
Mizifuf y Zapirón
se comieron un capón
en un asador metido.
Después de haberle lamido
trataron en conferencia
si obrarían con prudencia
en comerse el asador.
—¿Le comieron?—No, señor:
era un caso de conciencia.

LA SERPIENTE Y LA LIMA

En casa de un cerrajero
entró la Serpiente un día,
y la insensata mordía
en una Lima de acero.

Díjole la Lima:—El mal,
necia, será para ti;
¿cómo has de hacer mella en mí
que hago polvos el metal?

Quien pretende sin razón
al más fuerte derribar
no consigue sino dar
coces contra el aguijón.



Tomás de Iriarte

(1750-1791)

Canario. Escribió, aparte de obras en prosa y verso, sus *Fábulas literarias*. En los asuntos de muchas de ellas hay alusiones encubiertas a varios escritores de la época. Son conocidas: *El burro flautista*, *El pedernal y el estabón*, *Los dos conejos*, *La mona*, etc. Las fábulas de Iriarte son más correctas que las de Samaniego y de ellas se desprenden enseñanzas literarias.

EL PATO Y LA SERPIENTE

A orillas de un estanque
 diciendo estaba un Pato :
 «¿A qué animal dió el cielo
 los dones que me ha dado?»

Soy de agua, tierra y aire :
 cuando de andar me canso,
 si se me antoja, vuelo ;
 si se me antoja, nado.»

Una serpiente astuta
 que lo estaba escuchando,
 le llamó con un silbo,
 y le dijo : «Seor guapo,
 no hay que echar tantas plantas
 pues ni anda como el gamo,

ni vuela como el sacre,
 ni nada como el barbo ;
 y así, tenga sabido
 que lo importante y raro
 no es entender de todo,
 sino ser diestro en algo.»

LOS DOS CONEJOS

Por entre unas matas,
 seguido de perros
 (no diré corría)
 volaba un conejo.

De su madriguera
 salió un compañero,
 y le dijo :—Tente ;
 amigo, ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser?—responde—,
 sin aliento llego...
 dos pícaros galgos
 me vienen siguiendo.

—Sí—replica el otro— ;
 por allí los veo ;
 pero no son galgos.
 —Pues ¿qué son?—Podencos.

—¿Qué? ¿Podencos dices?
 Sí ; como mi abuelo.
 Galgos y muy galgos ;
 bien vistos los tengo.

—Son podencos : vaya
 que no entiendes de eso.
 —Son galgos, te digo.
 —Digo que podencos.

En esta disputa
 llegando los perros,
 pillan descuidados
 a mis dos conejos.

Los que por cuestiones
 de poco momento
 dejan lo que importa,
 llévense este ejemplo.

LOS DOS LOROS Y LA COTORRA

De Santo Domingo traje
 dos loros una señora.
 La isla es mitad francesa
 y otra mitad española ;
 así, cada animalito

hablaba distinto idioma.
 Pusiéronles al balcón,
 y aquello era Babilonia.
 De francés y castellano
 hicieron tal pepitoria,
 que al cabo ya no sabían
 hablar ni una lengua ni otra.
 El francés del español
 tomó voces, aunque pocas;
 el español al francés
 casi se las tomó todas.
 Manda el ama separarlos,
 y el francés luego reforma
 las palabras que aprendió
 de lengua que no es de moda.

El español, al contrario,
 no olvida la jerigonza
 y aun discurre que con ella
 ilustra su lengua propia.
 Llegó a pedir en francés
 los garbanzos de la olla;
 y desde el balcón de enfrente
 una erudita cotorra
 la carcajada soltó,
 haciendo del loro mofa.
 Él respondió solamente:
 —*Vos no sois que una purista.*
 Y ella dijo:—¡A mucha honra!
 ¡Vaya, que los loros son
 lo mismo que las personas!



Leandro Fernández de Moratín

(1760-1828)

Madrileño, aprendiz de joyero en su infancia, y secretario de la Interpretación de Lenguas. De Moratín poeta conservamos un romance endecasílabo, *La toma de Granada*, su famosa *Elegía a las musas*, y varias odas. *La derrota de los pedantes*, con detalles de fina ironía, es una interesante obra en prosa; pero Moratín es más conocido como autor

de comedias. De éstas nos parecen las mejores *El viejo y la niña*, *La comedia nueva o el café* y *El sí de las niñas*. Moratín es perfecto. Los principios clásicos (acción, lugar y tiempo) los admite sin alterarlos. Es maestro de estilo, de lenguaje y de arte equilibrado y clásico.

LOS DÍAS

(ROMANCE HEPTASÍLABO)

¡No es completa desgracia
 que por ser hoy mis días,
 he de verme sitiado
 de incómodas visitas!
 Cierra la puerta, mozo,
 que sube la vecina,
 su cuñada y sus yernos
 por la escalera arriba.
 ¡Pero qué!... No la cierres;
 si es menester abrirla;
 si ya vienen chillando
 doña Tecla y sus hijas.
 El coche que ha parado,
 según lo que rechina,
 es el de don Venancio;
 ¡famoso petardista!
 ¡Oh!, ya está aquí don Lucas
 haciendo cortesías,
 y don Mauro el abate,
 opositor a mitras.
 Don Jenaro, don Zoilo
 y doña Basilisa,
 con una lechigada
 de niños y de niñas.

¡ Qué necios cumplimientos !
 ¡ Qué frases repetidas !
 Al monte de Torozos
 me fuera por no oírlas.
 Ya todos se preparan
 (y no bastan las sillas)
 a engullirme bizcochos
 y dulces y bebidas.
 Llénanse de mujeres
 comedor y cocina,
 y de los molinillos
 no cesa la armonía.
 Ellas, haciendo dengues,
 aquí y allí pellizcan :
 Todo lo gulusmean
 y todo las fastidia.
 Ellos, los hombronazos,
 piden a toda prisa
 del rancio de Canarias,
 de Jerez y Montilla ;
 una, dos, tres botellas,
 cinco, nueve se chiflan ;
 pues, señor, ¿ hay paciencia
 para tal picardía ?
 ¿ Es esto ser amigos ?
 ¿ Así el amor se explica,
 dejando mi despena
 asolada y vacía ?
 Y en tanto los chiquillos,
 canalla descreída,
 me aturden con sus golpes,
 llantos y chilladiza.
 El uno acosa al gato
 debajo de las sillas ;
 el otro se echa a cuestras
 un cangilón de almíbar ;
 y al otro, que jugaba
 detrás de las cortinas,
 un ojo y las narices
 le aplastó la varilla.
 Ya mi bastón les sirve
 de caballito, y brincan ;
 mi peluca y mis guantes
 al pozo me los tiran.
 Mis libros no parecen,
 que todos me los pillan,
 y al patio se los llevan
 para hacer torrecitas.

 Váyanse en hora mala ;

salgan todos aprisa ;
 recojan abanicos,
 sombreros y basquiñas.
 Gracias por el obsequio
 y la cordial visita,
 gracias ; pero no vuelvan
 jamás a repetirla.
 Y pues ya merendaron,
 que es a lo que venían,
 si quieren baile, vayan
 al soto de la Villa.



Manuel José Quintana

(1772-1857)

Malagueño. Estudió en Salamanca. Fué director de Instrucción Pública y ayo instructor de Isabel II. La producción de Quintana es muy extensa, pero casi toda se refiere a tres temas: la juventud, el progreso y la patria. De sus odas son notables *A Juan de Padilla*, *A la invención de la imprenta*, *En la muerte de un amigo*, *Al sueño*, etc. Quintana escribía sus odas en prosa y luego las versificaba, detalle muy de tener en cuenta al juzgar la labor del poeta. Como prosista, sobresalen sus *Vidas de españoles célebres*.

HEROICIDAD DE GUZMÁN EL BUENO EN TARIFA

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, deben distinguirse el infante don Juan, uno de

los hermanos del rey (Sancho IV) : inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, había abandonado a su padre por su hermano, y después a su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fué siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni contenerle el favor. A cualquiera sopló de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamás en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen ; ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el rey, su hermano, de darle la libertad de prisión a que le condenó en Alfaro cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice había sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideración que le dieron en el gobierno pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó a Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto a Don Sancho. De allí se embarcó y llegó a Tánger, y ofreció sus servicios al rey de Marruecos Abén Jacob, que pensaba entonces hacer la guerra al rey de Castilla. Le recibió con todo honor y cortesía, y le envió en compañía de su primo Amir al frente de 5.000 jinetes, con los cuales pasaron el Estrecho y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa, y la vil propuesta fué desechada con indignación. Atácanla después con todos los artificios bélicos que el arte y la animosidad les sugirieron, mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos días, y manifestando a Guzmán el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que puede venir a ellos, le proponen que, pues había hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partía con ellos su tesoro descercarían la villa. *Los buenos caballeros* —respondió Guzmán— *ni compran ni venden la victoria*. Furiosos los moros, se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inicuo infante acude a otro medio más poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenía en su poder al hijo mayor de Guz-

mán, que sus padres le habían confiado anteriormente para que le llevase a la corte de Portugal, con cuyo rey tenía deudo. En vez de dejarlo allí, le llevó al África y le trajo a España consigo, y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenía y se le presentó al padre, intimándole que si no se rendía la plaza le matarían a su vista. No era ésta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia a Zamora, había cogido un hijo de la alcaidesa del alcázar y, presentándole con la misma intimación, había logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasión su barbarie era sin comparación más horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba a un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver al hijo, al oír sus gemidos y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron a los ojos del padre ; pero la fe jurada del rey, la salud de la patria, la indignación producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza y vencen, mostrándose el héroe entero contra la inquietud de los hombres y el rigor de la fortuna. «No engendré yo hijo—prorrumpió—para que fuese contra mi tierra ; antes engendré hijo a mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si Don Juan le diese muerte, a mi dará gloria, a mi hijo verdadera vida, y a él eterna infamia en el mundo y condenación eterna después de muerto. Y para que vean cuán lejos estoy de rendir la plaza y faltar a mi deber, allá va mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su atrocidad.» Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba a la cintura, lo arrojó al campo y se retiró al castillo.

Sentóse a comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho para que no saliese al rostro. Entretanto, el infante, desesperado y rabioso, hizo degollar la víctima, a cuyo sacrificio, los cristianos que estaban en el muro prorrumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzmán, y cierto de dónde nacía, volvió a la mesa diciendo : «Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa.» De allí a poco los moros, desconfiados de allanar su constan-

cia, y temiendo el socorro que ya venía de Sevilla a los sitiados, levantaron el cerco, que había durado seis meses, y se volvieron a África.

(*Vidas de españoles célebres.*)

F. Martínez de la Rosa

(1787-1862)

Granadino. Es el introductor del romanticismo en el teatro. Sus dos mejores obras son el *Aben-Humeya*, hermoso drama romántico, inspirado en la guerra de los moriscos, y *La conjuración de Venecia*, ambos en prosa. Antes había escrito tragedias de arte neoclásico y comedias al estilo de Moratín.

Bendita, Señor, tu diestra,
que hizo la tierra y el cielo ;
cuanto se ostenta en el suelo,
tu amor y piedad nos muestra.

Con la lluvia y el rocío
crece el arroyo y la fuente,
baja del monte el torrente,
corre en los campos el río.

Nace la hierba en el prado,
y entre la hierba, las flores,
con sus vistosos colores,
con su aroma delicado.

Bulle el insecto en la grama,
trisca en el monte el cordero,
el ruiseñor y el jilguero
revuelan de rama en rama.

Y el ave, el insecto, el bruto,
campos, arroyos y flores,
todos cantan tus loores
y te dan, Señor, tributo.

FELIZ ENCUENTRO

A pocos años de haberse reconquistado Granada del poder de los moros ; a saber, en 1504, nació en aquella hermosa ciudad de España un niño de buen natural y gentil persona, pero de una familia humilde y extremadamente pobre.

Hasta tuvo aquel angelito la desdicha de perder a su padre, siendo todavía de muy corta edad. Quedó al cuidado de su madre, cargada de años y tan necesitada que, cuando

no podía ganar la vida con su trabajo y le faltaba el sustento necesario, iba con su hijito de la mano a la portería del convento, donde le acudían con los cortos alimentos que reparten a los pobres vergonzantes.

Tomáronle afición los religiosos, bien que el niño lo merecía : dócil, sumiso, lleno de candor y de inocencia, en tales términos, que todas las madres le citaban por dechado y modelo a los demás chicos de la Alhambra.

Tenía una alma tan noble, y un corazón tan tierno, que no podía ver una lástima. Ocasión hubo en que, viendo pasar a un pobre viejo y achacoso, se quitó el pan de la boca para socorrerle. En algunos ratos de esparcimiento solía ir nuestro muchacho a buscar una buena vieja, que tenía un hermoso huerto, y se quedaba embelesado oyéndole referir mil historias y cuentos.

Aquella buena mujer era mora, motivo por el cual otros rapaces del contorno solían insultarla llamándola *perra* ; y se complacían en hacer rabiar a la vieja hurtándole algunas frutas de los árboles, y sobre todo las mejores granadas que tan hermosas se crían en aquella tierra.

Nuestro muchacho conocía que no había causa ni razón para ofender así a una pobre mujer, faltando a lo que manda la ley de Dios, de no hacer nunca a otros lo que no quisiéramos que nos hiciesen a nosotros mismos. Tomó, pues, más de una vez, la defensa de aquella desventurada, intercediendo por ella y salvándola de nuevos insultos : así un niño tan débil y menesteroso, sin más que el impulso de la caridad, pudo hacer bien a su prójimo.

Pues como se hallase una tarde jugando con otros chicos a *moros y cristianos*, según uso de aquellos tiempos, acertó a pasar por allí el marqués de Mondéjar. Salía el noble marqués de pasear por su huerta ; y temió el buen caballero no se hiciesen daño los chicos en aquella reñida pelea. Parándose a cierta distancia, le llamó la atención uno de ellos por su modesto ademán y agraciado rostro, y le hizo seña para que se acercase.

Obedeció el muchacho, más encendido que una amapola, y pudiendo apenas dar un paso por temor de que le riñesen. Templó en-

tonces el marqués la gravedad del rostro, y se entabló entre ambos el siguiente diálogo :

«—¿Cómo te llamas, niño?—Luis, me pusieron en la pila.—¿De dónde eres natural?—Aquí mismo he nacido.—¿Tienes padres?...» No contestó el muchacho, y levantó los ojos al cielo. «—¿Por qué no respondes...?—Sólo tengo madre, y la pobrecita está ya muy vieja.—¿Eres muy pobre?—Nada me hace falta con el favor de Dios.—¿Quieres venir a mi palacio, y estarás mejor?—No, señor ; que mi madre se quedaría sola y se pondría muy triste.—¿Y si consiente en ello?—Entonces... entonces haré lo que me mandare.»

Quedó prendado el marqués del despejo del muchacho, y aun más de las hermosas dotes de su alma. Mandando venir a aquella buena vieja, dispuso el modo y forma de que viviese holgadamente, y trájose al chico a su palacio, donde se crió al lado de sus propios hijos.

Fué creciendo en años, y cada día se aumentaba el santo temor de Dios y el amor al prójimo que había mostrado desde niño ; ellos servían de luz y guía a su clarísimo entendimiento, aventajándose a todos en las escuelas y colegios. Su diversión era el estudio ; su placer y delicia, hacer alguna buena obra.

Llegado a la edad viril, aprovechó cumplidamente los favores del cielo, siendo un varón eminente en saber y virtudes. Las palabras fluían de sus labios más dulces que la miel de un panal ; predicaba con la persuasión, y aun más con su ejemplo ; explicaba los sagrados Misterios de la Religión y su moral purísima ; y dejó a la posteridad, en sus excelentes obras, sabroso pasto y útil enseñanza.

El huérfano desvalido que amparó el marqués de Mondéjar, adquirió eterna fama, no menos para sí que para su patria, bajo el modesto nombre de Fray Luis de Granada.



Ángel de Saavedra,
duque de Rivas.

(1791 - 1865)

Cordobés. Intervino en la guerra de la Independencia ; fué Presidente del Consejo de Ministros, embajador y Director de la Academia Española. Como autor dramático, es, sobre todo, conocido por su *Don Alvaro o la fuerza del sino*, drama román-

tico en el que abundan tipos, escenas y costumbres españolas, en un marco de maravillosa versificación. Escribió también leyendas, *El moro expósito*, y diversos romances históricos en que se muestra restaurador de la antigua épica en metro y asunto. Los tiene notables, como el *Conde de Villamediana*, *Don Alvaro de Luna*, sobre las grandezas y trágica muerte de este condestable ; *Un castellano leal*, etc.

MUERTE DE DON ÁLVARO DE LUNA

...Al pie del cadalso el reo
de la alta mula se apea :
fervoroso el padre Espina
con él sube y no le deja.

De pie ya sobre el tablado
tres personas se presentan
a las medrosas miradas
de la muchedumbre inmensa :

el ministro de la muerte,
el que lo es de vida eterna,
y el que dando al uno el cuerpo
al otro el alma encomienda.

Turbado el tosco verdugo
de atreverse a tal alteza,
necio terror da a su frente,
que cubre jalde montera.

El religioso metido
en su capucha, se queda
de mármol, cruza los brazos,
y con fervor mudo, reza.

El Condestable, sereno,
el pie al crucifijo besa,
y luego tiende los ojos
por la turba que le observa ;

y viendo junto al tablado
en actitud lastimera
a Morales, su escudero,
hecho de lealtad emblema,

le llama, de oro un anillo,
que el sello de sellar era
de su puridad las cartas,
del pulgar quita, y le entrega,

diciéndole : «Amigo, toma,
ya no conservo otra prenda.»
Después atisbó a Barrasa,
paje del Príncipe, cerca,

y así le habló en voz sonora :
«Dile a tu dueño que vea
de dar a los que le sirvan,
otra mejor recompensa.»

Viendo el pilar y la escarpia,
«¿Para qué?», pregunta. Tiembla
el sayón, y le responde,
hablar no osando, por señas,

y prosigue el Condestable
con una sonrisa acerba :
«Después de yo degollado,
nada son cuerpo y cabeza.»

Entonces el padre Espina
que piense sólo, le ruega,
en Dios; y él, «Padre es mi norte
y mi esperanza», contesta.

Se ajusta el traje, descubre
la garganta, ve que llega
el verdugo para atarle
las manos con una cuerda :

saca del seno una cinta
labrada con oro y seda,
y «Átalas—le dice—, amigo,
si es necesario, con ésta.»

De hinojos en la almohada
se pone, el cuello presenta,
el religioso le grita :
«Dios te abre los brazos, vuela.»

El hacha cae como un rayo,
salta la insigne cabeza,
se alza universal gemido
y tres campanadas suenan.



Bretón de los Herreros

(1796-1873)

De Logroño. Soldado en la guerra de la Independencia, periodista y después director de la Biblioteca Nacional de Madrid. Escribió algunas comedias de influencia moratiniana, como *A la vejez viruelas*, *A Madrid me vuelvo*, etc. Pero pronto dejó atrás a Moratín, fundando la verdadera comedia española, es decir, el teatro cómico, de escasos vuelos, pero realista y sincero. Tuvieron fama la comedia *Marcela o cuál de los tres*, *El pelo de la dehesa* y *Don Frutos en Belchite*. Bretón es pobre de inventiva; no logró crear caracteres, pero, en cambio, en todas sus obras es patente el dominio del diálogo, la riqueza de versificación, la habilidad técnica y el conocimiento de los recursos teatrales.

LA DESVERGÜENZA

Infulas de hombres de pro
muestra cualquier perillán ;
el que ayer vistió zamarra
hoy gasta levita y frac,
y con botas de charol
Maritornes va a comprar.
Es ya rancio anacronismo
la modesta sobriedad
con que antes se contentaban
los que no tenían más

que su honrada medianía
y limpio aunque pobre ajuar.
Ya la comezón del lujo,
ya el prurito de medrar ;
a unos ciega vil codicia,
a otros orgullo infernal ;
y llaman en el dialecto
de su uso particular
donaire a la desvergüenza,
al perjurio habilidad,
y para ellos todo es lícito,
todo, menos trabajar.

EL TABACO (LETRILLA SATÍRICA)

No hay cosa como el tabaco.
¡ Oh ! ¡ Bien haya el primer saco
que allá de región extraña
tal regalo trajo a España !

Con más gozo lo consumo
que el moscatel y el aloque ;
sea en polvo o sea en humo,
soy tabaquista *in utroque*.
Para abrir el apetito,
¡ Vaya un polvito !
Después de apurar el jarro,
¡ Venga un cigarro !

Antes renunciara al sol
que al tabaco un español.
Él fomenta su desidia,
digna, por cierto, de envidia.
Fuma, se hace el remolón,
y a todo dice : *¿ Qué importa ?*
Y no le falta razón,
porque la vida es tan corta...
Ruede como quiera el carro,
¡ Venga un cigarro !



Fernán Caballero
(1796-1877)

Es el seudónimo de Cecilia Böhl de Faber. Nació accidentalmente en Suiza. Su permanencia en Sevilla le despertó su afición a las narraciones del pueblo. Recogió dichos, refranes, cantares, cuentos, algunos de los que más adelante utilizó como argumento de sus novelas. De éstas se destacan *La Gaviota*, *La familia de Albareda*, *Clemencia*, etc. Las obras de esta escritora se caracterizan por su tendencia moralizadora ; tiene el mérito, sobre todo, de haber creado la novela de costumbres españolas.

DOÑA FORTUNA Y DON DINERO

Pues, señores, vengamos al caso : era éste que vivían enamorados Doña Fortuna y Don Dinero, de manera que no se veía al uno sin el otro ; tras de la sogá anda el caldero ; tras de Doña Fortuna andaba Don Dinero ; así sucedió que dió la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era Don Dinero un gordote rechoncho, con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia y unas zapatas de papel de la gran fábrica de Madrid. Doña Fortuna era una locona, sin fe ni ley, muy mala *rata* y más ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina : la mujer quería mandar ; pero Don Dinero, que es engreído y soberbio, no estaba por ese gusto. « Señores, decía mi padre (en gloria esté) que si el mar se casase, había de perder su braveza » ; pero Don Dinero es más soberbio que el mar, y no perdía sus ínfulas.

Como ambos querían ser más y mejor, y

ninguno quería ser menos, determinaron hacer la prueba cuál de los dos tendría más poder.

—Mira—dijo la mujer al marido—: ¿ves allí abajo en el *chueco* de un olivo aquel pobre tan cabizbajo y mohino? Vamos a ver cuál de los dos, tú o yo, le hacemos mejor suerte.

Convino el marido; enderezaron hacia el olivo, y allí se encamparon: él raneando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le había echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos usías se le plantaron delante.

—¡Dios te guarde!—dijo Don Dinero.

—Y a usía también—contestó el pobre.

—¿No me conoces?

—No conozco a su merced sino para servirlo.

—¿Nunca has visto mi cara?

—En la vida de Dios.

—¡Pues qué!, ¿nada posees?

—Sí, señor; tengo seis hijos desnudos como cerrojos; con gañotes como calcetas viejas; pero en punto a bienes no tengo más que un *coge y come* cuando lo hay.

—¿Y por qué no trabajas?

—¡Toma! Porque no hallo trabajo. Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido como cuerno de cabra; desde que me casé, pareció que me había caído una helada. Ahí nos puso un amo a labrarle un pozo a estajo, prometiéndonos sendos doblones cuando se lo diese rematado, pero antes no soltaba un maravedí; así fué el trato.

—Y bien que lo pensó el dueño—dijo sentenciosamente su interlocutor—, pues dice el refrán: «Dineros tomados, brazos quebrados.» Sigue, hombre.

—Nos pusimos a trabajar echando el alma, porque aquí donde su mercé me ve con esta facha ruin, yo soy un hombre, señor.

—¡Ya!—dijo Don Dinero—; en eso estoy yo.

—Es, señor—repuso el pobre—, que hay cuatro clases de hombres: hay *hombres* como son los *hombres*, hay *hombrecillos*, hay *monicacos* y hay *monicaquillos*, que no me-

recen ni el agua que beben. Pero, como iba diciendo, por mucho que cavamos, por más que ahondamos, ni una gota de agua hallamos. No parecía sino que se habían secado los centros de la tierra: nada hallamos, señor, a la fin y a la postre, sino un zapatero de viejo.

—¡En las entrañas de la tierra!—dijo Don Dinero, indignado de saber tan mal avecindado su palacio solariego.

—No, señor—respondió el pobre—; no en las entrañas de la tierra, sino de la otra banda, en la tierra de otra gente.

—¿Qué gentes, hombre?

—Las *antripulas*, señor.

—Quiero favorecerte, amigo—dijo Don Dinero, metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó a correr que volaba, que la alegría le puso alas a los pies; arribó derechito a una panadería, y compró pan; pero cuando fué a sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se había salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso a buscarlo; pero ¡qué había de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Antón que le guarde. Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia, y se puso a echarle a su mala fortuna cada maldición que abría las carnes.

Doña Fortuna se tendía de risa; la cara de Don Dinero se puso aún más amarilla de coraje, pero no tuvo más remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A éste le entró un alegrón que se le salía el corazón por los ojos. Esta vez no fué por pan, sino a una tienda en que mereó telas para echarles a la mujer y los hijos un rocioncito de ropa encima. Pero cuando fué a pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos, diciendo que aquélla era una mala moneda; que, por lo tanto, sería su dueño un monedero falso, y que lo iba a delatar a la Justicia. El pobre, al oír esto, se abochornó, y se le puso la cara tan encendida, que se podían tostar habas en ella; tocó de suela, y fué a contarle a Don Dinero lo que le pasaba, llorando por su cara abajo.

Al oírlo Doña Fortuna, se desternillaba de risa, y a Don Dinero se le iba subiendo la mostaza a las narices.

—Toma—le dijo al pobre, dándole dos mil reales—; mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante, o he de poder poco.

El pobre se fué tan enajenado, que no vió, hasta que se dió de narices con ellos, a unos ladrones que lo dejaron como su madre lo parió.

Doña Fortuna se burlaba de su marido, y éste estaba más corrido que una mona.

—Ahora me toca a mí—le dijo—, y hemos de ver quién puede más: las faldas o los calzones.

Acercóse entonces al pobre, que se había tirado al suelo y se arrancaba los cabellos, y sopló sobre él. Al punto se halló éste debajo de la mano el duro que se le había perdido. «Algo es algo—dijo para sí—; vamos a comprarles pan a mis hijos, que ha tres días que andan a medio sueldo, y tendrán los estómagos más limpios que una patena.»

Al pasar frente de la tienda en la que había mercado la ropa, lo llamó el mercader y le dijo que le había de disimular lo que había hecho con él; que se le figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado a entrar allá el contrastador, le había asegurado que la onza era buenísima y tan cabal en el peso, que más bien le sobraba que no le faltaba; que ahí la tenía, y además toda la ropa que había apartado, que le daba en cambio de lo que había hecho con él.

El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate ahí que una partida de napoleones de la Guardia civil traían presos a los ladrones que le habían robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, les hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un compadre suyo en una mina, y no bien habían ahondado tres varas, cuando se hallaron con un filón de oro, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dijeron *don*, luego *usía* y luego *excelencia*.

Desde entonces tiene Doña Fortuna a su marido amilanado y metido en un zapato, y ella, más casquivana, más desatinada que nunca, sigue repartiendo sus favores sin ton

ni son, al buen tuntún, y a tontas y a locas, a ojo de buen cubero, a la buena de Dios, a cara y cruz, a manera de palo de ciego, y alguno alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.

(Cuentos.)



Modesto Lafuente

(1806-1866)

Historiador y escritor político. Se dedicó primeramente a la carrera eclesiástica, que abandonó después. Fundó en León el periódico festivo *Fray Gerundio*, y en él flageló las costumbres de la sociedad de su época. Más tarde se trasladó a Madrid, donde obtuvo grandes éxitos. Perteneció a la Academia de la Historia. Escribió una *Historia general de España*. En esta obra se nos mostró como un escritor mesurado y reflexivo, dando pruebas de una honradez de información digna de todo encomio. Publicó, además, *Viajes por Francia, Bélgica, Holanda y Orillas del Rhin*; *Viaje aerostático*; *La cuestión religiosa*, etc.

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

En la madrugada del 3 de agosto de 1492, después de haber confesado y comulgado la pequeña armada, según la piadosa costumbre de los viajeros españoles, se dió a la vela el intrépido almirante (Cristóbal Colón) en el mayor de los tres buques, al cual se puso por nombre *Santa María*.

La primera de las dos carabelas, llamada *la Pinta*, iba mandada por Alonso Pinzón, y la segunda, nombrada *la Niña*, por su hermano Vicente. Componíase la tripulación de unas ciento veinte personas, contados noventa marineros, un médico, un cirujano, un escribano y algunos sirvientes de varias clases. El coste de la flotilla había ascendido a unos 20.000 pesos, y llevaba víveres para doce meses.

.....

Cuando calculaba Colón hallarse a 750 leguas de Canarias, bandadas de aves, de las cuales algunas posaron sobre los mástiles de las carabelas, vinieron a anunciar que no podía estar muy lejos alguna isla o continente donde ellas tuvieran alimento y reposo. Colón observó su vuelo y le siguió, a costa de variar un poco el rumbo que antes llevaba.

Al cabo de algunos días vióse revolotear en derredor de los buques nuevas aves de variados colores, notáronse en la superficie del agua hierbas verdes que parecían acabar de desprenderse de la tierra, pero se echaba la sonda y no se encontraba fondo, y al ponerse el sol no se divisaba sino un horizonte sin límites.

La desesperación llegaba ya a su colmo, veíanse síntomas de atentado a la vida de Colón, y los oficiales de su mismo buque, y los mismos hermanos Pinzón se lo advirtieron, y el temor de alguna violencia les hizo aconsejarle que mandase virar para regresar a España. «Tres días os pido no más, dijo entonces el almirante con firmeza, y si al tercer día no hemos descubierto la costa, os prometo solemnemente que volveremos, renunciando a todas mis esperanzas de gloria y de riquezas.»

El tono firme con que pronunció estas palabras, tranquilizó algún tanto a los revoltosos y les movió a concederle tan corto plazo. No fué menester que se cumpliera entero. Parecía que el hombre tentaba a Dios, y Dios premió la fe del hombre, en vez de castigarlo. Al segundo día se vió flotar sobre las aguas alguna caña, una rama de árbol con fruta, un nido de pájaros suspendido en ella, y un bastón labrado con instrumento cortante.

La tristeza iba desapareciendo de los sem-

blantes de los marineros. Soplaban una fuerte brisa que hacía avanzar grandemente las naves. Por la noche, colocado Colón de pie en la cubierta de su buque, queriendo penetrar con su vista la inmensidad del espacio, creyó ver brillar una luz en lontananza; su corazón latía con violencia; toda la tripulación aguardaba con ansia ver apuntar el nuevo día; el almirante mandó por precaución amainar el velamen; aquella noche parecía a todos un siglo.

Amaneció al fin, y al despuntar los primeros rayos de la aurora... un grito general de alegría resonó a un tiempo en los tres buques: ¡Tierra, tierra! Ofrecióse a los ojos de los navegantes y a corta distancia una costa cubierta de espeso verdor, poblada de árboles aromáticos cuyos perfumes les llevaba la brisa de la mañana. Colón mandó anclar y echar al mar las chalupas, que llenas de gente se acercaron a la costa al son de instrumentos de música y con todo el ruido y aparato de una conquista.

Distinguíanse ya en ella habitantes, que con gestos y actitudes extrañas mostraban la sorpresa y admiración de ver por primera vez lo que a ellos, según después significaron, se les antojaban monstruos salidos del seno del mar durante la noche. También a los españoles les causaba sorpresa la forma y el color de los rostros de aquellos seres humanos. Al paso que los unos se acercaban, los otros huían como espantados.

Saltó, pues, a tierra Cristóbal Colón vestido con rico manto de púrpura, como almirante del Océano, con la espada en una mano y la bandera de sus reyes en la otra, siendo el primer europeo que puso el pie en ese Nuevo Mundo, cuyo descubrimiento se debía a su genio y a su perseverancia. Desembarcaron tras él sus compañeros, y prosternáronse en tierra para dar gracias a Dios por el éxito feliz con que acababa de coronar su empresa. Colón se hincó de rodillas, besó la arena y la regó con sus lágrimas...

Los pilotos y marineros que la víspera habían ultrajado, atentado a la existencia del hombre que allí los conducía, se avergonzaron de sus criminales tentaciones, se prosternaron con respeto ante aquel ser que miraban

ya como sobrehumano, le pedían perdón y le besaban las manos y los vestidos.

El gran almirante tomó solemne posesión del país a nombre de la corona de Castilla. Sus esperanzas se habían cumplido; sus sueños habían tocado la realidad. Trabajos, miserias, desdenes, sinsabores, sustos, peligros, amenazas y amarguras, todo se olvidó en aquel momento de suprema felicidad. Era el 12 de octubre de 1492.

(*Historia de España.*)



J. E. Hartzenbusch

(1806-1880)

Madrileño. Llegó a ser director de la Biblioteca Nacional y académico de la Española. Su obra más conocida es *Los amantes de Teruel*, de tradición en el teatro español. Escribió además otros dramas históricos, como *Alfonso el Casto*, *La madre de Pelayo*, etc., algunas comedias y pocas zarzuelas. Compuso, finalmente, fábulas con cierta originalidad y poesías sueltas. Hartzenbusch, que tenía ha-

bilidad y se mostraba acertado en sus planes dramáticos, era, sin embargo, un versificador difícil, y de ahí su poco éxito.

LOS TRES QUEJOSOS

—¡Qué mal—gritó la mona—
que estoy sin rabo!

—¡Qué mal estoy sin astas!

—repuso el asno—.

Y dijo el topo:

—Más debo yo quejarme,
que estoy sin ojos.

No reniegues, Camilo,
de tu fortuna;
que otros podrán dolerse
más de la suya.

Si se repara,
nadié en el mundo tiene
dicha colmada.

A SU TIEMPO CADA COSA

Una zorra iba huyendo
por una loma
de un mastín que llevaba
casi a la cola.

Por encima volando
la ve una alondra,
que en el aire piaba
muy sin zozobra.

—Oye—dice a la que huye—
mi voz sonora.

—¡Para música vamos!

—dijo la zorra—.

Divertir quiere a todos
cierta persona,
y por no ser a tiempo
los incomoda.

LAS ESPIGAS

La espiga rica en fruto
se inclina a tierra;
la que no tiene grano
se empina tiesa.

Es en su porte
modesto el hombre sabio
y altivo el zote.



José de Espronceda

(1808-1842)

Nació en Almendralejo (Badajoz). Estuvo en Lisboa, en París, en Londres, y vuelto a España, fué diputado por Almería. Murió muy joven. Escribió una novela histórica, *Sancho Saldaña*. Poemas narrativos, como *El diablo mundo*, *El estudiante de Salamanca*, y poesías líricas. De éstas son notables *La canción del pirata*, *El himno al Sol*, etc. Espronceda es el lírico español más intenso del siglo XIX. La pasión violenta, el amor y la polimetría son sus notas características y un fondo ascético en muchas de sus composiciones.

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela
no corta el mar, sino vuela
un ligero bergantín :
bajel pirata que llaman
por su bravura el *Temido*,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul ;

y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa
y allá a su frente Stambul.

«Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

»Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra :
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío
a quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa,
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor
que no sienta
mi derecho,
y dé pecho
a mi valor.

Que es mi barco mi tesoro...

»A la voz de «¡barco viene!»
es de ver
cómo vira y se previene
a todo trapo escapar :
que yo soy el rey del mar
y mi furia es de temer.

En las presas
yo divido
lo cogido
por igual :
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

Que es mi barco mi tesoro...

» Sentenciado estoy a muerte... !
yo me río :
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna entena,
quizá en su propio navío.

Y si caigo,
¿qué es la vida?
por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo,
sacudí.

Que es mi barco mi tesoro...

» Son mi música mejor
aquilones :
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por el mar.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.»*

A LA ROSA

Fresca, lozana, pura y olorosa,
gala y adorno del pensil florido,
gallarda y puesta sobre el ramo erguido,
fragancia esparce la naciente rosa ;

mas si el ardiente sol lumbré enojosa
vibra del Can en llamas encendido,
el dulce aroma y el color perdido,
sus hojas lleva el aura presurosa.

Así brilló un momento mi ventura
en alas del amor ; hermosa nube
fingí tal vez de gloria y alegría ;
mas, ¡ ay !, que el bien trocose en amargura,
y deshojada por los aires sube
la dulce flor de la esperanza mía.



Mariano José de Larra

(1809-1837)

Madridense. Es uno de los escritores más brillantes del siglo XIX. Usó varios seudónimos, entre ellos el de *Figaro*. Escritor satírico, pesimista, lleva en su alma la gravedad de la raza española y la amargura de los grandes pensadores. Sus artículos, que le hicieron el más brillante periodista de su tiempo, fueron recogidos en *El pobrecito hablador*. Los más notables son: *Casarse pronto y mal*, *El castellano viejo*, *El día de difuntos de 1836*, *Nadie pase sin hablar con el portero*, etc. La prosa de Larra es expresiva, transparente, cortada generalmente en frases breves y concisas.

LA NOCHEBUENA DE 1836

YO Y MI CRIADO (1)

Delirio filosófico

El número 24 me es fatal : si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo día 24 ; soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer ; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos, a sus ídolos, a sus consortes y a sus gobiernos ; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y a imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y de resignación, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro a mujer porque no me diga que sí, pues en punto a amores tengo otra superstición : imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡ Bienaventurado aquél a quien la mujer dice *no quiero*, porque ese a lo menos oye la verdad !

El último día 23 del año 1836 acababa de expirar en la muestra de mi péndola, y, consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil ; hasta que, por fin, la mañana vino con paso de intervención, es decir, lentísimamente, a teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser *día de agua*. Fué peor todavía :

(1) Por esta vez sacrifico la urbanidad a la verdad. Francamente, creo que valgo más que mi criado : si así no fuese le serviría yo a él. En esto estoy al revés del divino orador, que dice : *Cuadra y yo*.

amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero ; como el crédito del Estado.

Resuelto a no moverme, porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada, como el cielo, de nubes frías, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, o me hubiera tenido por miliciano nacional citado por un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados ha más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver ; comparación exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza o una ilusión. Ora volvía los ojos a los cristales de mi balcón ; veíalos empañados y como llorosos por dentro : los vapores condensados se deslizaban a manera de lágrimas a lo largo del diáfano cristal ; así se empaña la vida, pensaba ; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre, así caen gota a gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes ; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced a mis lectores de las más de mis meditaciones ; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado, aun sin sueldo o sin cobrarlo, que es lo mismo : al menos no está obligado a pensar ; puede fumar, puede leer la *Gaceta* !

« ¡ Las cuatro ! ¡ La comida ! », me dijo una voz de criado, una voz de éntonación servil y sumisa ; en el hombre que sirve, hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, e involuntariamente iba a exclamar, como don Quijote : « Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer » ; porque, al fin, los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero los criados de los filósofos !!! Una idea más luminosa me ocurrió : era día de Navidad. Mé acordé de que en sus famosas saturnales los romanos

trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad a sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré a mi criado y dije para mí : «Esta noche me dirás la verdad.» Saqué de mi gaveta unas monedas; tenían el busto de los monarcas de España, cualquiera diría que son retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. Las miré con orgullo : «Come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio; sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.» Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero, y a la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿qué sería de nuestro aniversario? Pero al pueblo le han dicho : «Hoy es un aniversario», y el pueblo ha respondido : «Pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble.» ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre u hoy pasará indigestión. Miserable humanidad destinada siempre a quedarse más acá o ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir.* Sublime misterio.

¿Hay un misterio que celebrar? «Pues, comamos», dice el hombre; no dice : «Reflexionemos.» El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir a la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes, y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao : figuróseme ver de pronto que se

alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada : una mano seca y roída llevaba a una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía a los bulliciosos liberales de Madrid, que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvención y la culpa, aquella agria y severa, ésta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás.

¡Las cinco!, hora del teatro : el telón se levanta a la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, o yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres, en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia : un novio que no ve el logro de su esperanza; ese novio es el pueblo español : no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman a los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábranse las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle a merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene a herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entran en ellos como cuña a mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van a dar : las campanas que ha dejado la junta de enajenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen a todas nuestras cosas, citan a los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va a expirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa; como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha

mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es hombre: es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto, es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos y porque anda casualmente sobre los últimos; a imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están a uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *cónsola*, de adorno, o como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque, al fin, no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y a la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar a los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oírla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega a los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil—exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí—. ¡Oiga!, está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón a mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo e interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme, cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi a oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro, aquélla en figura de hombre beodo arrimado a los pies de mi cama para no vacilar, y yo

a su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas en frente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y racionó: misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar a los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar a mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto sin embargo a hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho: tal me ha pasado: no escribo para los que dudan de mi veracidad: el que no quiera creerme puede doblar la hoja: eso se ahorrará tal vez de fastidio; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo:

—Lástima—dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación—. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo a ti, ya lo entiendo.

—¿Tú a mí?—pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso: y es que la voz empezaba a decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste, como de costumbre: yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas e interrumpidas de que sorprende todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullo lecho como un criminal acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima a quién? No pareces criminal; la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino a los pequeños criminales, a los que roban con ganchúas o a los que matan con puñal; pero a los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo a la mujer casada o a la hija honesta, a los que roban con los naipes en la mano, a los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con

una carta cerrada, a esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino que agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasión, que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó e hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No, has de oír al vino una vez que habla. Acaso ese oro que a fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va a separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella o de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso a la pasión y a la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozás, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor: y ¡qué tormenta no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reír a costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra a otro partido; o cada vencimiento es una humillación, o compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener amigos. ¿A mí quién me calumnias? ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante a cubrir mis necesidades; a ti te paga el mundo como paga a los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres de

mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y a cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación: adulas a tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Balears o a un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo, en fin, no tengo necesidades: tú, a pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana a un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, o para un banquete de vanidad en cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas, y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a ti mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es, al menos, hombre de mundo, ni ambicioso ni elegante, ni literato ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas a ti mismo. Ténme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia!!!...

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado, y el asturiano roncaba. «¡Ahora te conozco—exclamé—, día 24!»

Una lágrima preñada de horror y desesperación surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese mañana fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto, la *nochebuena* era pasada, y el mundo todo, a mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *noche buena*.



Domingo F. Sarmiento

(1811 - 1888)

Argentino. Vida agitada y dinámica la de este gran pedagogo y político. Fundó varios periódicos, en los que llevó a cabo violentísimas campañas políticas. Fué condenado a muerte, teniendo que emigrar a Chile. Viajó después por Europa. Sarmiento, sin embargo, tuvo tiempo de dedicarse a las letras y de realizar una profunda labor de pedagogo. De entre sus numerosas obras, *Facundo* es tal vez su libro más popular. Merecen estimarse *Recuerdos de provincia*, *Vida de Dominguito*, *Viajes*, etc.

EL TIGRE DE LOS LLANOS

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto, que por falta completa de agua recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de aquellas soledades es por lo general triste y desamparado, y el viajero que viene del oriente no pasa la última *represa* o aljibe de campo, sin proveer sus *chiftes* de suficiente cantidad de agua. En esta *travesía* tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue.

Las cuchilladas tan frecuentes entre nuestros *gauchos* habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la travesía a pie, con su montura al hombro, a fin de escapar a las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres. No eran por entonces sólo el hambre o la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquél, que un tigre *cebado* andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana.

Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la Naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla: entonces el tigre empieza a gustar de preferencia su carne, y se le llama *cebado* cuando se ha dado a este nuevo género de caza, la caza de los hombres. El juez de la campiña inmediata al teatro de sus devastaciones convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre *cebado*, que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del cerdo, pero agrio, prolongado, estridente y que, sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte. Algunos minutos después, el bramido se oyó más distinto y más cercano;

el tigre venía ya sobre el rastro, y sólo a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr en fin; porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía. Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto en el ramaje.

Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino: el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo, y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que ésta se había separado del camino, y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarra de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa a su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces ya no bramó el tigre: acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus enormes manos estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto imponente; dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre; y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca.

Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano

de galope de caballos le dió esperanza de salvación. En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena; y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empachado* y ciego de furor, fué la obra de un segundo. La fiera, estirada a dos lazos, no pudo escapar de las puñaladas repetidas con que, en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima.



G. Gómez de Avellaneda

(1814-1873)

Nació en Cuba, pero pasó la mayor parte de su vida en Madrid. Vida de angustia, de sufrimiento, de desamparo y dolor. Sus poesías son de carácter religioso unas y de carácter amoroso y profano otras. Es, acaso, la más viril de nuestras poetisas, sin ceder a ninguna la ternura y apasionamientos femeninos. Son notables, entre muchas de sus composiciones, *Dedicación a la lira de Dios*, *La pesca en el mar*, *A la Cruz*, *A la Poesía*, etc.

LA CRUZ

¡ Canto la Cruz ! ¡ Que se despierte el mun-
 ¡ Pueblos y reyes, escuchadme atentos ! [do !
 ¡ Que calle el Universo a mis acentos
 con silencio profundo !
 ¡ Y tú, Supremo Autor de la armonía,

que das sonido al mar, al viento, al ave,
 presta viril vigor a la voz mía,
 y en torrentes de austera poesía
 el poder de tu Cruz deja que alabe !

Tiembla la tierra, se conmueve el cielo,
 de este nombre al alzar eco infinito
 que aterroriza al inmortal precito
 en su mansión de duelo.

¡ Canto la Cruz ! El ángel de rodillas
 postra a tal voz la immaculada frente ;
 tú, excelso Querubín, tu ciencia humillas,
 y del amor las altas maravillas,
 absorto adora el Serafín ardiente.

¡ Alzad, alzad vuestro pendón de gloria,
 o de la Fe, sublimes campeones !

¡ Alzadlo, y a su sombra las naciones
 cantarán su victoria !

¡ Alzadlo, que clamor no le amedrenta
 que exhalen de impiedad negros vestigios !...
 ¡ Sangre de un Dios por púrpura presenta,
 y por sagrado pedestal se asienta
 en la cerviz de diez y nueve siglos !

¡ Alzadlo vencedor ! Esa es la enseña
 ante la cual temblaron las montañas,
 la tumba abrió sus lóbregas entrañas,
 se quebrantó la peña !

Viéndola el sol del Gólgota en la cumbre,
 lecho de muerte al hijo del Eterno
 veló asombrado la fulgente lumbre,
 y al ver cesar la antigua servidumbre
 de la culpa de Adán, rugió el infierno.



José Zorrilla

(1817-1893)

Nació en Valladolid. Estuvo en Francia y Méjico. A su vuelta se le hizo un recibimiento entusiasta. Escribió leyendas, a las que debe su popularidad, y que son, sin duda, las composiciones que salvan su reputación, *A buen juez mejor testigo*, *Margarita la Tornera*, *Granada*, etc. A Zorrilla se le debe

también algunos dramas románticos, como *El puñal del godo*, *El zapatero y el rey*, y, sobre todo, su *Don Juan Tenorio*, obra que aun hoy día se representa.

HIMNO A MARÍA

Aparta de tus ojos la nube perfumada
 que el resplandor nos vela que tu semblante
 y tiéndenos, María, tu maternal mirada, [da,
 donde la paz, la vida y el Paraíso está.
 Tú, bálsamo de mirra ; Tú, cáliz de pureza ;
 Tú, flor del Paraíso y de los astros luz,
 escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
 por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tú eres ¡ oh María ! un faro de esperanza
 que brilla de la vida junto al revuelto mar,
 y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
 el náufrago que anhela en el Edén tocar.

Impela ¡ oh Madre augusta ! tu soplo soberana
 la destrozada vela de mi infeliz batel ; [no
 enséñale su rumbo con compasiva mano,
 no dejes que se pierda mi corazón en él.



Ramón de Campoamor

(1817-1901)

Nació en Navia. Comenzó los estudios de Medicina y desempeñó cargos oficiales que le permitieron vivir confortablemente. A su época juvenil pertenecen *Ayes del alma*, *Ternezas y flores*, poesías de delicada inocencia. Los cantares amorosos, epigramáticos y morales son de tendencia filosófica, de una regularidad métrica que los distingue de los del pueblo. De los poemas grandes de Campoamor, el *Drama universal* es de mérito superior. Campoamor es un poeta realista y equilibrado. Su lenguaje es natural, correcto, la forma a menudo descuidada. Su versificación, también desigual, como su inspiración. Tiene caídas inexplicables junto a primores de pensamiento y ejecución.

LAS DOS GRANDEZAS

(DIÁLOGO)

Uno altivo, otro sin ley,
así dos hablando están :

«Yo soy Alejandro el rey.»

«Y yo Diógenes el can.»

«Vengo a hacerte más honrada
tu vida de caracol.

¿Qué quieres de mí?» «Yo, nada ;
que no me quites el sol.»

«Mi poder...» «Es asombroso,

pero a mí nada me asombra.»

«Yo puedo hacerte dichoso.»

«Lo sé : no haciéndome sombra.»

«Tendrás riquezas sin tasa,
un palacio y un dosel.»

«¿Y para qué quiero casa
más grande que este tonel?»

«Mantos reales gastarás
de oro y seda.» «¡ Nada, nada !
¿ No ves que me abriga más
esta capa remendada?»

«Ricos manjares devoro.»

«Yo con pan duro me allano.»

«Bebo el Chipre en copas de oro.»

«Yo bebo el agua en la mano.»

«Mandaré cuanto tú mandes.»

«¡ Vanidad de cosas vanas !

¿ Y a unas miserias tan grandes
las llamáis dichas humanas?»

«Mi poder a cuantos gimen
va con gloria a socorrer.»

«¡ La gloria !, capa del crimen ;
crimen sin capa, ¡ el poder !»

«Toda la tierra, iracundo,
tengo postrada ante mí.»

«¿ Y eres el dueño del mundo
no siendo dueño de ti?»

«Y sé que del orbe dueño,
seré del mundo el dichoso.»

«Yo sé que tu último sueño
será tu primer reposo.»

«Yo impongo a mi arbitrio leyes.»

«¿ Tanto de injusto blasonas?»

«Llevo vencidos cien reyes.»

«¡ Buen bandido de coronas !»

«Vivir podré aborrecido,
mas no moriré olvidado.»

«Viviré desconocido,

mas nunca moriré odiado.»

«¡ Adiós, pues romper no puedo
de tu cinismo el crisol.»

«¡ Adiós ! Cuán dichoso quedo,
pues no me quitas el sol !»

Y al partir, con mutuo agravio,
uno altivo, otro implacable,
«¡ Miserable !», dice el sabio,
y el rey dice : «¡ Miserable !»

LOS PADRES Y LOS HIJOS

(FÁBULA)

Un enjambre de pájaros metidos
 en jaula de metal guardó un cabrero,
 y a cuidarlos voló, desde el otero,
 la pareja de padres afligidos.

«Si aquí—dijo el pastor—vienen unidos

sus hijos a cuidar con tanto esmero,
 ver cómo cuidan a sus padres quiero
 los hijos por amor, y agradecidos.»

Deja entre redes la pareja envuelta;
 la puerta abre el pastor del duro alambre,
 cierra a los padres, y a los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre,
 y como en vano se esperó su vuelta,
 mató a los padres el dolor y el hambre.



Antonio de Trueba

(1819-1889)

Vasco. Imitador de Fernán Caballero. Alcanzó pasajero éxito con el *Libro de los Cantares* y el *Libro de las Montañas*, en que glosa cantares de pueblo. Escribió también distintas colecciones de cuentos sencillos, de una tonalidad melancólica y blanca, como el de la guerra vasca que pinta siempre así con sus cuentos de color de rosa.

MARI-SANTA

I

Lo que voy a contar, pasó hace más de cuatrocientos años, o lo que es lo mismo, cuando san Vicente Ferrer andaba por el mundo, asombrándole con su predicación y sus milagros.

Mari-Santa era hija de un pobre marinero de Bilbao, y debía la primera parte de su nombre al cura que la bautizó, y la segunda

al pueblo, que la tenía como una santa. Si no era una santa tal como la Iglesia quiere que sean las que coloca en sus altares, poco le faltaba, porque desde niña se había consagrado al consuelo de los afligidos.

¿Lloraba un niño en las riberas del Ibaizábal? Una niña que jugaba en estas riberas abandonaba presurosa sus juegos infantiles para consolar al niño, que al punto trocaba su llanto en risa, porque la palabra de aquella niña tenía una dulzura que calmaba todos los dolores y dulcificaba todas las aficciones.

¿Consumían las llamas la pobre casería de un labrador en las repúblicas de Abando, Begoña o Deustúa, y el labrador y su familia lloraban sin consuelo viéndose de repente sin techo con que cobijarse ni pan que llevar a los labios? Una compasiva doncella aparecía entre aquella desconsolada familia, y su dulce y persuasivo acento infundía consuelo y esperanza y resignación a aquellos desventurados.

¿Lloraba una madre de familia la pérdida de su esposo o su hijo? La humilde hija de un marinero corría a su lado y llevaba el consuelo a su corazón sólo con el poder de su palabra, dotada de un encanto y una persuasiva irresistibles.

La que empleaba así su vida en consolar a los afligidos, era conocida en todo el valle del Ibaizábal con el nombre de Mari-Santa.

II

El apóstol Vicente Ferrer, el segundo Pablo, el clarín del Evangelio, como con razón le llama su biógrafo Valdecebro; el trueno de Europa, como con más razón en el

fondo que buen gusto en la forma le califica Granda, historiador de la basílica de Begoña, llegó al valle de Ibaizábal, asombrando con su elocuencia y sus milagros a las tres provincias vascongadas, como había asombrado a las restantes de España y muchas de Europa.

A propósito de los milagros de san Vicente Ferrer, quiero hacer una pregunta a los que no creen en milagros. Pase que haya quien dude de los que piadosamente ha atribuído el pueblo a tal o cual siervo de Dios, porque la misma Iglesia duda de ellos mientras no tiene grandes pruebas de que son verdaderos; pero ¿es posible que haya quien dude de los de San Vicente Ferrer, que por espacio de un siglo y en número infinito estuvieron asombrando a Europa y se verificaban muchísimas veces en presencia de veinte o treinta mil personas? Sabido es que el santo apóstol decía a su compañero: *Toqueu a milacre*, y al toque de la campana llamada de milagros, se reunían en torno del apóstol millares de enfermos que sanaban instantáneamente así que el apóstol ponía su mano en ellos. Puede equivocarse o alucinarse una persona, pero no millones de ellas; puede equivocarse o alucinarse una población, pero no millares de poblaciones; puede durar la equivocación o alucinación un día, pero no un siglo.

Vicente Ferrer predicaba en lemosín o valenciano en la iglesia de Santiago de Bilbao, y le comprendía perfectamente el pueblo, que, casi en su totalidad, no sabía más lengua que la vascongada, que entonces era casi la única que se hablaba en Vizcaya. Por la noche, convencido, sin duda, de que el cielo está más cerca de los montes que de la tierra llana, como dice un cantar vascongado, iba a descansar de sus gloriosas fatigas en una pobre casería situada en la cordillera que se extiende entre Gangúren y Bériz.

Contáronle en Bilbao las piadosas tareas en que Mari-Santa empleaba la mayor parte de su vida, y aquella noche, al llegar a su humilde asilo de la montaña, hincóse de rodillas, alzó los ojos y el corazón al cielo, y pidió a Dios que si un día enviaba la tribulación a la doncella que se consagraba al con-

suelo de los afligidos, le enviase también el consuelo. Apenas el siervo de Dios formuló esta súplica, el Señor le anunció que la había acogido propicio.

III

Mari-Santa se unió con un honrado manco que, como el padre de Mari-Santa, ganaba el sustento dedicándose a la marinería, y un año después dió a luz un hermosísimo niño.

Cuando cumplía este niño tres años, enfermó de repente, y a pesar de los cuidados de su tierna y amantísima madre, voló su alma al cielo.

El dolor de Mari-Santa, cuyo marido se hallaba ausente en una larga navegación, no tuvo límites.

Todos procuraban consolar a Mari-Santa; pero la que encontraba consuelo para todas las aficciones, no le encontraba para la suya; por más que le recordasen que su hijo se sentaba ya entre los ángeles y había muerto sin los dolores físicos que comúnmente se experimentan en el tránsito de la vida temporal a la eterna.

En la colina de Mallona, subiendo de la villa al santuario de la Virgen de Begoña, existía por aquellos tiempos una ermita consagrada a Jesús Crucificado, y cada vez que Mari-Santa pasaba por allí se postraba a los pies de Jesús, exclamando:

— ¡Gracias, Señor, porque nunca habéis dejado descender la tribulación a mi alma!

Pero desde que perdió a su hijo su oración era ésta:

— ¡Señor! ¿Por qué me habéis desamparado?

Una noche bajaba Mari-Santa de consolar a los afligidos en las colinas de Begoña, y, según su costumbre, dobló las rodillas ante el Crucifijo de Mallona.

La noche era oscura, oscura, y el Ibaizábal rugía en el fondo del valle, y el mar bramaba a lo lejos, y las fieras aullaban en las laderas de Archanda y Pagazarri, que entonces estaban cubiertas de altos y espesos matorrales.

— ¡Señor! ¿Por qué me habéis desampa-

rado?—exclamó Mari-Santa con más dolor y desconsuelo que nunca.

—¡Torna la vista!—le contestó una voz que parecía salir de los labios del mismo Crucificado.

Mari-Santa tornó la vista hacia las lóbre-gas vertientes del Pagazarri, y una visión singular se ofreció a sus ojos: allá a lo lejos, a lo lejos, vió el cadáver de un mancebo pendiente de un patíbulo, y al pie del patíbulo dos ancianos que lloraban y procuraban taparse el rostro con las manos para ocultar su vergüenza. ¡El mancebo ajusticiado se parecía prodigiosamente a su hijo, y los ancianos se parecían prodigiosamente a ella y su marido!

Mari-Santa comprendió, llena de júbilo y consuelo, el significado de aquella maravillosa visión, y desde entonces nunca pasó por la colina de Mallona sin exclamar, prosternada a los pies del Crucificado:

—¡Gracias, Señor, porque llevasteis a vuestro seno a mi hijo, antes que fuese indigno de él!

Concepción Arenal

(1820 - 1893)

Nació en el Ferrol. Sus primeros libros son una novela, *Historia de un corazón*, y *Fábulas en verso*. Después de muerto su esposo, vivió con sus hijos retirada y oculta, ejerciendo la caridad, visitando hospitales y prisiones, y organizando obras benéficas. *El visitador del pobre*, *Cartas a los delincuentes*, *Cartas a un obrero*, y otros muchos libros maestros, han sido traducidos a varios idiomas. Libros sugestivos, sinceros, de una impersonalidad encantadora. Cuando piensa, no piensa en sí, sino en aquellos a quienes sus escritos se dirigen. Estilo conciso, enérgico y al mismo tiempo sencillo, íntimo, matizado con frases que recoge entre los pobres, entre los humildes, entre los desgraciados. Frases de dolor y arrepentimiento.

EL SOBRIO Y EL GLOTÓN

Había en un lugarón dos hombres de mucha edad, uno de gran sobriedad, y el otro gran comilón.

La mejor salud del mundo gozaba siempre el primero,

estando de enero a enero débil y enteco el segundo.

«¿Por qué, el tragón dijo un día, comiendo yo mucho más, tú mucho más gordo estás? No lo comprendo, a fe mía.»

«Es, replicó el frugal, y muy presente lo ten, porque yo digiero bien, porque tú digieres mal.»

Haga de esto aplicación el pedante y presumido, si porque mucho ha leído cree tener instrucción;

y siempre que a juzgar fuere, la regla para sí tome: no nutre lo que se come, sino lo que se digiere.

Eduardo Benot

(1822-1907)

Nació en Cádiz. Gran pedagogo en su estilo y filósofo del lenguaje, hondo conocedor de la métrica castellana, publicó obras para la enseñanza de los idiomas francés, italiano, inglés y alemán, hizo comedias y escribió cuentos, poesías y artículos. Son interesantes sus obras *Examen crítico de la acentuación castellana*, *Arquitectura de las lenguas*, *Arte de hablar*, etc.

LUJO Y CARIDAD

Era un día de frío horroroso; hacía sol y el cielo azul profundo encantaba la vista y alegraba el ánimo.

Yo venía algo orgulloso de haber hecho perfectamente, a mi entender, un encargo de gran dificultad.

Un amigo me había escrito para que le comprase cigarros intachables, autorizándome para no reparar en el precio; pues con ellos quería pagar servicios que el dinero no podía retribuir. Yo no fumo; y mi gran apuro era satisfacer sus deseos y no ser engañado. Rodeéme de precauciones, pregunté, consulté, hice comparar, y me decidí por cosa inmejorable, al decir de los peritos. Esta era la causa de mi satisfacción no acostumbrada; pues el desdichado amor propio hace que no nos alegremos con aquello para que tenemos

aptitud y que, regularmente, hacemos bien, sino con cosas que nos cuestan gran trabajo, que suelen ser todo aquello de que entendemos poco, y que, por consiguiente, vale poco también. El tabaco me había costado doscientos y tantos duros, y al pagarlo sobraba algo de las monedas que entregué: en la vuelta venía una apestosa pieza de dos cuartos.

*
* *

No sé por qué, al pasar por una tienda, me llamaron la atención los primores y dorados de la muestra. Era una confitería nueva. Entré, tampoco comprendo el por qué, pues no sentía necesidad. Ya dentro, empecé a mirar qué tomaría, pues en verdad no apetecía cosa ninguna, y me causaba empacho el salirme sin pagar algo.

La voz de los niños tiene para mí un encanto indefinible; pero hay voces de voces. Un nada en la organización hace que las multitudes corran entusiasmadas a los teatros para oír a un tenor. Pues detrás de mí oí el siguiente diálogo infantil dicho por dos voces de aquellas de que se muestra avara la organización:

—¡Mira, dulces!

—¿Y todo eso también?

—¡Todo!!!

Volví la vista encantado por la dulzura de aquellas voces angelicales.

A la puerta, apoyado uno en otro, había un niño y una niña. No tenían siete años; pues las absortas boquitas dejaban ver unos dientes blanquísimos. ¿Quién era el mayor? No lo sabré decir: de estatura eran iguales. Quizá la niña; pues, en esa edad, a igualdad de cuerpos, las niñas son mayores. Y si no era la más entrada en años, de seguro era de más precocidad; pues el niño evidentemente la reconocía por superior: estaba un poco detrás de ella, y se asía a su vestido.

*
* *

¡Vestido! Pase la voz, si es que puede llamarse vestido a una enagueta rota y desteñida, de un color indefinible, y un pañolon-

cito más desteñido aún. Llevaba unos zapatos de una muchacha de catorce años. El pañolón le cubría a medias la cabeza, le ceñía los hombros y el talle, y luego iba disminuyendo hasta los pies, en donde, juntamente con el vestido, terminaba en punta; formando un todo semejante a las pilastras anchas por arriba y angostas por abajo, y enteramente lo contrario de las lujosas niñas que pasaban, cuyas enaguas se ensanchaban lujosamente merced a metálicos ahuecadores. El vestido del niño no era de gran complicación; no llevaba zapatos ni sombrero. Un calzoncillo que le arrastraba y una camisita limpia componían sus galas todas.

Los rostros y las manecitas, con el frío, estaban amoratados.

*
* *

—¡Cuánto dulce!—repitió el niño.

—¡Largo de aquí!—gritó el confitero, figurando echar mano a una de las pesas.

El niño se hizo un poco atrás; la niña no.

—¿Quieres?—dije al niño.

El niño miró a su hermana: ésta me miró a mí.

¿Era hermosa? No sé si su nariz era académica; lo que puedo decir es que sus ojos más negros ni más grandes no se ven en tal edad. ¡Qué impresión la de aquella entreabierta boquita de blanquísimos dientes!

—Mira, ven, acércate; entrad. Vamos, toma.

Todo esto les dije, y los niños no se movían: miraban al confitero más que a mí.

Me adelanté con un dulce en la mano y lo presenté a la niña. Ésta sacó extendida su roja manecita, llena de sabañones, y con la palma hacia arriba, dejó que yo pusiese en ella un dulce mayor que la mano.

¡Con qué ojos y qué expresión me preguntaba entre espantada y alegre!

—¿Para mí?...

—Sí; para ti. Y tú, ven acá: toma también.

El niño se atrevió a entrar, y, cerca del mostrador, poniendo las dos manos, recibió otro dulce.

—¿Para mí?...

—Para ti : aguarda ; toma—. Y le di la apetosa pieza de dos cuartos.

*
* *

¿Fué por bondad? ¿Fué por salir de ella? Sin aguardar a más, y sin dar gracias, sin mirarme siquiera, pero sí mirando al confitero, echaron los niños a correr.

Atravesaba un coche, y los niños, viendo que les faltaba el tiempo para cruzar por delante de los caballos, volvieron temerosos hacia atrás. El cochero les echó el látigo encima, y miraron los niños sin ira, como quien recibe el castigo de una falta merecida y privativa.

Siguió el carruaje adelante.

El látigo del auriga me hizo daño.

*
* *

Los niños, sin embargo, miraban sus dulces ; el varoncito desprendió un pedazo bastante chico, lo metió en la boca, y con rellena voz dijo :

—¡ Qué buenoóóó !... Pero esto para Anita.

—¿ Con calentura?

—¡ Si es muy bueno !—repuso el niño. Y asiendo del vestidillo a su hermanita, echaron a correr.

Los vi ir, y oprimióseme el corazón.

Había gastado doscientos duros para vi-
ciar la atmósfera con la odorífera nicotina de la Habana ; y había dado sólo dos hediondos cuartos a unos infelices que llevaban dulces a otra hermanita con calentura.

*
* *

¡ Dos cuartos para la necesidad y la indignancia, y centenares de duros para el despilfarro y la satisfacción de las más bajas necesidades de la opulencia !

Pero, ¡ el lujo da alimento al pobre !, insinúan los opulentos.

¡ Hay lujos de lujos !

El lujo de un Observatorio es el fomento de las más altas potencias de la humanidad.

Pero ¡ el lujo del tabaco ! El que fuma

saborea el látigo de la esclavitud en las Antillas : quizá la hoja verde fué regada con sangre.

¡ Cuánto esfuerzo convertido en humo !

La estadística nos dice que si se pusiesen unos tras otros los cigarros que en Francia se fuman, habría para dar dos veces la vuelta al mundo. ¿Y cuánto se fuma aquí?

¡ Oh ! ¿ Qué sería del mundo si lo que se consume en el humo de las vanidades se emplease en obras de caridad?

Pero, ¡ para el lujo, talegas ! ¡ Para la caridad, dos cuartos !

*
* *

Los niños se fueron, y yo, a la puerta de la lujosa confitería, los seguí con la vista hasta que traspusieron la calle.

Hoy uno de mis remordimientos es no haber averiguado dónde vivían.



Juan Valera

(1824-1905)

Cordobés. Fué diplomático, lo que le permitió viajar y adquirir una cultura europea, espíritu abierto y delicado. Realizó una amplia y variada obra literaria : novelista, crítico y poeta. De sus novelas son preferidas *Pepita Jiménez*, extraña mezcla de amor y teología, y *Juanita la Larga*, delicado idilio campestre. Escribió también cuentos

muy notables. El estilo de Valera tiene una cierta elocuencia arcaica, y resulta, en ocasiones, demasiado académico.

EL ESPEJO DE MATSUYAMA

Mucho tiempo ha, vivían dos jóvenes esposos en lugar muy apartado y rústico. Tenían una hija, y ambos la amaban de todo corazón. No diré los nombres de marido y mujer, que ya cayeron en olvido, pero diré que el sitio en que vivían se llamaba Matsuyama, en la provincia de Echigo.

Hubo de acontecer, cuando la niña era aún muy pequeña, que el padre se vió obligado a ir a la gran ciudad, capital del imperio. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podían acompañarle, y él se fué solo, despidiéndose de ellas y prometiendo traerles, a la vuelta, muy lindos regalos.

La madre no había ido nunca más allá de la cercana aldea, y así no podía desechar cierto temor al considerar que su marido emprendía tan largo viaje; pero, al mismo tiempo, sentía orgullosa satisfacción de que fuese él, por todos aquellos contornos, el primer hombre que iba a la rica ciudad, donde el rey y los magnates habitaban y donde había que ver tantos primores y maravillas.

En fin, cuando supo la mujer que volvía su marido, vistió a la niña de gala, lo mejor que pudo, y ella se puso un precioso traje azul que sabía que a él le gustaba en extremo.

No atino a encarecer el contento de esta buena mujer cuando vió al marido volver a casa sano y salvo. La chiquitina daba palmadas y sonreía con deleite, al ver los juguetes que su padre le trajo. Y él no se hartaba de contar las cosas extraordinarias que había visto durante la peregrinación y en la capital misma.

—A ti—dijo a su mujer—te he traído un objeto de extraño mérito: se llama espejo. Mirale y dime qué ves dentro.

Le dió entonces una cajita chata, de madera blanca, donde, cuando la abrió ella, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco como plata mate, con adornos en realce de pájaros y flores, y por el otro, brillante y pulido como cristal. Allí miró la joven es-

posa con placer y asombro, porque desde su profundidad vió que la miraba, con labios entreabiertos y ojos animados, un rostro que alegre sonreía.

—¿Qué ves?—preguntó el marido, encantado del pasmo de ella y muy ufano de mostrar que había aprendido algo durante su ausencia.

—Veo una linda moza que me mira, que mueve los labios como si hablase y que lleva ¡qué extraño! un vestido azul exactamente como el mío.

—Tonta, es tu propia cara lo que ves—le replicó el marido, muy satisfecho de saber algo que su mujer no sabía—. Ese redondel de metal se llama espejo. En la ciudad cada persona tiene uno, por más que nosotros, aquí en el campo, no los hayamos visto hasta hoy.

Encantada la mujer con el presente, pasó algunos días mirándose a cada momento, porque, como ya dije, era la primera vez que había visto un espejo y, por consiguiente, la imagen de su linda cara. Consideró, con todo, que tan prodigiosa alhaja tenía sobrado precio para usada a diario, y la guardó en su cajita y la ocultó con cuidado entre sus más estimados tesoros.

Pasaron años, y marido y mujer vivían aún muy dichosos. El hechizo de su vida era la niña, que iba creciendo y era el vivo retrato de su madre, y tan cariñosa y buena, que todos la amaban. Pensando la madre en su propia pasajera vanidad, al verse tan bonita, conservó escondido el espejo, recelando que su uso pudiera engrair a la niña. Como no hablaba nunca del espejo, el padre lo olvidó del todo. De esta suerte, se crió la muchacha tan sencilla y candorosa como había sido su madre, ignorando su propia hermosura y que la reflejaba el espejo.

Pero llegó un día en que sobrevino tremendo infortunio para esta familia, hasta entonces tan dichosa. La excelente y amorosa madre cayó enferma, y aunque la hija la cuidó con tierno afecto y solícito desvelo fué empeorando cada vez más, hasta que no quedó esperanza sino de muerte.

Cuando conoció ella que pronto debía abandonar a su marido y a su hija, se puso

muy triste, afligiéndose por los dos que dejaba en la tierra y, sobre todo, por la niña.

La llamó, pues, y le dijo :

—Querida hija mía, ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy a morir y a dejaros solos a ti y a tu amado padre. Cuando yo desaparezca, prométeme que mirarás en el espejo, todos los días, al despertar y al acostarte. En él me verás y conocerás que estoy siempre velando por ti.

Dichas estas palabras, le mostró el sitio donde estaba oculto el espejo. La niña prometió, con lágrimas, lo que su madre pedía, y ésta, tranquila y resignada, expiró a poco.

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno, y cada mañana y cada tarde tomaba el espejo del lugar en que estaba oculto, y miraba en él, por largo rato e intensamente. Allí veía la cara de su perdida madre, brillante y sonriendo. No estaba pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven. A ella confiaba de noche sus disgustos y penas del día, y en ella, al despertar, buscaba aliento y cariño para cumplir con sus deberes.

De esta manera, vivió la niña como vigilada por su madre, procurando complacerla en todo como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla o enojarla. Su más puro contento era mirar en el espejo y poder decir :

—Madre, hoy he sido como tú quieres que yo sea.

Advirtió el padre, al cabo, que la niña miraba sin falta en el espejo cada mañana y cada noche, y parecía que conversaba con él. Entonces le preguntó la causa de tan extraña conducta. La niña contestó :

—Padre, yo miro todos los días en el espejo para ver a mi querida madre y hablar con ella.

Le refirió, además, el deseo de su madre moribunda y que nunca había dejado de cumplirlo.

Enternecido por tanta sencillez y tan fiel y amorosa obediencia, vertió él lágrimas de piedad y de afecto, y nunca tuvo corazón para descubrir a su hija que la imagen que veía en el espejo era el trasunto de su propia dulce

figura, que el poderoso y blando lazo del amor filial hacía cada vez más semejante a la de su difunta madre.



Adelardo López de Ayala

(1828-1879)

Sevillano. Ocupó puestos elevados, siendo varias veces ministro de Ultramar y presidente del Consejo. Las mejores obras son : *Rioja*, *Un hombre de Estado*, *El tejado de vidrio*, *Consuelo*, etc. El arte de Ayala se caracteriza por el pensamiento moral y por el detalle realista; es el arte del pormenor y del matiz equilibrado, armonía entre el sentimiento y la inteligencia. Ayala se nos ofrece como poeta elegante y correcto.

A MI HERMANA EN SU CUMPLEAÑOS

Un año más. No mires con desvelo la carrera veloz del tiempo alado, que un año más en la virtud pasado, un paso es más que te aproxima al cielo.

Llora, sí, con amargo desconsuelo, pues nunca lo bastante habrás llorado el año que al morir te haya dejado de alguna falta el interior recelo.

El tiempo que bien obres no es perdido; pues los años de paz, hermana mía, que en la santa virtud hayas vivido se convierten en siglos de alegría, en el eterno edén que hay prometido al alma justa que en su Dios confía.

Severo Catalina

(1832 - 1871)

Nació en Cuenca. Consagrado al estudio de las lenguas orientales, recorrió varios países extranjeros. Sus obras más importantes son: *La mujer*, *Roma*, *El progreso*, etc. Observa fina pureza en el lenguaje y estilo.

LA MATERNIDAD

I

¿Recordáis, por ventura, los años de vuestra infancia? ¿Recordáis aquellas horas tranquilas en que, libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes, dejabais reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer?

¿Recordáis la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles e imprimía sin ruborizarse sus labios en vuestra frente candorosa?

¿Recordáis cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor?

¡Oh! Sí, lo recordáis.

Los que tenemos la dicha de ver todavía a esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño a todas horas; su nombre está escrito en el corazón: es el nombre más tierno de cuantos encierra el Diccionario.

El nombre sólo de *madre* nos representa aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida, en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba, que oprímía entre las suyas nuestras manos, que besaba nuestra frente, que enjugaba nuestro llanto, que nos mecía, por fin, en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

Vosotros los que habéis perdido a vuestra madre, también podéis verla si tenéis corazón y sentimiento.

Podéis verla en el ensueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envía sobre la tierra su pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido del astro de la

noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el Cielo.

Si veis en la región del firmamento una blanca nubecilla que flota cual tenue gasa sostenida en sus dos extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre, que al mirarlos sonrío de cariño desde el cielo.

Si a la caída de una tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde a lo lejos, y que no es el canto de las aves ni el murmurio de la fuente, arrodillaos: es el aleteo de la oración que por vosotros eleva vuestra madre.

Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos ni el hálito embalsamado de las flores, estremeceos de placer: es el beso de pureza y de ternura que os envía desde el Cielo vuestra madre.

Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros, los que tenéis corazón y sentimiento.

II

¡Pueblos que rebajasteis la dignidad de la mujer, que la considerasteis como un ser casi despreciable, venid! La razón os llama a juicio.

El ser que vilipendiáis ha dado vida a vuestros héroes y a vuestros sabios.

Cuando vuestros héroes y vuestros sabios, cuando los Alejandro y los Homeros, los Césares y los Virgilio cruzaban los azarosos días de la infancia, una mujer los alimentaba con el jugo de su pecho, una mujer los adormecía con el arrullo de su amor.

Cuando sus labios empezaron a articular sonidos, una mujer les enseñó a pronunciar los nombres para vosotros venerados, y les imbuyó vuestras creencias, y les dijo que había una patria que debían adorar, una patria que ellos ilustraron luego con el brillo de sus conquistas o con el mágico resplandor de su talento.

¡Detractores sistemáticos del que llamáis sexo débil, recordad que habéis tenido madre o que la tenéis todavía!

¡Los que negáis absolutamente la virtud de la mujer, acordaos de vuestra madre!

¡Los que al nombre y a la memoria de madre no sintáis latir de entusiasmo el corazón, apartad, alejaos!

Pero no vayáis a los campos, que allí las tiernas avecillas besan a sus madres en el nido; allí el manso recental brinca de gozo junto a la oveja.

No vayáis a los bosques, que allí podéis ver a la pantera lamer a sus cachorros, y a la leona acariciar a sus hijuelos.

Y no es bien que la leona y la pantera de los bosques y la oveja y el ave de los prados enseñen al hombre las leyes inmutables de la Naturaleza; al hombre, que es rey de la Naturaleza y primera figura en el gran panorama de la Creación.

Huid adonde el sol no alumbre, adonde halléis un espacio virgen jamás hendido por respiración viviente, porque dondequiera que lleguen los rayos del sol, donde exista un ser organizado y sensible, allí reinará majestuosamente la idea de la maternidad.

.....

(*La Mujer: Apuntes para un libro*, cap. VIII.)

.....



Emilio Castelar

(1832-1899)

Gaditano. Estudió en Madrid Filosofía y Letras. Muy joven ganó la cátedra de Historia de España en la Universidad de Madrid. Intervino

en la política de su tiempo, fué diputado en todas las Cortes y ocupó cargos de importancia. En su juventud escribió las novelas *Ernesto*, *La Hermana de la Caridad*, más tarde, *Fra Filippo Lippi*. Merecen citarse también sus estudios sobre Byron, sus *Recuerdos de Italia*, *El suspiro del moro*, y últimamente su voluminosa *Historia de Europa*.

EL CRISTIANISMO

Desde niños hemos visto flotar la cruz divina a nuestros ojos; desde niños hemos llorado mil veces a sus pies lágrimas que han sido para el alma como el rocío para los campos. Nuestras madres nos decían que en esa cruz había tenido hambre el que creó todos los seres; había padecido sed el que derramó las aguas en la tierra; había sentido frío el que encendió el sol e iluminó las estrellas; había muerto el que es la fuente de toda la vida; y nosotros llorábamos la desgracia de un Dios sin comprenderla, porque lo primero que sabemos es llorar, como nacidos para el dolor y la tristeza. Pero cuando nuestra conciencia ha venido a iluminar el sentimiento divino depositado en el corazón por el santo amor de nuestra madre; cuando hemos visto al pie de la cruz morir la bárbara casta, quebrarse la cadena del esclavo, reconciliarse todos los pueblos, la adoramos y la bendecimos, viendo descender de ella el rayo de luz que ha fecundado nuestro espíritu.

Las religiones antiguas exaltaban al guerrero, al fuerte, al poderoso; concedían un cielo al nacido de privilegiada cuna y otro cielo al que en pobre cuna había nacido; sellaban con sello de infamia la frente del esclavo; pero esta religión cristiana, esencia de nuestra civilización, llamó a sí todos los hombres y tuvo por sus elegidos a los que habían derramado más lágrimas en la tierra, a los que habían padecido más dolores, a los que habían cargado con el peso de mayores injusticias. La desgracia, que había sido el sello de la reprobación divina, fué desde este punto la señal de los elegidos de Dios. ¡Qué consuelo tan grande para el esclavo esperar en una libertad infinita; para el que no tenía padres en el mundo, ver un padre entre los resplandores del cielo; para el que era con-

siderado inferior a los brutos, sentirse más grande que sus señores; para el que arrastraba una eterna cadena y un eterno dolor, aguardar una felicidad sin límites en el seno de una vida sin término!

Para ver lo que el cristianismo ha hecho por la libertad de los hombres es necesario recordar lo que era el hijo del pueblo, el esclavo, en el seno de la sociedad antigua. El paria, ser infeliz, sin esposa que lo consuele, sin hijos que perpetúen su nombre, sin familia a do convertir en la aflicción sus ojos, hasta sin madre, porque en la niñez era arrancado al maternal regazo; puesto en los linderos de la sociedad, en un desierto, fuera de la verdadera vida, azotado siempre, hecho pasto de todas las guerras, fundamento de todos los poderes; alimentando con su trabajo el dios mismo a quien es sacrificado; tejiendo desnudo los filamentos de las plantas para cubrir sus carnes; recolectando hambriento los frutos de la tierra; erigiendo, ¡él que duerme a la intemperie!, grandes palacios, que son sus calabozos; el paria, que acompaña con los pies desnudos y las espaldas heridas por el látigo a todos los tiranos, y sirve de instrumento para aherrojar y esclavizar a otros pueblos y a otros seres infelices; puesto fuera de la ley en la India, cargando con el peso de las armas en Persia, llevando y trayendo los fardos del comercio en Fenicia, cubriendo con sus restos palpitantes los altares de Babilonia, donde lo destinan a víctima de los sacrificios; esclavo infeliz en Grecia y Roma, y después de su largo martirio, ¡él, que ha impregnado con sus lágrimas el aire, que ha amasado con su sudor y sangre la tierra!, sin Dios de quien esperar justicia o misericordia, porque hasta el cielo está para él vacío; cuando el Hijo del Hombre expira en la cruz, sabe con maravilla y con asombro que él, eterno mártir de la historia, tan menospreciado, es hijo también de Dios; que su vida maldita es emanación celeste; que su alma es de origen tan noble y divino como el alma del sacerdote; que sus sienes, heridas por el clavo de la servidumbre, pueden llevar una corona de estrellas en el cielo.

He aquí por qué si el cristianismo no fue-

ra la religión de nuestros padres, sería siempre la religión de los que aman a los pobres, de los que trabajan por el desvalido. Hijo del Padre invisible y de la Madre visible, Jesús, en su persona, reconcilia la Humanidad con el Eterno. Su cuna fué un establo; su vivienda, la casa de un artesano; su ocupación, el trabajo. A sus pies fueron el rey y el pastor, como para señalar que habían concluido para siempre las bárbaras castas. Los tiranos le persiguen y quieren ahogarle entre sus brazos, presintiendo que su palabra ha de ser el rayo que sepulte en los abismos la infame tiranía. Los falsos sacerdotes son el objeto de sus conminaciones y los hipócritas que encierran a Dios en el sepulcro de su corazón; y así enseña que el alma pura es el tabernáculo más digno del Eterno. Los pobres, los desvalidos, son sus hermanos. Su corazón tiene consuelos para todos los que padecen, esperanza para todos los que lloran. No va a las academias a buscar a los sabios; va a orillas del mar a buscar a los pobres pescadores. Entrega el mundo, apenas domado por las armas romanas, a débiles y oscuros apóstoles para que le transformasen con su palabra y con su fe. Se sujeta al dolor, y para mostrar la igualdad de todos los hombres, padece como el último de los mortales. Llega su hora, y se extiende en su patíbulo y muere en la cruz para derramar la vida entre los hombres.

Esta cruz divina representa una renovación de la vida entera de la Humanidad. Para la familia es el momento en que concluye la tiranía del padre, en que recobra su dignidad perdida la mujer, para convertirse en la sacerdotisa del hogar doméstico, en que cede su puesto la familia antigua, hija de la ley, a la nueva familia, hija del espíritu, consagrada por el amor, que confunde en uno los corazones. Para las ciencias representa la muerte del Dios-naturaleza, que había aplastado la frente del hombre bajo las ruedas de su carro, la revelación de Dios-espíritu; y el conocimiento del hombre como no lo había soñado Platón, como no lo había tenido Sócrates: el hombre, armonía viva del espíritu y de la naturaleza, intérprete del pensamiento divino, voz que levanta al cielo el eco

de las oraciones de todos los seres. Para la poesía, es el nacimiento de aquel amor purísimo, no tocado por el lodo de la tierra; amor tan casto como el pensamiento, esencia inmortal de nuestra alma; amor que no cabe en el tiempo y en el espacio, y que se dilata en la eternidad como el sueño místico de Petrarca, como el culto espiritual del Dante a su Beatrice. Para todas las artes, el cristianismo señala el nacimiento de un ideal divino, que el artista no podrá encerrar en las formas; ideal que hará rebosar la inspiración en la mente del poeta, que inundará de una luz vivísima las tablas y los lienzos, que levantará en las alturas, tan etérea como una oración, la calada cúpula de las catedrales góticas. El espíritu humano, engrandecido, renovado por esta gran revolución que llegará hasta el fondo de su ser, hasta la raíz de su vida, se transfigurará para realizar bajo un nuevo ideal las eternas leyes de la Historia.

(Recuerdos y esperanzas.)

Ricardo Palma

(1833 - 1911)

Nació en Lima. Periodista y político. En sus primeros libros (*Armonías*, *Pasionarias*, etc.) sigue las huellas de los románticos, imitando a Zorrilla. Pero su obra más conocida es *Tradiciones peruanas*, en donde aparece como el prosista más castizo, claro y elegante de su tierra. Anécdotas, leyendas, cuentos, cuadros de costumbres, en fin, una pintura animada y colorista de la vida peruana.

LA GRAN NOTICIA

A un viejo que pasaba por la calle,
una niña bonita
y de arrogante talle
detuvo del faldón de la levita,
diciéndole:—Señor, por vida suya,
quiero que usted me instruya
de las nuevas que aquí me participa
una tía que tengo en Arequipa.
Y, sin más requilorio,
alargaba una carta al vejestorio.

Cabalgó el buen señor sobre los ojos
un grave par de anteojos;
el sobre contempló, rompió la oblea,
la arenilla quitó de los borrones,
examinó la firma, linda o fea,
y se extasió media hora en los renglones.
Ya de aguardar cansada,
—¿Qué me dicen, señor?—dijo la bella.
Y el viejo echó a llorar, diciendo:—¡Nada!
Has nacido, mi bien, con mala estrella.
Asustada la joven del exceso
de llanto del anciano,
le preguntó:—¿Quizá murió mi hermano?
Y el viejo respondió:—¡Ay! ¡es peor que es—
—¿Está enferma mi madre?—Todavía [to!
es peor, hija mía:
¡no puedes resistir a esta desgracia!
Yo, viejo y todo, me volviera loco. [cia?
—¿Qué ha sucedido, pues, por santa Engra—
—Que tú no sabes leer... ¡Y yo tampoco!



Gustavo Adolfo Bécquer

(1836-1870)

Nació en Sevilla. Renunciando a todo y arrastrado por su afición a las letras, vivió en Madrid y soportó bastantes calamidades. Con su hermano, pintor excelente, visitó algunas poblaciones, como Toledo, Ávila y Soria. Murió muy joven. Escribió en verso sus rimas y en prosa sus leyendas. Las rimas son poesías cortas, sencillas en su expresión y de un sentimiento extraordinario. Bécquer es, sin

duda, el lírico más puro nacido en España. Son notables las que comienzan: «Del salón en el ángulo obscuro», «Volverán las obscuras golondrinas», «Cerraron sus ojos», etc. En prosa, Bécquer es tan poeta como en verso. Sus leyendas tienen también el inquieto historial y el hondo pesimismo de sus versos: *Maese Pérez el organista*, *Rayo de luna*, *El monte de las ánimas*, etc.

EL MONTE DE LAS ÁNIMAS

—Atad los perros; haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores, y demos la vuelta a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Ánimas.

—¡Tan pronto!

—A ser otro el día, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración en los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán a tañer su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruínosa! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aun no hace un año que has venido a él desde muy lejos. Refrena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dure el camino, te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos: los condes de Borges y de Alcuíel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva a bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Ánimas, pertenecía a los Templarios, cuyo convento ves allí, a la margen del río. Los Templarios eran guerreros y religiosos a la vez. Conquistada Soria por los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio a sus nobles de Castilla, que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron.

Entre los caballeros de la nueva y pode-

rosa Orden y los hidalgos de la ciudad, fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres; los segundos determinaron una gran batida en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los clérigos con espuelas, como llamaban a sus enemigos.

Cundió la voz del reto, y nada fué parte a detener a los unos en su manía de cazar



El Monte de las Animas.

y a los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó a cabo. No se acordaron de ella las fieras; antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos. Aquello no fué una cacería, fué una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres; los lobos, a quienes se quiso exterminar, tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autocracia del rey; el monte, maldita ocasión de

tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó a arruinarse.

Desde entonces dicen que cuando llega la noche de difuntos, se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales.

Los ciervos braman espantados, los lobos aúllan, las culebras dan horrorosos silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el Monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche.

LAS GOLONDRINAS

(RIMAS)

Volverán las obscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,

y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán;
pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha al contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres...,
ésas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madresevas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde, aún más hermosas,
sus flores se abrirán;
pero aquellas cuajadas de rocío,
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer como lágrimas del día...,
ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar;
tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará;
pero mudo, y absorto, y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido..., desengáñate,
así... ¡no te querrán!



Benito Pérez Galdós

(1843-1920)

Natural de las Islas Canarias. Es una de las más grandes figuras de la literatura española. Sus *Episodios nacionales* son novelas históricas e historias noveladas que ponen de manifiesto el amor

patrio del autor. Los *Episodios* son un relato vivo, vigoroso, de los principales hechos de la historia española del siglo XIX, novelesca, trágica y cómica a la vez. Galdós, mezclando lo real con lo fantás-

tico, ha hecho revivir los sentimientos que se agitaban en el corazón de los españoles de entonces. *Zaragoza, Cádiz y Gerona* son episodios emocionantes.

Cultivó también la novela social, gustando de tesis religiosas, *Gloria, Doña Perfecta*; la novela psicológica, *El doctor Centeno, Angel Guerra*. En fin, *Marianela*, tierno y patético idilio de un ciego y su lazarillo, *Marianela*, que en su cuerpo mísero y feo encierra una ternura infinita.

EPISODIO DEL SITIO DE ZARAGOZA

Ocupábamos una casa de la calle de Pabostre. Los franceses eran dueños de la inmediata, y trataban de avanzar por el interior de la manzana hasta llegar a Puerta Quemada. Nada es comparable a la expedición laboriosa por dentro de las casas; ninguna clase de guerra, ni las más sangrientas batallas en campo abierto, ni el sitio de una plaza, ni la lucha en las barricadas de una calle, pueden compararse a aquellos choques sucesivos entre el ejército de una alcoba y el ejército de una sala, entre las tropas que ocupan un piso y las que guarnecen el superior.

Sintió el sordo golpe de las piquetas por diversos puntos, nos causaba espanto el no saber por qué parte seríamos atacados. Subíamos a las buhardillas; bajábamos a los sótanos y, pegando el oído a los tabiques, procurábamos indagar el intento del enemigo según la dirección de los golpes. Por último, advertimos que se sacudía con violencia el tabique de la misma pieza donde nos encontrábamos, y esperamos a pie firme en la puerta después de amontonar los muebles formando una barricada. Los franceses abrieron un agujero, y luego, a culatazos, hicieron saltar maderos y cascajo, presentándose en actitud de querer echarnos de allí. Éramos veinte. Ellos eran menos, y, como no esperaban ser recibidos de tal manera, retrocedieron, volviendo al poco rato en número tan considerable que nos hicieron gran daño, obligándonos a retirarnos, después de dejar tras los muebles cinco compañeros, los dos de los cuales estaban muertos. En el angosto pasillo topamos con una escalera por donde subimos precipitadamente sin saber a dónde íbamos; pero luego nos hallamos en un des-

ván, posición admirable para la defensa. Era angosta la escalera, y el francés que intentaba pasarla moría sin remedio. Así estuvimos un buen rato, prolongando la resistencia y animándonos unos a otros con vivas y aclamaciones, cuando el tabique que teníamos a la espalda empezó a estremecerse con fuertes golpes, y al punto comprendimos que los franceses, abriendo una entrada por aquel sitio, nos cogerían irremisiblemente entre dos fuegos. Éramos trece, porque en el desván habían caído dos muy gravemente heridos.

El tío Garcés, que nos mandaba, exclamó furioso:

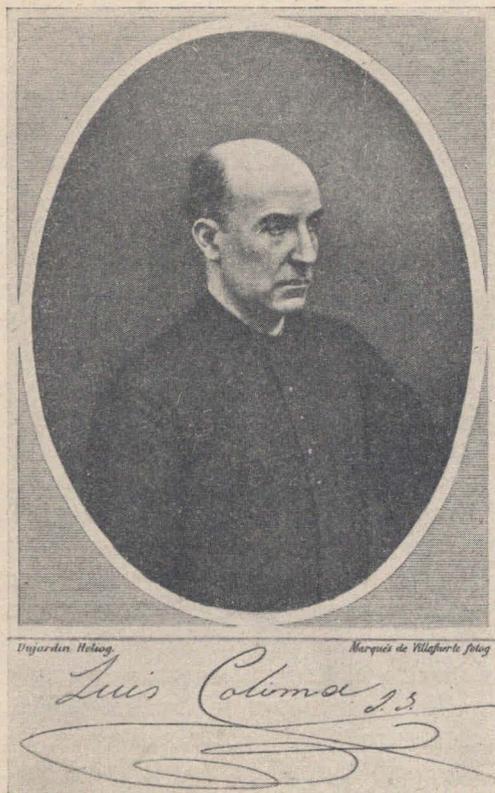
—¡Recuernos! No nos cogerán esos perros. En el techo hay un tragaluz. Salgamos por él al tejado. Que seis sigan haciendo fuego... Al que quiera subir, partirlo. Que los demás agranden el agujero: ¡fuera miedo, y viva la Virgen del Pilar!

Se hizo como él mandaba. Ello iba a ser una retirada en regla, y mientras parte de nuestro ejército contenía la marcha invasora del enemigo, los demás se ocupaban en facilitar el paso. Este hábil plan fué puesto en ejecución con febril prontitud, y bien pronto el hueco de escape tenía suficiente anchura para que pasaran tres hombres a la vez, sin que durante el tiempo empleado en esto ganaran los franceses un solo peldaño. Velozmente salimos al tejado. Éramos nueve. Tres habían quedado en el desván y otro fué herido al querer salir, cayendo vivo en poder del enemigo.

Al encontrarnos arriba, saltamos de alegría. Esparcimos la vista por los techos del arrabal, y vimos a lo lejos las baterías francesas. A gatas avanzamos buen trecho, explorando el terreno, después de dejar dos centinelas en el boquete con orden de descerrar un tiro al que quisiese escurrirse por él; y no habíamos andado veinte pasos, cuando oímos gran ruido de voces y risas, que al punto nos parecieron de franceses. Efectivamente: desde un ancho buhardillón nos miraban riendo aquellos malditos. No tardaron en hacernos fuego; parapetados nosotros tras las chimeneas y tras los ángulos y recortaduras que allí ofrecían los tejados, les contestamos, a los tiros con tiros y a los juramentos

y exclamaciones con otras mil inectivas que nos inspiraba el fecundo ingenio del tío Garcés.

Al fin nos retiramos, saltando al tejado de la casa cercana.



P. Luis Coloma

(1851-1915)

De Jerez de la Frontera (Cádiz). Estudió Derecho en Sevilla, donde fué amigo de Fernán Caballero. Intervino en política, siendo partidario de la restauración de Isabel II. Como novelista triunfó con *Pequeñeces*, sátira social de la aristocracia madrileña. *Boy* es otra de las conocidas novelas del P. Coloma. Escritor satírico, se distingue más en el cuento que en la novela larga. Todas ellas se caracterizan por su tendencia moralizadora.

EL CAZADOR DE VENADOS

A fines del año 1868, el Ilmo. Sr. D. Ignacio Arciga, arzobispo de Michoacán (Méjico), visitaba por primera vez una de las

principales parroquias de su vasta diócesis. Hallándose en el confesonario para administrar, según su costumbre, el sacramento de la Penitencia a los adultos que habían de recibir luego el de la Confirmación, notó entre la multitud de penitentes que le rodeaban un pobre tullido que pacientemente esperaba su turno. Llamóle al punto el prelado para ahorrarle la molestia de tan larga espera, y empezó a interrogarle según solía hacerlo, por causa de la suma ignorancia de la doctrina cristiana en que yacía sumida aquella pobre gente, siendo grande la escasez de clero en toda la comarca.

—¿De dónde eres?—le preguntó el arzobispo.

—Padrecito—contestó el tullido, con ese mimoso lujo de diminutivos propio de los americanos—, de un monte que dista de aquí más de quince leguas.

—¿Y cómo has venido?

—Atravesado en un mulo, padrecito.

—¿Qué estado tienes?

—Viudo, padrecito, con dos hijas.

—¿Y cuál es tu oficio?

—¡Cazador, padrecito!

—¡Cazador tú!—exclamó el arzobispo, estupefacto, sin poder contener la risa.

—Sí, padrecito—respondió muy formal el tullido.

—Pero, ¿qué es lo que cazas?

—Cazo venados, padrecito.

—¿Venados?... Vamos, hombre, eso no puede ser—replicó el arzobispo entre risueño y enojado por creer que se las había con un tonto o con un pícaro.

Mas sus dudas se desvanecieron y la curiosidad se apoderó de su ánimo al ver que, encogiéndose de hombros, el tullido añadió con la sencilla convicción del que posee la llave de un enigma:

—No sería ciertamente si mi Padre Dios no me ayudase.

Sorprendido el arzobispo de tan sencilla como profunda respuesta, rogó al tullido que le refiriese minuciosamente su género de vida.

—Pues mire su merced—contestó el tullido con la misma sencilla calma—; como he dicho antes, soy viudo hace muchos años, y no tengo más familia que mis hijitas... Paso

los días que el Señor me da de vida de este modo : al levantarme por la mañana, digo una oración a mi Padre Dios; almuerzo lo que mis hijitas me tienen ya preparado y, arrastrándome después como puedo, salgo al campo con mi carabina. A los pocos pasos que he andado fuera de mi casa, ya mi Padre Dios me tiene un venadito como se lo he pedido en mi oración. Lo mato, vienen mis hijas, lo llevan a casa, y con la carne y los cuernos que mandamos vender nos mantenemos muchos años ha.

Maravillado el arzobispo, así de lo que decía el tullido como de la sencilla ingenuidad con que lo relataba en su inimitable y pintoresca jerga, le instó a que dijera en qué oración diariamente pedía el venado a aquel Dios que con verdadera confianza de hijo llamaba su Padre.

—¡ Eso no haré, padrecito ; eso no haré !
—replicó vivamente el tullido...

—Pero ¿ por qué ?

—Porque me da vergüenza.

—Pero, hijo mío : ¿ no dices esta oración delante de tu Padre Dios ?

—¡ Ah ! sí, padrecito ; pero mi Padre Dios... Vamos, mi Padre Dios... es ya otra cosa...

—Mira que yo te ruego que me lo digas... ¿ Por qué no has de darme ese gusto ?

—Padrecito... haré todo lo que su merced me mande ; pero eso, no, porque me da mucha vergüenza.

—Pues eso es lo que ahora te pido... Vamos, hombre, dame gusto ; que eso no debe avergonzarte.

—Pero, padrecito, si esa oración no la he aprendido en ningún libro ni me la ha enseñado nadie.

—Sea como fuere... Dila.

—Pues mire, padrecito, porque usted no lo tome a desaire, se la diré. Cuando me pongo de rodillas a mitad de mi jacalito, le digo a mi Padre Dios : ¡ Eh, Padre Dios ! Tú me has dado estas hijitas, y también tú me has dado esta enfermedad que no me deja andar... Yo tengo que alimentar a mis doncellitas, porque ellas no han de ir a ofenderte... Ea, pues, Padre mío, ponme aquí cerca un

venadito donde lo pueda matar y así quedará socorrida esta pobre familia.

El arzobispo le escuchaba absorto, como si el Príncipe de la Iglesia aprendiese del infeliz tullido ; y éste, sin reparar en la admiración de aquél, concluyó sencillamente :

—Esta es la oración, padrecito... Y cuando la he dicho, salgo al campo, seguro de encontrar lo que le he pedido a mi Padre Dios, y lo encuentro siempre... Y en veinte años que llevo de estar enfermo, nunca me ha faltado este socorro : porque mi Padre Dios es muy bueno, muy bueno...

Emilia Pardo Bazán

(1851 - 1921)

Nació en La Coruña y viajó por Europa. Fue catedrático de literatura neolatina en la Universidad de Madrid. Es autora de diversos libros de crítica, de algunas obras teatrales que lograron poco éxito. Pero interesa más su obra de novelista. Son las mejores : *Pascual López, autobiografía de un estudiante de Medicina*, *El Cisne de Vilamorta*, *Morriña*, de asunto gallego, y *Los pazos de Ulloa*, la más naturalista de todas sus novelas. Es también autora de muchos y bellísimos cuentos. Su lenguaje natural, a veces un poco arcaico, es siempre correcto.

EL CEMENTERIO DE ULLOA

Era un lugar sombrío, aunque le faltasen los lánguidos sauces y cipreses que tan bien acompañan con sus actitudes teatrales y majestuosas la solemnidad de los camposantos. Limitábanlo de una parte las tapias de la iglesia, de otra tres murallones revestidos de hiedra y plantas parásitas ; y la puerta, fronteriza a la de entrada por el atrio, la formaba un enverjado de madera, al través del cual se veía diáfano y remoto horizonte de montañas, a la sazón color de violeta, por la hora, que era aquella en que el sol, sin calentar mucho todavía, empieza a subir hacia el cenit, y en que la naturaleza se despierta como saliendo de un baño, estremecida de frescu-

ra y frío matinal. Sobre la verja se inclinaba añoso olivo, donde nidaban mil gorriones alborotadores, que a veces azotaban y sacudían el ramaje con su voleteo apresurado; y hacía frente una enorme mata de hortensia, mustia y doblegada por las lluvias de la estación, graciosamente enfermiza, con sus mazorcas de desmayadas flores azules y amarillentas. A esto se reducía todo el ornato del cementerio, mas no su vegetación, que por lo exuberante y viciosa, ponía en el alma repugnante y supersticioso pavor, induciendo a fantasear si en aquellas robustas ortigas, altas como la mitad de una persona, en aquella hierba crasa, en aquellos cardos vigorosos cuyos pétalos ostentaban matices flavos de cirio, se habrían encarnado, por misteriosa transmigración, las almas vegetativas también en cierto modo de los que allí vivían para siempre, sin haber vivido, sin haber amado, sin haber palpitado jamás por ninguna idea elevada, generosa, puramente espiritual y abstracta, de las que agitan la conciencia del pensador y del artista. Parecía que era substancia humana—pero de una humanidad ruda atávica, inferior, hundida hasta el cuello en la ignorancia y en la materia—la que nutría y hacía brotar con tan enérgica pujanza y savia tan copiosa aquella flora lúgubre por su misma lozanía. Y, en efecto, en el terreno, repujado de pequeñas eminencias que contrastaban con la lisa planicie del atrio, advertía a veces el pie durezas de ataúdes mal cubiertos, y blanduras y molicies que infundían grima y espanto, como si se pisaran miembros flácidos de cadáver. Un soplo helado, un olor peculiar de moho y podredumbre, un verdadero ambiente sepulcral se alzaba del suelo lleno de altibajos, rehenchidos de difuntos amontonados unos encima de otros; y entre la verdura húmeda, surcada del surco brillante que dejan tras sí el caracol y la babosa, torcíanse las cruces de madera negra fileteadas de blanco; con rótulos curiosos, cuajados de faltas de ortografía y peregrinos disparates. Julián, que sufría la inquietud, el hormigueo en la planta de los pies que nos causa la sensación de hollar algo blando, algo viviente, o que por lo menos estuvo dotado de sensibilidad y vida, expe-

rimentó de pronto gran turbación: una de las cruces, más alta que las demás, tenía escrito en letras blancas un nombre. Acercóse y descifró la inscripción, sin pararse en deslices ortográficos: «Aquí yacen las cenizas de Primitivo Suárez, sus parientes y amijos ruegen a Dios por su alma.»... El terreno, en aquel sitio, estaba turgente, formando una eminencia. Julián murmuró una oración, desvióse aprisa, creyendo sentir bajo sus plantas el cuerpo de bronce de su formidable enemigo. Al punto mismo se alzó de la cruz una mariposilla blanca, de esas últimas mariposas del año, que vuelan despacio, como encogidas por la frialdad de la atmósfera, y se paran en seguida en el primer sitio favorable que encuentran. La siguió el nuevo cura de Ulloa, y la vió posarse en un mezuquino mausoleo, arrinconado en una esquina de la tapia y el ángulo entrante que formaba la pared de la iglesia.

Allí se detuvo el insecto, y allí también Julián, con el corazón palpitante, con la vista nublada, y el espíritu, por vez primera después de largos años, trastornado y enteramente fuera de quicio, al choque de una conmoción tan honda y extraordinaria, que él mismo no hubiera podido explicarse cómo le invadía, avasallándole de su natural ser y estado, rompiendo diques, salvando vallas, venciendo obstáculos, atropellando por todo, imponiéndose con la sobrehumana potencia de los sentimientos largo tiempo comprimidos y al fin dueños absolutos del alma, porque rebosan de ella, porque inundan y sumergen. No echó de ver siquiera la ridiculez del mausoleo, construido con piedras y cal, decorado con calaveras, huesos y otros emblemas fúnebres por la inexperta mano de algún embaudnador de aldea; no necesitó deletrear la inscripción, porque sabía de seguro que donde se había detenido la mariposa, allí descansaba Nucha, la señorita Marcelina, la santa, la víctima, la virgencita siempre cándida y celeste. Allí estaba, sola, abandonada, vendida, ultrajada, calumniada, con las muñecas heridas por mano brutal, y el rostro marchito por la enfermedad, el terror y el dolor... Pensando en esto, la oración se interrumpió en labios de Julián; la corriente del

existir retrocedió diez años, y en un transporte de los que en él eran poco frecuentes, pero súbitos e irresistibles, cayó de hinojos, abrió los brazos, besó ardientemente la pared del nicho, sollozando como niño o mujer, frotando las mejillas contra la fría superficie, clavando las uñas en la cal, hasta arrancarla...

Juan de Dios Peza

(1852 - 1910)

Mejicano. Como secretario de la Legación Mejicana, estuvo mucho tiempo en España, trabando amistad con los mejores literatos de su tiempo, Núñez de Arce, Campoamor, Castelar y otros. Son muy conocidas las composiciones líricas contenidas en su libro *Cantos del hogar*. Hay en ellas notas de ternura, sentimentales, que han hecho de él un poeta popular. Canta las delicias de la vida doméstica, los afectos más puros y el amor paterno más acendrado.

«ÉSTE ERA UN REY...»

Ven, mi Juan, y toma asiento
en la mejor de tus sillas ;
siéntate aquí en mis rodillas,
y presta atención a un cuento.

Así están bien, eso es,
muy cómodo, muy ufano,
pero ten quieta esa mano ;
vamos, sosiega esos pies.

Éste era un rey... Me maltrata
el bigote ese cariño.

Éste era un rey... Vamos, niño,
que me rompes la corbata.

Si vieras con qué placer
ese rey... ¡ Jesús ! ¡ qué has hecho !
¿ Lo ves?... ¡ en medio del pecho
me has clavado un alfiler !

¿ Y mi dolor te da risa ?
Escucha y tenme respeto ;
éste era un rey... Deja quieto
el cuello de mi camisa.

Oír atento es la ley
que a cumplir aquí te obligo.
Deja mi reloj... prosigo.
Atención : éste era un rey...

Me da tormentos crueles
tu movilidad, chicuelo ;
¿ ves ? has regado en el suelo
mi dinero y mis papeles.

Responde : ¿ me has de escuchar ?
Éste era un rey... ¡ qué locura !
Me tiene en grande tortura
que te muevas sin parar.

Mas ¿ ya estás quieto ? Sí, sí,
al fin cesa mi tormento...

Éste era un rey, oye el cuento
inventado para ti...

Y agrega el niño, que es ducho
en tramar cuentos a fe :

«Éste era un rey... ya lo sé,
porque lo repites mucho.

Y me gusta el cuentecito.
Y mira, ya lo aprendí :
«Éste era un rey», ¿ no es así ?
¡ Qué bonito ! ¡ qué bonito !

Y de besos me da un ciento
y pienso al ver sus cariños :
los cuentos para los niños
no requieren argumento.

Basta con entretener
su espíritu de tal modo
que nos puedan hacer todo
lo que nos quieran hacer.

Con lenguaje grato o rudo
un niño, sin hacer caso,
va dejando paso a paso
a su narrador desnudo.

Infeliz del que se escama
con esas dulces locuras :
¡ Si estriba en sus travesuras
el argumento del drama !

¡ Oh Juan ! Me alegra y me agrada
tu movilidad tan terca ;
te cuento por verte cerca
y no por contarte nada.

Y bendigo mi fortuna,
y oye el cuento y lo sabrás :
«Era un rey... a quien jamás
le sucedió cosa alguna.»



Menéndez y Pelayo

(1856-1912)

Nació en Santander. Fué catedrático de la Universidad Central y director de la Biblioteca Nacional. Como crítico tiene una importancia extraordinaria. Pero crítico artista, científico, que penetra en las obras, que las analiza, haciendo patentes bellezas que el autor vió confusamente. Entre otras fundamentales recordaremos *Antología de poetas líricos*, *Orígenes de la novela*, *Calderón y su teatro*, *Estudios de crítica literaria*, etc.

DE LA HISTORIA CONSIDERADA COMO OBRA ARTÍSTICA

(Fragmentos de su discurso de entrada en la Academia de la Historia.)

De la Historia vengo a hablaros ; pero no considerada en su materia y contenido, ni siquiera en las reglas críticas y método de investigación para escribirla, sino de lo que a primera vista parece más extraño y accidental en ella, de lo que condenan muchos desdenosamente con el nombre de forma ; como si la forma fuese mera exornación retórica, y no el espíritu y el alma misma de la historia, que convierte la materia bruta de los hechos y la selva confusa y enorme de los documentos y de las indagaciones, en algo real,

ordenado y vivo, que merezca ocupar la mente humana, nunca satisfecha con vacías curiosidades, y anhelosa siempre por las escondidas aguas de lo necesario y de lo eterno. Voy a hablar, pues, no de crítica histórica propiamente dicha, sino de la historia, considerada como arte bella ; de la noción estética de la historia, ya que es grave defecto en los modernos tratadistas excluir del cuadro de las artes secundarias el arte maravilloso de los Tucídides, Tácitos y Maquiavelos, mientras que admiten sin reparo y explanan en muchas páginas el arte de la danza o el de los jardines. No es, en verdad, la historia obra puramente artística, como lo son la poesía o la música o las creaciones plásticas ; pero son tantos y tales los elementos estéticos que contiene y admite, que obligan, en mi entender, a ponerla en jerarquía superior a la misma oratoria, encadenada casi siempre por un fin útil e inmediato, extraño a la finalidad del arte libre, que en la misma hermosura que engendra se termina y perfecciona, deleitándose con ella, como la madre amorosa con el hijo de sus entrañas.

Cierto que suele carecer la historia del admirable poder que Platón llamó psicagógico, es decir, guiador y conmovedor de las almas, y que no ejerce, por eso, aquel imperio y señorío sobre los afectos, moviéndolos o refrenándolos, que fué en lo antiguo el triunfo más codiciado del orador. Pero aunque no sea dado a la historia, sino en casos singulares, producir esta efervescencia y tumulto de pasiones actuales, tiene por suyo el mundo de la realidad humana, con igual plénisimo derecho que le tienen la epopeya, el drama y la novela. No es arte lírica y personal, sino arte objetiva, guiada y dominada por los estímulos y caricias del mundo exterior, del cual, como de inmensa cantera, arranca los hechos, y que luego, con verdadera intuición artística, interpreta, traduce y desarrolla.

Pero aunque este poder de interpretación, enfrente de la naturaleza humana y de sus obras, sea verdadera facultad estética, y de ella participen en grado casi igual los maestros de la poesía y de la historia, hay un punto en que la diferencia se marca y aparece

profundísima. No consiste, no, esta diferencia en que el poeta sea dueño de la materia que elabora, y el historiador no, puesto que, en rigor de verdad, ni uno ni otro lo son, trabajando ambos, como trabajan, sobre el fondo esencial y permanente de la naturaleza humana, que ni uno ni otro podrán modificar, so pena de producir obras mentirosas y heridas de muerte desde la cuna. No : el poeta no inventa, ni el historiador tampoco ; lo que hacen uno y otro es componer e interpretar los elementos dispersos de la realidad. En el modo de interpretación es en lo que difieren...

Es, además, la vida tan grande, tan luminosa, tan poética e inexhausta, que puede decirse que ha agotado y agota todas las combinaciones posibles en el arte, y que, abriendo por cien partes sus entrañas, manifiesta y saca a luz cada día portentos no imaginados, ante los cuales parece fútil y baladí todo antojo idealista. ¿Qué malvado ha producido el arte más perfecto que César Borgia? ¿Qué caballero más perfecto que San Luis? «No consiste (diré con Manzoni) la esencia de la poesía en inventar... ; semejante invención es lo más fácil y más vulgar que hay en el trabajo del espíritu, lo que exige menos reflexión y también menos imaginación... ¿Dónde puede encontrarse la verdad dramática, mejor que en lo que los hombres han ejecutado realmente?»

Y entonces se dirá : ¿qué le queda al poeta? ¿En dónde están sus ventajas? ¿Por qué dijo de la poesía Aristóteles que era más honda y filosófica que la historia? Díjolo porque, siendo el poeta (aunque sólo en el momento inicial de la concepción) dueño de sus personajes, históricos o inventados, puede penetrar hasta el fondo de su alma, escudriñar lo más real e íntimo, sepultarse en los senos de la conciencia de sus personajes, poner en clara luz los recónditos motivos de sus acciones, mostrar en apretado tejido las relaciones de causa y efecto, eliminar lo accesorio, agrupar en grandes masas los acaecimientos y los personajes, borrar lo superfluo, acentuar la expresión, marcar los contornos y las líneas, y hacer que todo color y toda superficie y todo detalle hable su lengua y tenga su valor y conspire, además, al efecto común...

No le es lícito a la historia fantasear ; no puede, como puede el poeta dramático, introducirse en la mente de sus personajes y hablar por ellos ; pero será tanto más perfecta y más artística, cuanto más se acerque, con sus propios medios, los cuales, en gran parte, no pertenecen al arte, sino a la ciencia, aunque todo, en último resultado, venga a concurrir al grande arte, el arte de composición. De aquí el carácter mixto de la historia ; de aquí la inferioridad reconocida por Aristóteles, cuyas palabras hemos de entender, no como suenan, sino de un modo más amplio y libre, afirmando que, lo mismo la historia que la poesía, enseñan, manifiestan y ponen a nuestros ojos, por modo artístico, aunque diverso, lo que hay de eterno y lo que hay de temporal y relativo en cada acción humana, lo que hay de necesario y lo que hay de contingente, lo que hay de universal y lo que hay de temporal en cada individuo...

Y así bien puede afirmarse que no hay dos mundos distintos, uno el de la poesía y otro el de la historia : porque el espíritu humano, que crea la una y la otra, y a un tiempo la ejecuta y la escribe, es uno mismo, y cuando quiere aislar sus actividades y engendrar, v. gr., obras poéticas que no tengan raíces en la historia o en la sociedad donde nacen, produce sólo un *caput mortuum*, bueno para deleitar solaces académicos, o para mecer en vaga y malsana cavilación ciertas almas, pero incomprendible, como un jeroglífico egipcio, para los que en el arte quieren ver, ante todo, al hombre mismo que ellos conocen y de cuyos dolores participan, lidiando a brazo partido con el mundo exterior, como se lidia en el mundo de la vida, es decir, en el mundo de la historia...

A HORACIO

Yo guardo con amor un libro viejo
de mal papel y tipos revesados,
vestido de rugoso pergamino ;
en sus hojas, doquier, por vario modo,
de diez generaciones escolares
a la censoria férula sujetas,
vese la dura huella señalada.

Cual signos cabalísticos, retozan
cifras allí de incógnitos lectores :
en mal latín, sentencias manuscritas,
escolios y apostillas de pedantes,
lecciones varias, apotegmas, glosas,
y pasajes sin cuento subrayados,
y *addenda*, y *expurganda*, y *corrigen-
da*,
todo pintado con figuras toscas,
de torpe mano, de inventiva ruda,
que algún ocioso, en solitarios días,
trazó con tinta por la margen ancha
del tantas veces profanado libro.

Y ese libro es el tuyo, ¡oh gran maestro ! ;
mas no en tersa edición, rica y suntuosa :
no salió de las prensas de Plantino,
ni Aldo Manucio le engendró en Venecia,
ni Estífanos, Badonis o Elzevirios,
le dieron sus hermosos caracteres.
Nació en pobres pañales : allá en Huesca,
famélico impresor mecío su cuna ;
ad usum scholarum destinóle
el rector de la estúpida oficina ;
y corrió por los bancos de la escuela,
ajado y roto, polvoroso y sucio,
el tesoro de gracias y donaires
por quien al Lacio el Ateniese envidia.

¡ Cuántos se amamantaron en sus hojas !
¡ A cuántos quitó el sueño ese volumen,
lidiando siempre por alzar el velo
que tus conceptos al profano oculta !
¡ Cuánto diste suavísimo deleite
a quien perseveró en la ruda empresa,
y cuánto de sudor y de fatiga
a ignorantes y estólidos alumnos !
Hiciste germinar a tu contacto
miles de ideas en algún cerebro ;
llenástele de luz y de armonía,
y al influjo potente de tu ritmo,
el *ritmo* universal le revelaste.
Por ti la antigüedad brilló a sus ojos ;
por ti Venus Urania, de los cielos
bajó a las mentes de adorarla dignas,
y allí habitando, cual perfecta idea,
dió vida a su pensar, norma a su canto.
¡ Cuánta imagen fugaz y halagadora,
al armónico son de tus canciones,
brotando de la tierra y del Olimpo,
del escolar en torno revolaban,
que ante la dura faz de su maestro,
de largas vestimentas adornado,

absorto contemplaba sucederse
del mundo antiguo los prestigios todos !
¡ Clámides ricas y patricias togas,
quirites y plebeyos, senadores,
filósofos, augures, cortesanos,
matronas de severo continente,
esclavas griegas de ligera estola,
sagaces y bellísimas libertas,
aroma y flor en lechos y triclinios,
múrrinos vasos, ánforas etruscas :
en Olimpia cien carros voladores ;
en las ondas del Adria, la tormenta ;
en el cielo, de Júpiter la mano ; -
la Náyade en las aguas de la fuente,
y allá, en el bosque tiburtino oculta,
la dulce granja del cantor de Ofanto,
por quien los áureos venusinos metros
en copioso raudal se precipitan
al ancho mar de Píndaro y de Safo !

Yo también a ese libro peregrino,
arca santa del gusto y la belleza,
con respeto llegué, sublime Horacio ;
yo también en sus páginas bebía
el vino añejo que remoja el alma.
Todo en ti lo encontré, rey de los himnos,
mente pelasga, corazón humano :
el vuelo audaz, la sentenciosa flecha,
la ática sal, las mieles del Himeto,
el ditirambo que a los cielos sube,
el canto de Eros que inspiró Afrodita,
el *Otium Divos* que la mente aquieta,
y el júbilo feroz con que en las cumbres
del Citerón, en la ruidosa noche,
su leve tirso la Bacante agita.

La Belleza eres tú : tú la encarnaste
como nadie en el mundo la ha encarnado.
A tu triunfal corona, las preseas
Grecia engarzó de su mejor tesoro ;
rindióte Jonia las melosas voces
con que Anacreón arrulló a Batilo ;
Tebas, el ritmo en que de Circe el genio
loara al púgil en la lid triunfante,
y al vencedor en la cuadriga rauda ;
del enemigo de Licambo hubiste
el crudo hierro convertido en yambo,
la alada estrofa en que de Cleis la madre
supo inflamar con férvidos amores
a bien trenzadas vírgenes Lesbianas,
y el son de Alceo, entre borrascas hórridas
al opresor de Mitilene infausto.

Todo, rey de la lira, lo abarcaste ;
pusiste en todo la medida tuya,
el *ne quid nimis*, ¡sobriedad eterna!,
la concisión secreto de tu numen.
En torrentes de números sonoros
despéñase tal vez tu fantasía ;
mas nunca pasa el término prescrito
por la armónica ley que a los helenos
las hijas de Mnemósine enseñaron.
¡Tiempo feliz de griegos y latinos!
Calma y serenidad, dulce concierto
de cuantas fuerzas en el hombre moran ;
eterna juventud, vigor perenne,
culto sublime de la forma pura,
perenne evocación de la armonía.
¡ Bárbaros hijos de la edad presente !
Horacio, ¿lo creerás? Graves doctores
afirman que los hórridos cantares
que alegran al sicambro y al scita,
o al germano tenaz y nebuloso,
obscorecen tus obras inmortales,
labradas por las manos de las Gracias,
cual por diestro cincel mármol de Paros.

... ..
¡ Ven, libro viejo, ven roto y ajado !
Quiero embriagarme de tu añejo vino,
a Baco ver entre escarpados montes,
a Fauno amante de ligeras ninfas,
a Hermes facundo, y al intonso Cintio ;
quiero vagar por los amenos bosques
donde la abeja susurró a Tíbur,
y en los brazos de Lidias y de Gliceras
posar la frente, al declinar la tarde,
orillas de la fuente de Blandusia,
o ante la puerta de la dura Lyce,
que el Aquilón con ímpetu sacude,
amansar su rigor con mis querellas,
o volar con la nave de Virgilio,
que hacia las playas áticas camina,
y guarda la mitad del alma tuya.

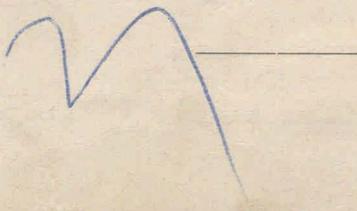
¡ Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones !
Canta la paz, la dulce medianía,
el *Cheu fugaces* que, cual sueño, vuela,
el *Carpe diem* que al placer anima,
el *Rectius vives* que enaltece el alma ;
canta de amor, de vinos y de juegos ;
canta de gloria, de virtudes canta.
¡ Siempre admirable ! Recorrer contigo
quiero las calles de la antigua Roma,
con Damasipo conversar y Davo,

reírme de epicúreos y de estoicos,
viajar a Brindis, escuchar a Ofelo,
sentarme en el triclinio de Mecenas,
y aprender los preceptos soberanos
que dictaste festivo a los Pisones.

Vengan dáctilos, yambos y pirriquios
caldeados en tu fragua creadora.
¡ Que se entrelacen en vistoso juego
y dancen cual las ninfas desceñidas
que con rítmico pie baten la tierra !
La antigüedad, con poderoso aliento,
reanime los espíritus cansados,
y este hervir incesante de la idea,
esta vaga, mortal melancolía
que al mundo enfermo y decadente oprime
sus fuerzas agotando en el vacío,
por influjo de nieblas maldecidas
que abortó el Septentrión, ante su lumbre
disípanse otra vez. ¡ Torne el radiante
sol del Renacimiento a iluminarnos ;
cual vencedor de bárbaras tinieblas,
otro siglo lució sobre Occidente,
los pueblos despertando a nueva vida,
vida de luz, de amor y de esperanza !
Helenos y latinos agrupados,
una sola familia, un pueblo solo,
por los lazos del arte y de la lengua
unidos, formarán. Pero otra lumbre
antes encienda el ánima del vate.
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
y esa forma purísima, pagana,
labre con mano y corazón cristianos.

¡ Ésa la ley será de la *armonía* !
Así León sus rasgos peregrinos
en el molde encerraba de Venusa ;
así despojos de profanas gentes
adornaron tal vez nuestros altares,
y de Cristo en basílica trocose
más de un templo gentil purificado.

¡ Adiós, adiós, monarca de la lira !
En vano el Septentrión hordas salvajes
de nuevo lanzará : sobre las ruinas
triumfante se ha de alzar el libro viejo,
de mal papel e innúmeras erratas,
que con amor en mis estantes guardo.



Rubén Darío

(1867-1916)

Aunque Rubén Darío sea americano—nació en Nicaragua—, hay que concederle el primer lugar en la historia de la poesía española contemporánea.

Rubén poseía el sentido del ritmo y del color como nadie. Su obra, abundante y siempre melodiosa, reúne las inspiraciones más diversas. Rubén, que, como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, viajó por toda América y Europa, se dejó

influir por los simbolistas y parnasianos franceses, pudiendo considerársele como el padre de nuestro modernismo.

Este movimiento modernista trajo a la poesía una vaga tristeza, un culto supremo de la forma, completa libertad métrica y un ferviente deseo de renovación.

Epístolas y poemas, Abrojos, Las rosas andinas, Azul, Prosas profanas y Cantos de vida y esperanza, son los mejores libros de Rubén Darío, que dotó a la poesía española de ciertas exquisiteces de expresión, afinando extraordinariamente la sensibilidad.

MARCHA TRIUNFAL

¡ Ya viene el cortejo !
 ¡ Ya viene el cortejo ! Ya se oyen los claros clarines,
 la espada se anuncia con vivo reflejo ;
 ¡ ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines !

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas minervas y martes,
 los arcos triunfales, en donde las famas erigen sus largas trompetas,
 la gloria solemne de los estandartes,
 llevados por manos robustas de heroicos atletas.

Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros ;
 los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra ;
 los cascos que hieren la tierra ;—
 y los timbaleros
 que el paso acompañan
 con ritmos marciales :—
 ¡ Tal pasan los fieros guerreros
 debajo los arcos triunfales !

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
 su canto sonoro,
 su cálido coro
 que envuelve en un trueno de oro
 la angusta soberbia de los pabellones.
 Él, dice la lucha ; la herida venganza,
 las ásperas crines,
 los rudos penachos, la pica, la lanza,
 la sangre que riega, de heroicos carmines
 la tierra ;
 los negros mastines
 que azuza la Muerte, que rige la Guerra.

Los áureos sonidos
 anuncian el advenimiento
 triunfal de la Gloria ;

dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. ¡ Llegó la victoria !

¡ Ya pasa el cortejo !

Señala el abuelo los héroes al niño :—
(Ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circundan de armiño).

Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa :
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores.

¡ Honor al que trae cautiva la extraña bandera !
Honor al herido ; y honor a los fieles
soldados que muerte encontraron por mano extranjera :
¡ clarines ! ¡ laureles !

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros :
las viejas espadas de los granaderos más fuertes que osos ;
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.
Las trompas guerreras resuenan ;
de voces los aires se llenan ;
—aquellas antiguas espadas,
aquellos ilustres aceros
que encarnan las glorias pasadas ;—
y al sol que hoy alumbrá las nuevas victorias ganadas ;
al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros ;
al que ama la insignia del suelo materno ;
al que ha desafiado ceñido el arreo y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha,
y el odio y la muerte, por ser por la Patria inmortal,
saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha
triumfal!

José María Gabriel y Galán

(1870-1905)

INMACULADA

Se reveló como gran poeta en su composición *El ama*, premiada en unos Juegos Florales. Sus obras comprenden castellanas, extremeñas (escritas en este dialecto), siendo notables *El Cristu benditu*, *El embargo*, trágico trozo de poesía popular campesina, y religiosas, como *La Virgen de la Montaña* y *El Cristo de Velázquez*. Compuso en prosa algunos cuadros de costumbres, de forma popular. Es poeta clásico con personalidad propia, tierno y delicado.

Musa mía campesina
que vives enamorada
de la fuente y de la encina,
de la luz de la alborada,
de la paz de la colina,
del vivir de sus pastores,
del vibrar de sus sentires,
del pudor de sus amores,

del vigor de sus decires
y el callar de sus dolores...

¿No me has dicho, musa mía,
que te placen cosas bellas?
¡Pues viértete en armonía,
que es centro de todas ellas
la belleza de María!

¿No me dices cuando cantas
el candor y la humildad,
que te placen cosas santas?
¡Pues María es entre tantas
la más grande santidad!

¿No tienes para la alteza
de cosas puras tonada?
¡Pues la esencia, la riqueza,
el sol de toda pureza
es María Inmaculada!

.....

¡Madre mía! ¡Madre mía!
¡Que beba mi poesía
pureza de tu pureza!
¡Que aprenda a tomar belleza
de tu belleza, María!

.....

¡Que el mundo pura te adore!
¡Que te cante y que te implore!
¡Que tú le mires amante
cuando rece y cuando llore,
cuando bregue y cuando cante!

Y que a una voz concertada
diga ante tanta grandeza
la humanidad prosternada:
¡Gloria a Dios en la pureza
de María Inmaculada!



Amado Nervo

(1870-1919)

Poeta y literato mejicano. Estudió en las Universidades de Méjico y París. Posteriormente ingresó en la carrera diplomática y fué ministro plenipotenciario de su país en España. Nervo es un notable poeta y excelente prosista. Ha publi-

cado las novelas *El bachiller*, *Pascual Aguilera*, *El domador de almas*, etc. Un volumen de cuentos titulado *Almas de pasión*, y en verso, *Perlas negras*, *Mística*, *Los jardines interiores*, *Un libro para ella*, etc.

LA BALADA DEL DÍA

El alba, con luz incierta,
en el espacio fulgura,
y parece que murmura
besando mi faz: ¡Despierta!

Rompe la nívea mortaja
de la fuente el sol ufano,
y su fulgor soberano
me dice: ¡Lucha, trabaja!

Muere el sol; quietud inmensa
se adueña de cuanto existe...
Entonces, una voz triste
susurra en mi oído: ¡Piensa!

Por fin, la noche vestida
de luto, llena de encanto,
me cobija con su manto,
suspirando: ¡Duerme, olvida!

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete.
Leadme.
Episodios de animales.

Los hijos del héroe.
El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusó.

Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos.
Cuentos de Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres célebres.
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuento de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Gulliver en el país de los enanos.
Gulliver en el país de los gigantes.
Animales feroces.
Animales domésticos.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícaro vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma.—El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.º)
58. Id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los quinientos millones de la Begún.
65. De la tierra a la luna.
66. Alrededor de la luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de un chino en China.
69. Una invernada entre los hiecos.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.